

Scott y Kimberly Hahn

21.^a edición

ROMA

DULCE HOGAR



Nuestro camino
al Catolicismo

RIALP

SCOTT Y KIMBERLY HAHN

ROMA, DULCE HOGAR

Nuestro camino al catolicismo

Vigesimoprimera edición

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

Índice

[Roma, dulce hogar](#)

[Índice](#)

[Presentación](#)

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[1. De la cuna a Cristo](#)

[2. Del apostolado al matrimonio](#)

[3. Nueva concepción de la alianza](#)

[4. Enseñar y vivir la alianza en una familia](#)

[5. Scott, en busca de la Iglesia](#)

[6. Ir a Roma es volver a casa](#)

[7. Los problemas de un matrimonio mixto](#)

[8. Una «roma-antica» reunión](#)

[9. La vida de una familia católica](#)

[Conclusión](#)

[Créditos](#)

Presentación

Uno de los más bellos y luminosos astros en el firmamento de la esperanza para nuestros atribulados días, es este matrimonio: Scott y Kimberly Hahn. El relato de su vida y su conversión es uno de los más interesantes entre los muchos que parecen estar floreciendo en la Iglesia de América como azafranes entre la nieve de primavera.

Todas las historias de conversión son diferentes, como los copos de nieve o las huellas dactilares. Todas son dramáticas. El único relato más dramático que el de la conversión a la Iglesia de Cristo es el de la conversión inicial a Cristo mismo. Pero ambos dramas – llegar a ser cristiano y llegar a ser católico– son dos pasos de un mismo proceso y en la misma dirección, como nacer y crecer. Este libro es una excelente muestra de esa verdad.

Debido al drama intrínseco de su tema –la búsqueda mutua entre el hombre y su Creador–, vale la pena conocer todo relato de conversión. Pero no todos son capaces de cautivar al lector y arrastrarle como río torrencioso; éste sí. Yo diría que hay cuatro motivos que hacen imposible dejarlo una vez que se empieza:

En primer lugar, los autores son muy inteligentes, de pensamiento claro e irrefutable razonar. ¡No quisiera ser un anti-católico en debate con ellos!

En segundo lugar, están apasionadamente enamorados de la verdad. Son incapaces de comprometer sus creencias.

En tercer lugar, narran con claridad y sencillez, con caridad y gracia, con humor, y entusiasmo, y alegría.

Por último, forman una pareja maravillosa, que se ofrece a sí misma y el tesoro que los dos han encontrado. Cuando llegue a conocerlos en las páginas de este libro, hallará en ellos esa inefable pero claramente identificable cualidad de la *confiabilidad*. Los hebreos la denominan *emeth*. Cuando uno los palpa, sabe que palpa verdad.

También hay razones religiosas que explican la fuerza de este libro.

Una es su evidente amor a Cristo; así de simple.

Otra es su amor y conocimiento de la Sagrada Escritura. Sé de pocos católicos en el mundo que conozcan y utilicen mejor su Biblia.

La tercera es su forma de armonizar –como Cristo– la ortodoxia bíblica y católica con la sensibilidad por la persona. En otras palabras, su amor a la verdad y a la gente; a la doctrina y al discípulo. Este doble amor es el secreto principal de los grandes maestros.

Finalmente, una cuarta razón es su teológico enfoque de la familia, biológica y espiritual (la Iglesia como familia). Esta doctrina, como cada detalle de la sabiduría de la Iglesia, se define y se aprecia más claramente cuando es atacada por las herejías que la niegan. Hoy en día esta base fundamental de toda la sociedad divina y humana sufre duros ataques, y parece estar muriendo ante nuestros propios ojos. Scott y Kimberly son

dos guerreros en el ejército de San Miguel Arcángel que contraataca la última invasión del maligno. La suerte de la batalla está cambiando, y el mismo mar de la sabiduría de la Iglesia se prepara para inundar y limpiar nuestra tierra. Scott y Kimberly son dos olas tempranas de esa marea purificadora.

No hay grabaciones más demandadas y compartidas entre los católicos norteamericanos que las cintas de los Hahn. Ahora tenemos también la versión completa de su historia. Encontrará bocas espirituales más abiertas que las de los pichones.

Peter Kreeft

Prefacio

El difunto arzobispo Fulton Sheen escribió una vez: «Apenas habrá en Estados Unidos un centenar de personas que odien a la Iglesia católica; pero hay millones que odian lo que erróneamente suponen que es y dice la Iglesia católica.»

Nosotros dos creímos en algún momento que estábamos en el primer grupo, sólo para descubrir que en realidad nos hallábamos en el segundo. Pero una vez que vimos la diferencia, y supimos dónde estábamos de verdad, se hizo evidente que no pertenecíamos a ninguno de los dos. Para entonces estábamos ya avanzados en el camino hacia nuestro hogar.

Este libro describe ese camino. Es una narración de cómo descubrimos que la Iglesia católica es la *familia de la alianza de Dios*.

Queremos mostrar cómo el Espíritu Santo utilizó la Escritura para aclarar nuestras dudas e ideas erróneas. No pretendemos tratar de las ideas erróneas que otros pueden tener. Con la gracia de Dios, quizá algún día podamos escribir otro libro sobre eso.

Este relato no podría haberse escrito si no fuera por Terry Barber, de *Saint Joseph Communications* de West Covina, California, quien generosamente nos entregó un ordenador portátil y numerosas grabaciones de nuestras conferencias, para que Kimberly las transcribiera y corrigiera hasta darles una forma legible. Hay que decir que ella hizo todo el trabajo en el piso de arriba, con cuatro niños merodeando alrededor, mientras Scott se refugiaba en una tranquila zona del sótano para terminar su tesis doctoral: «Lazos de familia por alianza». Por propia iniciativa, Scott asume la responsabilidad por cualquier ambigüedad que pueda quedar.

G. K. Chesterton dijo una vez: «Si de verdad vale la pena hacer algo... vale la pena hacerlo a toda costa». Esto explica por qué hemos querido correr el riesgo –que está unido al gozo– de compartir en papel impreso nuestro testimonio de lo que ha sido esa etapa tan intensa de nuestras vidas.

SCOTT Y KIMBERLY HAHN

29 de junio,

Fiesta de San Pedro y San Pablo

Introducción

Damos gracias a Dios por el regalo de nuestra conversión a Jesucristo y a la Iglesia católica que Él fundó; porque sólo por la asombrosa gracia de Dios hemos podido hallar el camino de vuelta a casa.

Yo, Scott, le doy gracias a Dios por Kimberly, la segunda gracia más asombrosa de mi vida. El Señor la puso a mi lado para revelarme la realidad de su familia de alianza; y mientras yo quedaba extasiado con la teoría, Kimberly la ponía en práctica, siendo el canal para las otras gracias más asombrosas de mi vida: Michael, Gabriel, Hannah y Jeremiah. El Señor se ha servido de todos ellos para ayudar a este inepto detective bíblico (el «teniente Colombo» de la teología) a solucionar «el caso del catolicismo» y regresar a casa.

El camino comenzó en verdad como una historia de detectives, pero pronto se convirtió en un relato de terror, para terminar finalmente en un gran romance: cuando Cristo quitó el velo a su esposa, la Iglesia.

(Dicho sea de paso, le será útil al lector tener presente estos tres tipos de relatos cuando vaya leyendo.)

Yo, Kimberly, le doy gracias a Dios por mi amado esposo, Scott. Él se ha tomado en serio la llamada del Señor a nutrirme con la Palabra y a quererme por la gracia de Dios (Ef 5, 29). Preparó el camino para que nuestra familia fuera recibida en la Iglesia, y entregó su vida –educación, carrera, sueños– por nosotros, porque quería seguir a Cristo sin importarle el coste.

Al igual que el peregrinaje de Scott, también el mío ha variado de color y tono a medida que progresaba, como el cambio de las estaciones. ¡Qué poco imaginaba yo lo largo que iba a ser el paso del verano a la primavera!

1. De la cuna a Cristo

Scott:

Soy el más joven de los tres hijos de Molly Lou y Fred Hahn. Bautizado como presbiteriano^[1], me crié en un hogar protestante, pero la religión significaba poco para mi familia, y más por razones sociales que por unas convicciones profundas.

Recuerdo la última vez que fui a la iglesia a la que asistía mi familia. El ministro que predicaba expresó sus dudas acerca del nacimiento virginal de Jesús y de su resurrección corporal. Yo me puse en pie en medio del sermón y me salí. Recuerdo haber pensado: «No sé con seguridad en qué creo, pero al menos soy lo bastante honesto para no dedicarme a atacar las cosas que se supone tengo que defender». También me pregunté por qué ese hombre simplemente no dejaba su ministerio en la iglesia presbiteriana y se iba a donde compartieran sus creencias. Poco sabía yo entonces que acababa de presenciar un presagio de mi propio futuro.

Todo cuanto hacía, lo hacía con pasión, fuera algo correcto o equivocado. Como un típico quinceañero, perdí todo interés por la Iglesia y empecé a interesarme mucho por el mundo; como consecuencia, pronto me vi metido en problemas; catalogado como delincuente, tuve que comparecer en el Tribunal de Menores, y ante una sentencia que me condenaba a pasar un año en un centro de detención por una serie de cargos, apenas pude arreglármelas para que la cambiaran por seis meses de libertad condicional. A diferencia de mi mejor amigo, Dave, yo estaba asustado de ver a dónde iban a parar las cosas, y sabía que aquello tenía que cambiar. Mi vida iba cuesta abajo y no sabía cómo controlarla.

Dave era un indiferente. Yo sabía que él era católico, pero cuando alardeó de mentirle al sacerdote en la confesión, pensé que ya había oído demasiado. ¡Y hablan de hipocresía! Todo lo que pude decirle fue: «Dave, cómo me alegra saber que nunca tendré que confesar mis pecados a un sacerdote». ¡Qué poco sabía yo!

Durante mi primer año de Instituto, el Señor trajo a mi vida a un estudiante universitario llamado Jack, que era un líder de *Young Life*, movimiento fundado para compartir el Evangelio con muchachos difíciles y sin fe, como mis compañeros y yo. Jack llegó a ser muy amigo mío y nuestra relación significó mucho para mí. Solía venir a jugar al baloncesto, se quedaba con nosotros después de las clases, y luego nos llevaba a nuestras casas en su camioneta.

Después de conocerme un poco mejor, Jack me invitó a un encuentro de *Young Life*. De forma educada le respondí: «No, gracias...». Yo no tenía la menor intención de asistir a una reunión de tipo religioso, aunque no fuera en una iglesia.

Pero entonces Jack mencionó, como de pasada, que una cierta joven llamada Kathy iba a ir. Debía de haberse enterado de que Kathy era la chica a la que yo estaba tratando de conquistar en aquel momento; entonces le dije: «Lo pensaré». Jack continuó explicándome que uno de los mejores guitarristas de Pittsburgh, un tal Walt, tocaba en las reuniones, y se quedaba después para improvisar con cualquier guitarrista interesado. Aquel año, como Jack bien sabía, la guitarra se había convertido para mí casi en una religión, desplazando a otras actividades menos útiles. Por lo menos ahora yo tenía una buena excusa que dar a mis amigos para ir a esa reunión.

Y fui. Hablé un rato con Kathy y luego improvisé con Walt, que era realmente asombroso con la guitarra; incluso me enseñó algunas combinaciones.

A la semana siguiente fui también, y a la siguiente y a la otra... Cada semana Jack daba una charla en la que hacía que los relatos bíblicos cobraran vida. Luego nos retaba con el mensaje básico del Evangelio: todos éramos pecadores y necesitábamos ser salvados, por eso Cristo murió en la cruz para pagar por nuestros pecados. Teníamos que optar por Él como nuestro Salvador y Señor para ser salvos; no era algo automático. Yo le escuchaba, pero no me sentía muy impresionado.

Un mes más tarde, Jack me invitó a una especie de retiro. «No, gracias, le dije, tengo otros planes». Pero él añadió que Kathy estaría allí, todo el fin de semana. Hombre astuto. Mis «otros planes» podían esperar.

Quien dirigía el retiro presentó el Evangelio de un modo simple pero a la vez motivador. La primera noche nos dijo: «Mirad bien la cruz; y si sentís la tentación de no tomaros en serio vuestros pecados, miradla de nuevo de manera larga e intensa». Me hizo caer en la cuenta, por primera vez en mi vida, de que, en efecto, eran también mis pecados los que habían clavado a Cristo en la cruz.

A la noche siguiente nos retó de otro modo. Nos dijo: «Si tenéis la tentación de mostraros indiferentes ante el amor de Dios, mirad de nuevo la cruz, porque el amor de Dios es el que envió a Cristo a la cruz por vosotros». Hasta ese momento yo había considerado el amor de Dios como algo puramente sentimental. Pero la cruz no tiene nada de sentimental.

Aquel hombre nos llamó luego a comprometernos con Cristo, y vi a un buen grupo de compañeros a mi alrededor responder que sí, pero yo me contuve. Pensé: «No quiero dejarme llevar por la emoción. Prefiero esperar. Si esto es cierto hoy, también lo será mañana o dentro de un mes». Así que regresé a casa posponiendo mi decisión de ofrecer mi vida a Cristo.

En el retiro había comprado dos libros: *Sepa por qué cree*, de Paul Little, y *Mero cristianismo*, de C. S. Lewis, y una noche, casi un mes después, los leí de un tirón. Ambos dieron respuesta a muchas de mis preguntas acerca de la existencia de Dios, los milagros, la Resurrección de Jesús y la veracidad de las Escrituras. A eso de las dos de la mañana, apagué la luz, me di media vuelta en la cama y recé: «Señor Jesús, soy un pecador. Creo que moriste para salvarme. Quiero entregarte mi vida ahora mismo. Amén».

Y me dormí. No hubo coros angélicos, ni trompetas, ni siquiera una descarga de

emociones. Todo pareció tan irrelevante... Pero por la mañana, cuando vi los dos libros, recordé mi decisión y mi oración, y supe que algo había cambiado.

Mis compañeros también notaron alguna diferencia. Mi mejor amigo, Dave, que era uno de los chicos más populares del colegio, se enteró de que yo ya no quería fumar droga. Me llevó aparte y me dijo:

–Scott, no te ofendas, pero no queremos que sigas viniendo con nosotros. Los otros y yo creemos que eres un confidente de la «poli».

–Vamos, Dave –le respondí–, tú sabes que no soy un confidente.

–Bueno..., no sabemos qué eres, pero has cambiado, y ya no queremos tener nada que ver contigo. Que te vaya bien.

Y se fue.

Me quedé aturdido. Apenas un mes después de haberme comprometido a seguir a Cristo, me quedaba solo, sin un amigo en el colegio; me sentía traicionado. Me dirigí a Dios y le dije: «Señor, te he dado mi vida y tú te llevas a mis amigos. ¿Qué clase de trato es éste?»

Aunque entonces no podía saberlo, Dios me estaba llamando a sacrificar algo que se interponía en mi relación con Él. Fue un proceso duro y lento, pero a lo largo de los dos años posteriores, hice nuevas amistades auténticas y sinceras.

Antes de terminar segundo de Secundaria, experimenté el poder transformador de la gracia de Dios en la conversión. Durante el año siguiente sentí la acción del Espíritu Santo de una forma personal y vivificante, y como consecuencia, llegué a tener un hambre insaciable de Escritura. Me enamoré perdidamente de la Palabra de Dios –la guía infalible para nuestra vida de cristianos– y del estudio de la teología.

Durante los dos últimos años de Instituto me dediqué a tocar la guitarra y a estudiar las Sagradas Escrituras; Jack y su amigo Art me ayudaron a conocerlas. En mi año final, Art incluso me llevó a algunas de sus clases del seminario con el doctor John Gerstner.

Los personajes de la historia cristiana que más me atraían –de los que Jack y Art hablaban siempre– eran los grandes reformadores protestantes Martin Lutero y Juan Calvino. Comencé a estudiar cómo Lutero redescubrió el Evangelio separándose completamente de la Iglesia católica –así pensaba yo–, y empecé a devorar sus obras. Como consecuencia, me reafirmé en mis convicciones anti-católicas. Estaba tan convencido, que para la clase de literatura inglesa de la señorita Dengler decidí escribir mi trabajo de investigación sobre la doctrina de Lutero. Eso me llevó a asumir la misión de corregir y liberar a los católicos encadenados en el antibíblico legalismo de la justificación por las obras. Lutero me había convencido de que los católicos creían que se podían salvar por sus obras, aunque la Biblia enseñaba la justificación por la sola fe, o *sola fide*.

En una ocasión Lutero había declarado desde el púlpito que él podía cometer adulterio cien veces al día y que eso no afectaría su justificación ante Dios. Obviamente, era una figura retórica, pero me impresionó, y la comenté con muchos de mis amigos católicos.

No hay por qué negarlo: el anti-catolicismo puede ser algo muy razonable. Si la hostia que los católicos adoran no es Dios (y yo estaba convencido de que no lo era), entonces,

es idolatría y blasfemia lo que hacen los católicos al arrodillarse y adorar la Eucaristía. Estaba convencido de eso, y hacía cuanto podía para compartirlo. Por favor, comprendan que mi ardiente anti-catolicismo brotaba de mi amor por Dios y de un deseo caritativo de ayudar a los católicos a convertirse. Y de hecho, como los católicos eran los que me ganaban bebiendo y diciendo palabrotas antes de que yo me tomara en serio mi cristianismo, yo sabía bien cuánta ayuda necesitaban.

En aquel entonces yo salía con una chica católica, y le pedí que leyera un libro considerado la biblia del anti-catolicismo –un libro que, hoy estoy convencido, está lleno de descripciones engañosas y de mentiras sobre la Iglesia–, *Roman Catholicism*, de Lorraine Boettner. Mi novia lo leyó y luego me escribió dándome las gracias y diciéndome que nunca volvería a ir a misa. Más adelante repartí ejemplares a otros muchos amigos; y con total buena fe, y ceguera, daba gracias a Dios porque me permitía servirle de esa forma.

Mi abuela Hanh era la única católica de mi familia; una discreta, humilde y santa mujer. Como yo pasaba por ser el único miembro «religioso» de mi casa, mi padre me dio sus objetos religiosos cuando ella falleció. Los miré con repugnancia y horror. Tomé el Rosario entre mis manos y lo rompí, diciendo: «Dios mío, líbrala de las cadenas del catolicismo que la han tenido aprisionada». También rompí sus libros de oración y los tiré a la basura, esperando que esa superstición sin sentido no hubiera condenado su alma. Me habían enseñado a ver esas cosas como un exceso de equipaje inventado por los hombres para complicar un Evangelio salvador y muy simple. No siento el menor orgullo de haber actuado así, pero lo cuento para hacer ver lo profundas y sinceras que son las convicciones anti-católicas de muchos cristianos «de Biblia». Yo no era anti-católico por un fanatismo malhumorado, sino por convicción.

Un episodio más reforzó esa realidad. Al final de mi último año de Secundaria, iba un día camino del Instituto para un ensayo, cuando pasé ante la casa de Dave, el que había sido mi mejor amigo. Su luz estaba encendida, y pensé: «Debo al menos despedirme de él, ahora que voy a graduarme y a irme a la Universidad» Casi no le había visto en los últimos dos años.

Toqué el timbre, y la madre de Dave abrió la puerta y me invitó a pasar. Creo que había oído decir que me había vuelto muy religioso; se alegró mucho de verme. Mientras entraba, Dave bajó por la escalera poniéndose el abrigo. Al verme se detuvo de repente.

–¡Scott!

–¡Dave!

–Ven, sube.

Al principio la situación resultó muy tensa, pero luego empezamos a hablar y hablar, y estuvimos riéndonos y contando anécdotas como en los viejos tiempos. Lo que iban a ser quince minutos resultaron ser más de dos horas. ¡Nunca llegué a mi ensayo! Mientras lo lamentaba le dije a Dave:

–Pero espera..., cuando llegué, ibas a salir... Lo siento... seguro que te he fastidiado un buen plan.

De repente su expresión cambió:

- ¿Por qué has venido esta noche? –me preguntó.
–Sólo para despedirme de ti y desearte que te vaya muy bien.
–Pero ¿por qué esta noche precisamente?
–Pues no lo sé... ¿He hecho que faltaras a algo importante?

Miré a aquel tipazo que había sido tan atlético, gracioso y popular, y noté que su voz temblaba.

–Cuando has llegado me iba a... –metió la mano en el bolsillo y sacó una soga de dos metros con un nudo corredizo en uno de los extremos–... Iba a ahorcarme. Esta tarde trepé a un árbol en el viejo huerto de manzanos, y cuando estaba a punto de hacerlo, pasaron dos niñas. Pensé: «Yo ya he arruinado mi vida, ¿por qué arruinar también las suyas?» Así que decidí volver cuando oscureciera. Salía para allá cuando has llegado.

Rompió a llorar y me pidió que rezara por él. Nos abrazamos y empecé a rogar por él en aquel mismo instante. Al salir de su casa vi un crucifijo colgado en la pared^[2], junto a la puerta principal, y pensé: «Qué lástima que Dave nunca se haya tomado en serio el Evangelio». De camino a casa, me detuve a mirar las estrellas y le dije a Dios: «Señor, yo no sabía lo que Dave iba a hacer, pero tú sí, ¿verdad? Si puedes servirte de alguien como yo para ayudar a un pobre chico como Dave... aquí estoy, Señor. Úsame más, sobre todo para ayudar a los católicos».

Kimberly

Poco antes de que sonaran las campanas de la Navidad de 1957, mi padre recibió la feliz noticia de que su primera hija acababa de nacer: Kimberly Lorraine. Su corazón, junto al de mi madre, se llenó de gozo.

Mis padres, Jerry y Patricia Kirk, me han cubierto de oraciones desde que supieron que yo estaba en camino hasta el día de hoy. Me bautizaron siendo yo un bebé y me transmitieron la fe desde mis primeros momentos; me alimentaron con la Palabra de Dios a la vez que con guisantes y patatas, y sobre todo, me dieron un buen ejemplo, siempre aprendiendo del Señor y creciendo en la vida de fe. ¡Qué patrimonio tan rico! Pudieron decir con el salmista: «Cantaré por siempre el firme amor de Yavé; tu misericordia, oh Señor. Y daré a conocer tu fidelidad de generación en generación» (Sal 89, 1).

Porque amaba a mis padres, amaba a Dios. Porque confiaba en mis padres, creía en el Dios en el que ellos creían, y que Él había hecho lo que ellos me decían que había hecho. Creía que la Biblia era verídica porque ellos decían que lo era. Y sin embargo, llega un momento en que cada uno debe decidir si las demandas de Jesús sobre nuestras vidas son fundadas o no.

Un día, cuando estaba en séptimo grado, tuve la oportunidad de hacerlo por mi cuenta. Criada en una familia sólidamente cristiana, yo era uno de esos niños «buenos» que no comenten apenas pecados de obra, no tantos como de pensamiento o actitud. En mí, los pecados de omisión tendían a ser más que los de comisión. Pero aquel día fui consciente

de cuánto le estaba fallando a Dios. Oyendo la predicación del Dr. Lloyd Ogilvie, escuché el Evangelio de una forma nueva que me conmovió el corazón: Dios me amaba y quería que yo viviera con Él y para Él, pero mis pecados me separaban de Dios, y tenían que ser perdonados. Para eso vino Jesús al mundo.

Reconocí lo mucho que le necesitaba, y le pedí perdón por esos pecados diciendo: «Jesús, sé mi Salvador. Quiero que estés en el trono de mi vida. Jesús, sé mi Señor». Ahora que ya no iba a ir de la mano de mis padres, me tomaba de la mano firmemente mi Padre Celestial.

El reverendo apenas acababa de «llamar testigos al altar» cuando yo ya bajaba los escalones y corría por el pasillo para decir: «Sí, Jesús, te amo, te necesito. Sí, quiero que estés en el centro de mi vida».

El Salmo 51, 3 dice: «Apiádate de mí, oh, Señor, según tu benignidad. Por tu gran misericordia borra mi culpa». Ésa era mi oración.

Esta experiencia me llevó a una relación completamente nueva con el Señor. Tenía más deseos que nunca de conocer mi fe; quería ayunar, no porque me lo dijeran, sino para ser más de Dios. Tenía hambre de Escritura, de leerla, de estudiarla, de memorizarla; y esperaba con ansia mi confirmación, que tendría lugar ese mismo año, no sólo para compartir mi fe con los *ancianos* de nuestra iglesia, sino también para empezar a recibir la comunión. Cuando pensaba en acercarme a la mesa del Señor, lo comparaba con la experiencia de la cena en familia, que día tras día nos ofrecía mi madre: era el regreso al hogar después de las batallas de cada día; era una celebración de los unos para los otros; era un festín de amor servido con gracia y belleza. Poco sabía yo entonces cuánto más preparaba ella mi corazón para mi futura recepción de la Eucaristía que para la comunión presbiteriana.

Ahora vivía mi fe de nuevas maneras: daba continuo testimonio; llevaba mi Biblia encima de los demás libros, tanto para leerla como para dar lugar a que surgieran preguntas y conversaciones (¡y daba resultado!); ayudaba a iniciar grupos de oración por la mañana, antes de las clases... A veces me mostraba insoportable; pero los convertidos pueden ser así, y muchas veces dan más fruto que los que se han mantenido firmes en la fe.

Crecí también en el amor, dejando que Dios me amara tal como soy, amando a Dios de nuevas maneras y aprendiendo a tratar a mis hermanos y hermanas en Cristo.

Mis dos últimos años de *high school* estuvieron llenos de ministerios emocionantes: dirigía estudios bíblicos, evangelizaba y cantaba con un grupo juvenil llamado *Young Folk*, en los servicios de oración de las iglesias locales y durante las giras de verano. Todo eso me ayudó a formar un sólido grupo de amigos cristianos.

Libré también duras pero estimulantes batallas: solía dar testimonio de mi fe y era provocada por compañeros y profesores. Luego volvía a casa y mis padres me animaban, dándome más Escritura para volver a la lucha. Parecía que estaba viviendo lo que significaba mi nombre –Kimberly quiere decir «doncella guerrera» en gaélico–. Debo admitir que disfruté mucho en esas confrontaciones, y me preguntaba si una universidad cristiana supondría tantos retos.

[1] Protestante calvinista que no reconoce la autoridad episcopal sobre los presbíteros. Las iglesias presbiterianas son dirigidas por grupos de *ancianos* laicos, a imitación de los ancianos de la Biblia (*N. del T.*).

[2] Signo de catolicidad, pues los protestantes no tienen imágenes religiosas, en obediencia a una interpretación literal del primer mandamiento (*N. del T.*).

2. Del apostolado al matrimonio

Scott:

Durante el verano anterior a mi marcha a la Universidad, hice una gira por los Estados Unidos, Escocia, Inglaterra y Holanda, tocando la guitarra en un grupo musical cristiano llamado *The Continentals*. Ya al final me había saciado lo bastante de guitarra y de música como para centrarme en la Escritura y la teología en la Universidad.

Mis cuatro años en el *Grove City College* transcurrieron tan rápidos como un remolino, y me gradué en teología, filosofía y economía –añadí esta última para satisfacer el espíritu práctico de mi padre, que pagaba mis estudios–. Además, me integré en la rama local de *Young Life*: quería devolverle a Dios, en la medida de mis posibilidades, el favor de haberse servido de *Young Life* para llevarme al Evangelio. Así que trabajé en esa organización durante los cuatro años de carrera, evangelizando y formando en la fe a muchachos de Secundaria, como habían hecho conmigo.

Quisiera contar una historia que es buena muestra del celo que nos movía a compartir el Evangelio con los que no conocían a Cristo.

Un amigo mío me habló del Dr. Francis Schaeffer, un gran catedrático cristiano con el que estaba estudiando en Europa. El doctor Schaeffer había decidido tomarse un fin de semana libre para visitar París con dos alumnos. Una noche, mientras paseaban por la ciudad, vieron a una prostituta parada en una esquina. Los alumnos, horrorizados, observaron cómo su mentor se acercaba a la mujer.

–¿Cuánto cobra usted? –le preguntó.

–Cincuenta dólares.

El catedrático la miró de arriba abajo y dijo:

–No, es demasiado poco.

–¿Ah, sí? Para los americanos son ciento cincuenta dólares.

Pero él insistió de nuevo:

–Aún es muy poco.

Ella contestó rápidamente:

–Ah, claro, la tarifa de fin de semana para los americanos es de quinientos dólares.

–Incluso eso es demasiado barato.

Para ese entonces, la mujer estaba ya un poco irritada. Con tono altivo dijo:

–¿Cuánto valgo para usted?

El doctor respondió:

–Señora, yo nunca podría pagar lo que vale usted, pero déjeme hablarle de alguien que ya lo ha hecho.

Y los dos alumnos vieron cómo su mentor –en ese mismo momento y lugar– se arrodilló con ella en la acera y la guió en una oración para ofrecer su vida a Cristo.

Ése era el tipo de celo que teníamos en *Young Life* para compartir el Evangelio, y yo no podía comprender por qué a tantas iglesias ni siquiera parecía importarles.

Me dedicaba con especial entusiasmo a los católicos, por compasión hacia sus errores y supersticiones. Cuando dirigía estudios sobre la Biblia para alumnos de Secundaria, preparaba estratégicamente mi charla para llegar a los chicos católicos, que me parecían tan perdidos y confusos. Lo que más me alarmaba era su ignorancia, no sólo de la Biblia, sino de las enseñanzas de su propia Iglesia. Me daba la impresión de que los estaban tratando como conejillos de indias en sus propios programas de catequesis. Por tanto, hacerles ver los errores de su Iglesia resultaba tan fácil como acertar a patitos de plástico metidos en un barril.

En la residencia, algunos de mis amigos empezaron a hablar de ser «rebautizados». Todos estábamos creciendo juntos en la fe y asistíamos a la congregación local. El ministro –un orador fantástico– estaba enseñando que aquellos que fuimos bautizados de niños nunca fuimos *verdaderamente* bautizados, y mis amigos parecían seguirle en todo cuanto decía. Al día siguiente nos reunimos para acordar la fecha en que nos «sumergiríamos de verdad». Pero antes yo les di mi opinión:

–¿No creéis que deberíamos estudiar la Biblia nosotros mismos para asegurarnos de que él está en lo cierto?

Parecía que no me escuchaban.

–¿Cuál es el problema con lo que dice el ministro, Scott? Después de todo, ¿te acuerdas de tu Bautismo? ¿De qué les vale el Bautismo a los bebés si aún no pueden creer?

Yo no estaba seguro, pero sabía que la respuesta no era jugar a «seguir al líder» y basar las creencias sólo en sentimientos, como parecían hacer ellos. De modo que les dije:

–No sé lo que haréis vosotros, pero yo voy a estudiar la Biblia un poco más detenidamente antes de lanzarme a bautizarme de nuevo.

A la semana siguiente, ellos se «rebautizaron». Mientras tanto, yo fui a ver a uno de mis profesores de Biblia y le expliqué lo que estaba sucediendo, pero no quiso darme su opinión. En cambio, me instó a que estudiara el tema más a fondo:

–Scott, ¿por qué no tratas el tema del bautismo de los niños en tu trabajo de investigación escrito?

Me vi en un aprieto. Para ser honesto, no quería estudiar el tema *tan a fondo*; pero supongo que el Señor sabía que necesitaba un pequeño empujón. Así que durante los meses siguientes leí todo lo que pude encontrar al respecto.

Por aquel entonces, ya había leído la Biblia tres o cuatro veces y estaba convencido de que la clave para comprenderla era el concepto de *Alianza*. Está en cada página, y Dios establece una en cada época. Estudiar la alianza me dejó clara una cuestión: Durante dos mil años, desde el tiempo de Abraham hasta la venida de Cristo, Dios había mostrado a su pueblo que quería que los niños estuvieran en alianza con Él. El modo era sencillo:

bastaba darles el signo de la alianza.

En el Antiguo Testamento el signo de entrada a la alianza con Dios era la circuncisión. En el Nuevo Testamento, Cristo había sustituido ese signo por el Bautismo. Pero en ningún sitio leí que Cristo dijera que los niños debían ser excluidos de la alianza; de hecho, le encontré diciendo prácticamente lo contrario: «Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 19, 14).

También hallé a los Apóstoles imitándole. Por ejemplo, en Pentecostés, cuando Pedro acabó su primer sermón, llamó a todos a aceptar a Cristo, entrando en la Nueva Alianza: «Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es esta promesa y *para vuestros hijos...*» (Hch 2, 38-39).

En otras palabras, Dios quería que los niños estuvieran en alianza con Él, y puesto que en el Nuevo Testamento sólo figura el bautismo como signo para entrar en la Nueva Alianza, ¿por qué no debían ser bautizados los niños de los creyentes? No era, pues, de extrañar –como descubrí en mi investigación–, que la Iglesia practicase el bautismo de los niños desde que fue instituida.

Mostré a mis amigos los resultados de mi investigación bíblica, pero no quisieron escucharme, y mucho menos discutirlo. De hecho, percibí que el solo hecho de que yo estudiara el tema no les había gustado nada.

Ese día hice dos descubrimientos: Por un lado, comprobé que muchos de los llamados «cristianos de la Biblia» prefieren basar sus creencias en sentimientos, sin rezar ni leer detenidamente la Escritura. Por otro lado, descubrí también que la alianza era verdaderamente la clave para comprender toda la Biblia.

Decidí entonces, en mi primer año de estudios universitarios, que la alianza sería el objeto de todos mis futuros trabajos de investigación y proyectos. Y así lo hice. Es más, después de cuatro años de estudiar la alianza, me convencí de que era en verdad el tema dominante de toda la Biblia. La Escritura cobraba más y más sentido.

En mi último año de estudios, tenía otra meta (además de ir al Seminario para cursar estudios superiores de Escritura y teología): casarme con la mujer más hermosa y espiritual de toda la Universidad: la señorita Kimberly Kirk. Ya la había reclutado como líder de *Young Life*, y durante dos años habíamos ejercido nuestro apostolado codo con codo. Entonces le propuse matrimonio, y, para mi gran felicidad, ella había aceptado.

Después de graduarme con las más altas calificaciones en Filosofía y Teología, me fui a Cincinnati para que pudiéramos dedicar el verano a prepararnos para el matrimonio. Con Kimberly Hahn a mi lado, «estaba preparado para afrontar el futuro a toda máquina».

Kimberly:

En 1975 me matriculé en el *Grove City College* para cursar mi primer año en el programa de Artes de la Comunicación. Había elegido una universidad cristiana, no

buscando una tregua en las luchas que tanto habían fortalecido mi caminar con el Señor en una *high school* pública y secularizada, sino para crecer de una manera más profunda y emprendedora: para ser «hierro que lima hierro» con y para otros cristianos. Sin embargo, una vez en la Universidad, el dilema en el que me hallaba atascada era la facilidad con la que podía dejar de crecer de una forma dinámica precisamente por el hecho de que la mayoría de la gente era cristiana o actuaba como tal. Si no avanzaba en mi relación con Cristo, eso quería decir que retrocedía, pues no es posible quedarse detenido.

En el verano entre mi segundo y mi tercer curso, me sentía culpable de mi bajón espiritual. Disfrutaba mucho participando en las obras de teatro, en una hermandad de mujeres y en varias asociaciones, pero en realidad no había crecido espiritualmente. Jesús no me pedía ser el centro de mi vida, me lo exigía; y yo lo sabía, pero me comportaba como si fuese yo quien le hubiera invitado a Él a entrar, bajo mis condiciones y cuando me conviniera. Sin embargo, era Él quien me invitaba a su vida. Tenía que encontrar un modo de servirle que de verdad me hiciera ponerme de rodillas y reconocerle como Señor; un empeño que fuera demasiado grande para conseguirlo sola. En este punto estaba cuando regresé a Grove City para iniciar el tercer año.

Me integré en el Consejo de Orientación, y Scott era asistente de alumnos de una residencia universitaria. Por esa razón ambos teníamos asignados cometidos respecto al baile de alumnos de primer curso. Le vi durante el baile y primero pensé: «Es demasiado guapo para acercarme a hablar con él». Pero luego me dije: «No, no lo es. Puedo acercarme para charlar».

Así que me aproximé y empecé a hablar con él. Casi de sopetón me preguntó:

–¿Crees que Dios existe?

Pensé: «Oh, Señor, este chico ha debido perder la fe durante el verano. Inspírame las palabras que le ayuden». Durante unos diez minutos, y de forma un poco torpe y confusa, me esforcé por demostrarle que Dios existe. Finalmente le dije:

–¿Crees tú en Dios?

–¡Claro! –contestó.

Sorprendida, le pregunté:

–Entonces, ¿por qué has estado diez minutos poniéndome a prueba?

–Para ver de qué pasta estás hecha –fue su respuesta–. ¿Quieres que demos un paseo?

Así que salimos a pasear. Le comenté mi resolución de que mis dos últimos años de carrera fueran diferentes a los dos primeros, y le dije que me gustaría participar en algún tipo de apostolado que me retara a crecer espiritualmente .

–¡Yo tengo el ministerio ideal para ti! –me anunció Scott?–. ¿Has oído hablar de *Young Life*?

Sabía de *Young Life* porque mi padre había llegado a la fe en Cristo gracias a esa organización en Colorado. Cuando estuvo en el seminario de Pittsburgh, mi padre difundió *Young Life* en aquella zona. Lo que yo no sabía es que era precisamente la sección de *Young Life* de Pittsburgh la que había llevado a Scott a Cristo. Después de esa experiencia, él había venido a la universidad y se había integrado en el grupo local de

Young Life para alumnos de Secundaria. Ahora buscaba líderes femeninas para ayudarle.

Scott me explicó lo que hacían:

–Vamos a los institutos y hablamos con los alumnos, jugamos partidos y luego los acompañamos a sus casas; los queremos tal como son, en su propio ambiente. Va naciendo una relación de amistad y confianza, y en el momento adecuado compartimos con ellos nuestra experiencia de fe en Cristo. De entre aquellos que se comprometen a seguirle van surgiendo nuevos discípulos. Les ayudamos a comprender qué significa vivir para Cristo –luego añadió–: Necesitamos chicas líderes. ¿Quieres unirte a nosotros?

De inmediato supe que aquello era algo que sí me exigía ponerme de rodillas, ¡y me entró un miedo de muerte!; aun así le respondí:

–De acuerdo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Durante los dos años siguientes servimos en *Young Life* hombro con hombro, junto a algunos otros estudiantes universitarios. Al principio me daba reparo ir a los institutos tan sólo para pasar el rato, pero lo fui superando porque era hermoso hacer amistad con los alumnos y hablarles del Señor. Dios estaba con nosotros fortaleciéndonos, y el fruto fue abundante.

Scott enseñaba a los líderes modos eficaces de comunicar el Evangelio y hacer proselitismo; tocaba la guitarra y ofrecía muchas charlas en nuestras reuniones semanales. Dirigía también estudios sobre la Biblia, y lo hacía de un modo tan motivador para los muchachos que todos los líderes querían asistir. De hecho tenía que disuadir a algunos para que no vinieran, porque la habitación estaba a rebosar de estudiantes.

Desde que Scott me reclutó, él y yo pasábamos más tiempo juntos. Comenzábamos a hablar durante el almuerzo y terminábamos después de la cena. Transcurridas unas tres semanas en las que nos tratamos de una manera más intensa, Scott me dijo:

–Kimberly, disfruto mucho del tiempo que pasamos juntos, pero si seguimos así me voy a enamorar de ti. Y no tengo tiempo para enamorarme este año..., tal vez el año que viene. Creo que debemos dejar de salir juntos.

Me quedé helada. Aquella, ciertamente, fue una forma muy creativa y original de romper nuestra relación. Me sentí muy desilusionada, pero, por otro lado, pensé que Scott era el hombre más religioso con el que había salido, así que le creí cuando me dijo que no había otro motivo escondido por el que estuviera poniendo fin a lo nuestro. Dejamos de salir juntos, pero seguimos en el mismo ministerio.

Young Life parecía encajar muy bien en mis planes de estudiar para ser ministro de mi iglesia, un sueño que yo albergaba desde que estaba en Segundo Grado. Mi padre me había convencido, con el ejemplo de su vida, de que era la tarea más apasionante del mundo. Él venía a casa, día tras día, emocionado de poder difundir el Evangelio y ayudar a otras personas a creer en Cristo; aconsejando a parejas con problemas conyugales y viendo cómo sus matrimonios se recuperaban; enseñando y predicando la Palabra de Dios, y llevando consuelo a los que se enfrentaban a la enfermedad o la muerte. Nada me parecía más maravilloso que imitarle en su vocación de pastor. Yo creía poseer muchos de sus dones y talentos, y los mismos deseos de compartir el Evangelio y hacer de otros, discípulos de Cristo.

Entonces, algunos buenos amigos, incluido Scott, comenzaron a ponerme a prueba durante mi tercer año de estudios, para ver si Dios me estaba llamando de verdad a ser ministro. Estuve de acuerdo con ellos en que si no hallaba un fundamento bíblico para el sacerdocio femenino, sería que Dios tenía otro proyecto de vida para mí.

Fue difícil replantearme lo que había sido mi sueño durante tanto tiempo, y sobre todo, renunciar a ese sueño. Pero tuve que hacerlo cuando me convencí de que la Escritura no apoyaba la ordenación como pastor de la mujer. No obstante, una vez que lo vi claro, mi profundo deseo de ser ordenada disminuyó, y decidí buscar otro camino para servir al Señor.

Además de trabajar intensamente en *Young Life*, Scott y yo también disfrutábamos mucho debatiendo temas teológicos, a veces incluso con intensas discusiones. Durante las Navidades de mi tercer año en la Universidad, estaba en casa describiendo una de esas conversaciones a mi madre, y ella, sonriendo, me dijo:

–Kimberly, me pregunto si no te casarás con ese chico. Apostaría a que sí.

–¡Casarme con Scott! ¡Si a duras penas logro hablar de teología con él sin sentirme frustrada!

–Sí, pero creo que te casarás con él.

Ella nunca había dicho nada semejante de ningún otro chico con quien yo había salido. Así que me tomé muy en serio sus palabras.

Aunque ya no salíamos juntos, Scott y yo habíamos establecido una sólida base para un futuro noviazgo. Sin que yo lo supiera, él ya les había dicho a algunas personas, el verano anterior a nuestro último año de estudios, que había decidido regresar a la universidad para casarse con Kimberly Kirk. Hacia finales de verano yo también tenía un profundo presentimiento de que él era el hombre para mí.

El 30 de septiembre, durante un fin de semana de formación para los responsables de *Young Life*, empezamos a salir juntos de nuevo. Gracias a nuestro ministerio común en *Young Life* vimos cuánto podía prosperar la vida familiar si teníamos un empeño compartido, si los dos «arábamos con una sola yunta». Yo apreciaba mucho la pasión de Scott por la verdad y su amor por la Palabra. Era un comunicador poderoso y eficaz, y muchas vidas cambiaban a medida que el Señor obraba a través de él. Scott también me quería mucho, y apreciaba el modo en que Dios se servía también de mí.

Nuevamente tuvimos largas charlas sobre lo que habíamos estudiado y pensado. Nuestros sueños se complementaban mucho: Scott aspiraba a ser ministro y profesor; yo, esposa de un ministro. Él quería ser escritor; a mí me gustaba escribir a máquina y corregir las pruebas de imprenta. A ambos nos gustaba dar charlas. A pesar de que discutíamos apasionadamente de teología, teníamos una profunda unidad en materia teológica, y eso nos hacía comprender que juntos, compartiendo todo, podíamos progresar más que estando cada uno solo.

El 23 de enero nos prometimos, para casarnos en el mes de agosto. (Habíamos descubierto que la fecha de nuestro compromiso era considerada por los Padres Estigmatinos como la fiesta de los esponsales de María y José.)

Poco antes de la graduación me di cuenta de que no sabía si Scott deseaba o no tener

una familia numerosa. Yo siempre había querido tener por lo menos cuatro o cinco hijos. Así que, como de pasada, le saqué el tema:

–Scott, ¿tú quieres tener muchos hijos?

–Bueno, no demasiados.

«¡Oh, no!, pensé, ahora resulta que es un partidario del crecimiento-cero de la población». Procurando mantener mi tono intrascendente, le pregunté:

–¿Cuántos no serían demasiados?

–No sé... –me dijo–. Creo que debemos limitarnos a unos cinco o seis.

Casi no podía creer lo que había oído.

–Sí, seamos moderados –le dije, con una sonrisa cómplice.

Ésa era otra importante cuestión en la que nuestros corazones y nuestras mentes iban al unísono. Cada uno estaba maravillado por los dones que Dios le había dado al otro. ¡Y pensar que las diferencias teológicas que teníamos estaban básicamente resueltas! Todo lo que quedaba por hacer era casarnos, ir al Seminario y explorar la verdad. Luego nos lanzaríamos a conquistar el mundo para Cristo. Al menos eso era lo que entonces pensábamos.

El día 18 de agosto de 1979, en Cincinnati, ante nuestras familias y más de quinientos amigos, nos unimos en matrimonio, dispuestos a que Jesús fuera el centro de nuestra vida en común. Teníamos tantos sueños como para que nos duraran toda una vida.

3. Nueva concepción de la alianza

Scott:

Kimberly y yo llegamos al seminario teológico *Gordon-Conwell* sólo dos semanas después de nuestra boda. Ambos estábamos firmemente convencidos de que la teología evangélica[3] reformada era la mejor expresión del cristianismo bíblico.

Yo describiría mi búsqueda en esta etapa como una *novela policiaca*. Investigaba las Escrituras para encontrar las claves del auténtico cristianismo. ¿Dónde se enseñaba y se vivía más fielmente la Biblia? Fuera donde fuera, sabía que Dios me quería allí, para dedicar mi vida a enseñar. Yo era un investigador muy dinámico, dispuesto a obedecer a la Escritura, sin importarme a dónde me llevara.

En el seminario conocí a un compañero de estudios llamado Gerry Matatics, con el que pronto hice una gran amistad (y que más tarde desempeñaría un importante papel en nuestra historia). Entre los alumnos presbiterianos, nosotros dos éramos los únicos lo bastante consistentes en nuestro anticatolicismo como para sostener que la Confesión de Westminster[4] debía mantener una tesis que la mayoría de los reformados estaba dispuesta a abandonar: el Papa era el Anticristo. Aunque los protestantes –Lutero, Calvino, Zwinglio, Knox y otros– diferían entre sí en muchas cosas, todos se mostraban unánimes en la convicción de que el Papa era el Anticristo y que la Iglesia de Roma era la ramera de Babilonia.

Cuando el Papa fue a Boston en 1979, muchos de mis compañeros del seminario dijeron: «¡Es un hombre maravilloso!» ¡Maravilloso! Aquel hombre pretendía tener el poder de someter a cientos de millones de mentes y corazones, y de impartir enseñanzas supuestamente infalibles al mundo entero. ¿Era eso maravilloso? ¡Era abominable! Gerry y yo nos esforzábamos por mostrar a nuestros compañeros qué equivocado era ese planteamiento.

Mi segundo año en el seminario fue el primero de Kimberly, y cuando ella hizo un curso de ética cristiana, ocurrió algo muy curioso. Yo había seguido ya ese curso, y por tanto sabía que la clase se dividía en pequeños grupos para trabajar sobre un tema de la moral. Le pregunté a Kimberly qué cuestión había elegido.

–Los anticonceptivos –me dijo.

–¿Los anticonceptivos? También fue una opción el año pasado, pero nadie la eligió. De hecho, es un problema sólo para los católicos. ¿Por qué has querido estudiar la contracepción?

–Cuando doy charlas sobre el aborto, continuamente me plantean preguntas sobre el control de la natalidad. No sé por qué, pero es lo que pasa. Así que he pensado que ésta

sería una buena ocasión para saber si la Biblia tiene o no algo que decir al respecto.

–Bueno, si quieres perder el tiempo estudiando un tema sin valor, es cosa tuya...

Estaba sorprendido, pero no preocupado. Después de todo, no había una forma correcta o incorrecta de ver la contracepción. No podía imaginar entonces lo mucho que ese estudio iba a afectar a nuestras vidas.

Un par de semanas después, un amigo me preguntó en el pasillo:

–¿Has hablado con tu esposa acerca de su trabajo sobre los anticonceptivos?

–No.

–Pues tal vez quieras hacerlo. Tiene ideas bastante interesantes.

Debido a la naturaleza del tema, pensé que sería mejor hablar con ella, y eso hice: le pregunté qué era eso tan interesante que había descubierto sobre la anticoncepción. Me dijo que hasta 1930 la postura de todas las iglesias respecto a este tema había sido unánime; la anticoncepción era moralmente mala en cualquier circunstancia.

Mi argumento fue:

–Tal vez les llevó todo ese tiempo desprenderse de los últimos vestigios del catolicismo.

Kimberly avanzó un poco más:

–Pero ¿sabes qué razones dan ellos para oponerse al control de la natalidad? Tienen argumentos de más peso de lo que tú crees.

Tuve que admitir que no conocía sus razones. Kimberly me preguntó si estaba dispuesto a leer un libro sobre el tema, y me dio *El control de la natalidad y la alianza matrimonial*, de John Kippley (obra que fue luego revisada y retitulada *El sexo y la alianza matrimonial*). Mi especialidad era la teología de la alianza, y creía tener todos los libros en los que figuraba la palabra «alianza» en su portada; así que el hecho de descubrir uno que no conocía picó mi curiosidad.

Lo vi y pensé: «¿Editorial Litúrgica? ¡Este tipo es un católico! ¡Un papista! ¿Qué hace plagiando la noción protestante de la alianza?» Sentí aún más curiosidad por saber lo que decía. Me senté a leer el libro, y al cabo de un rato, empecé a pensar: «Algo está mal aquí. No puede ser... ¡Lo que dice este hombre es muy sensato!». Estaba demostrando cómo el matrimonio no es un mero contrato que implica un intercambio de bienes y servicios. El matrimonio es una alianza que lleva consigo una interrelación de personas. La tesis principal de Kippley era que toda alianza tiene un acto por el cual se lleva a cabo y se renueva; y que el acto sexual de los cónyuges es un acto de alianza. Cuando la alianza matrimonial se renueva, Dios la utiliza para dar vida. Renovar la alianza matrimonial y usar anticonceptivos para evitar una potencial nueva vida equivalía a recibir la Eucaristía para luego escupirla en el suelo.

Kippley continuaba diciendo que el acto conyugal demuestra de modo único el poderador de vida del amor en la alianza matrimonial. Todas las otras alianzas muestran y transmiten el amor de Dios, pero sólo en la alianza conyugal el amor es tan poderoso que comunica la vida.

Cuando Dios hizo al ser humano, varón y mujer, el primer mandamiento que les dio fue el de ser fecundos y multiplicarse. Eran así una imagen de Dios: Padre, Hijo y

Espíritu Santo, tres en uno, la familia divina. De modo que cuando «los dos se hacen uno» en la alianza matrimonial, el «uno» se hace tan real que nueve meses después ¡pueden tener que darle nombre! El hijo encarna la unidad de su alianza.

Comencé a comprender que cada vez que Kimberly y yo realizábamos el acto conyugal, realizábamos algo sagrado; y que cada vez que frustrábamos con los anticonceptivos el poder de dar vida del amor, hacíamos una profanación (tratar algo sagrado de forma común lo profana por definición).

Estaba impresionado, pero no quería mostrar que lo estaba. Cuando Kimberly me preguntó qué pensaba del libro, le dije simplemente que era interesante. Poco después empecé a ver cómo ella convencía a mis amigos, uno por uno. ¡Algunos de los más inteligentes y formados cambiaron de opinión!

Fue entonces cuando descubrí que todos los reformadores –Lutero, Calvino, Zwinglio, Knox y todos los demás– habían mantenido sobre esta cuestión la misma postura que la Iglesia católica. Eso me perturbó aún más. La Iglesia católica romana era la única iglesia cristiana en todo el mundo que tenía el valor y la integridad para enseñar esta verdad tan impopular. Yo no sabía qué pensar, así que recurrí a un viejo dicho de familia: «Hasta un cerdo ciego puede encontrar una bellota». Es decir, después de dos mil años, hasta la Iglesia católica por fin daba en el clavo en algo.

Católica o no, era verdad; así que Kimberly y yo nos deshicimos de los anticonceptivos que estábamos usando y empezamos a confiar en el Señor de un modo nuevo en lo que concernía a nuestro proyecto familiar. Al principio utilizamos los métodos naturales durante unos meses. Luego decidimos estar abiertos a una nueva vida en cualquier momento en que Dios quisiera otorgarnos esa bendición.

Con una docena de los mejores seminaristas calvinistas de Gordon-Conwell organicé un desayuno semanal en el que nos reuníamos para hablar sobre diversos temas, invitando a profesores para compartir opiniones y discutirlos. Fueron aquellos unos encuentros de gran compañerismo y que propiciaron estimulantes conversaciones. Lo llamamos «La academia de Ginebra», en recuerdo de la escuela de Calvino en Ginebra.

A veces quedábamos también los viernes por la noche en el restaurante *Howard Johnson's* o en algún bar local, para comer pizza, beber cerveza y discutir sobre cuestiones teológicas hasta las tres de la mañana, con la promesa previa a nuestras esposas de salir con ellas la noche siguiente. Durante tres o cuatro horas profundizábamos en la Palabra de Dios y debatíamos doctrinas difíciles: la segunda venida de Cristo, los argumentos sobre la existencia de Dios, la predestinación, el libre albedrío y otros grandes misterios que a los teólogos les gusta explorar, especialmente el de la alianza.

Leer más en profundidad la Palabra de Dios significaba que cada uno lidiase cada vez más con los textos clave. Estábamos adquiriendo una cierta habilidad con el griego y el latín, y eso nos facilitaba el ir directamente a la Escritura. Para nosotros, sólo la Biblia era la autoridad; ninguna tradición era infalible o autoritativa. Podían ser útiles, e incluso merecer confianza, pero no eran infalibles; podían flaquear o caer en cualquier momento. En la práctica eso suponía que cada uno de nosotros repensase la doctrina desde sus

bases. ¡Menuda tarea!; pero éramos jóvenes y por lo tanto creíamos que con el Espíritu Santo y la Sagrada Escritura podríamos reinventar de nuevo la rueda si era necesario.

En mi último año en el seminario comencé a experimentar una crisis interior. Mi investigación me estaba obligando a repensar el significado de la alianza.

En la tradición protestante, alianzas y contratos eran dos palabras que definían la misma cosa. Pero estudiar el Antiguo Testamento me llevó a ver que, para los antiguos hebreos, la alianza y el contrato eran cosas muy distintas. En la Escritura, los contratos implicaban simplemente el intercambio de propiedad, mientras que las alianzas implicaban el intercambio de personas, para formar lazos sagrados de familia. El parentesco, por tanto, se establecía mediante una alianza. (Visto a la luz del Antiguo Testamento, el concepto de alianza no era ni teórico ni abstracto.) De hecho, el parentesco por alianza era más fuerte que el parentesco biológico; el significado más profundo de las alianzas divinas en el Antiguo Testamento es el deseo paternal de Dios de hacer de Israel Su propia familia.

La Nueva Alianza que Cristo estableció con nosotros, por tanto, fue mucho más que un simple contrato o acto legal por el cual Él tomó nuestros pecados y nos dio su inocencia, como explicaron Lutero y Calvino. Si bien esa explicación es cierta, no refleja la plena verdad del Evangelio.

La Nueva Alianza estableció una nueva familia que abarcaba toda la Humanidad, con la que Cristo compartió su propia filiación divina, haciéndonos hijos de Dios. Como acto de alianza, ser justificado significa compartir la gracia de Cristo como hijos e hijas de Dios; ser santificado significa compartir la vida y el poder del Espíritu Santo. Bajo esta luz, la gracia de Dios se convertía en algo mucho más grande que un simple favor divino; era el don de la vida de Dios en la condición de filiación divina.

Lutero y Calvino explicaron esto en términos exclusivamente jurídicos, pero yo había empezado a ver que, mucho más que un simple juez, Dios era nuestro Padre. Y que mucho más que simples criminales, nosotros éramos hijos fugitivos. Y que mucho más que en una corte judicial, Dios había concertado la Nueva Alianza en la casa familiar.

San Pablo (a quien yo había considerado un precursor de Lutero) enseñó en las Cartas a los Romanos y a los Gálatas, y en otros lugares, que la justificación era algo más que un concepto jurídico: nos establecía en Cristo como hijos de Dios sólo por la gracia. De hecho, descubrí que en ningún lugar enseñó San Pablo que nos salvamos sólo por la fe. El «por la sola fe» (*sola fide*) no estaba en la Escritura.

Me entusiasmé mucho con este descubrimiento y lo compartí enseguida con varios amigos, que se maravillaron al constatar cuánto sentido tenía. Uno de ellos vino a preguntarme si sabía quién más enseñaba la justificación de ese modo. Cuando le respondí que no, me comentó que el Dr. Norman Shepherd, un profesor del *Westminster Theological Seminary* (el seminario presbiteriano calvinista más riguroso de Estados Unidos), estaba a punto de afrontar un proceso por herejía, por enseñar la misma interpretación de la doctrina de la justificación que yo estaba exponiendo. Así que llamé al Profesor Shepherd y hablé con él. Me dijo que le habían acusado de enseñar una tesis contraria a la enseñanza de la Biblia, de Lutero y de Calvino. Mientras le oía describir lo

que estaba enseñando, pensé: «Oye, eso es lo mismo que estoy diciendo yo».

Para muchos, este hecho no parecería capaz de provocar una gran crisis, pero para alguien empapado de protestantismo y convencido de que el cristianismo dependía de la doctrina de sólo por la fe (*sola fide*), esto significaba que el mundo se venía abajo.

Recordaba lo que uno de mis teólogos favoritos, el Dr. Gerstner, había dicho una vez en clase: que si los protestantes estaban errados en lo de *sola fide*, y la Iglesia católica tenía razón al sostener que nos salvamos por la fe y la obras, «yo estaría mañana mismo de rodillas delante del Vaticano para hacer penitencia». Obviamente, todos sabíamos que era una frase puramente retórica, un golpe de efecto, pero nos impresionó mucho.

En efecto, toda la Reforma protestante nacía de esa diferencia. Lutero y Calvino habían afirmado frecuentemente que éste era el artículo sobre el cual la Iglesia de Roma se levantaba o se caía; para ellos, ése era el motivo por el cual la Iglesia católica había caído y el protestantismo se levantó sobre sus cenizas. *Sola fide* fue el principio esencial de la Reforma, y yo estaba llegando ahora al convencimiento de que San Pablo nunca lo enseñó.

En la Carta de Santiago 2, 24, la Biblia enseña que «el hombre se justifica por las obras, y no sólo por la fe». Además, San Pablo dice en I Corintios 13, 2: «Aunque tenga una fe capaz de mover montañas, si no tengo caridad, no soy nada».

Para mí supuso una transformación traumática tener que reconocer que en este punto Lutero estaba fundamentalmente equivocado. Durante siete años, Lutero había sido mi principal fuente de inspiración y de proclamación poderosa de la Palabra de Dios. Y esta doctrina se había considerado el fundamento de toda la reforma protestante.

Por aquel entonces tuve que suspender temporalmente mi investigación. Kimberly y yo habíamos acordado que yo debía proseguir mis estudios de doctorado en la Universidad de Aberdeen, en Escocia, donde ya había sido aceptado como candidato en un curso centrado en el tema de la alianza; pero eso fue hasta que descubrimos, para gran alegría nuestra, que el Señor había bendecido nuestra actitud abierta a la vida dándonos nuestro primer hijo. El cambio en nuestra teología había producido también un cambio en la anatomía de Kimberly. Pero en aquel momento Margaret Thatcher hacía casi imposible que los norteamericanos tuviesen bebés a costa de los contribuyentes británicos; así que consideramos esto como una señal para buscar trabajo en otro sitio y posponer por algún tiempo mis estudios doctorales.

Recibimos una llamada de una pequeña iglesia de Fairfax, Virginia, que estaba buscando un pastor. Cuando me presenté como candidato para el puesto en la *Trinity Presbyterian Church* (iglesia presbiteriana de la Trinidad), les hice saber mi punto de vista sobre la justificación, y que compartía la teoría del Dr. Sheperd. Lo comprendieron y me dijeron que ellos también. De modo que, poco antes de mi graduación acepté el cargo de pastor de la iglesia, y también el de profesor en su Escuela Secundaria, la *Fairfax Christian School*.

Por la gracia de Dios, me gradué a la cabeza de mi clase. Era hora de decir adiós a algunos de los mejores amigos que he tenido en mi vida, alumnos y profesores. Dios nos había bendecido con amistades muy profundas con hombres y mujeres verdaderamente

dispuestos a abrir sus mentes y corazones a la Palabra de Dios.

Kimberly y yo nos graduamos juntos; ella con un *Master of Arts* en Teología, y yo con especialidad en Divinidad.

Kimberly:

En nuestro primer año en el seminario, Scott comenzó su programa estudiando cuestiones teológicas fundamentales con profesores que llevaban enseñando teología entre diez y cuarenta años. Mientras tanto, yo era secretaria de un programa creado para proporcionar bolsas de estudios en Harvard, y trabajaba con personas de cualquier religión menos la cristiana, muchas de las cuales nunca habían oído el Evangelio ni leído la Biblia. Me ponían a prueba diariamente, cuestionándome hasta que Dios existiera. El contraste era muy fuerte.

Después de un año en esas condiciones, Scott y yo decidimos ocupar los dos un mismo carril y crecer juntos. De modo que, con el apoyo de Scott y la ayuda de mi familia, comencé los estudios del *Master* mientras Scott cursaba su segundo año. Estudiar teología juntos fue una experiencia enriquecedora y muy fecunda.

Uno de los primeros temas que afronté en un curso de ética cristiana fue el de la anticoncepción. No había considerado que fuera un tema digno de estudio hasta que empecé a implicarme en el movimiento pro-vida. Como protestante, no conocía a nadie que no practicara el control de la natalidad. Había sido orientada e inducida a practicarlo como parte de un comportamiento cristiano razonable y responsable. En los cursos de orientación prematrimonial no nos preguntaban si íbamos a utilizarlo o no, sino qué método pensábamos emplear.

El primer grupo al que le tocó estudiar la contracepción se reunió brevemente el primer día en el fondo del aula. Un auto-nombrado líder nos dijo:

–No tenemos que considerar la posición católica, porque sólo hay dos razones por las que los católicos se oponen a la anticoncepción: la primera es que el Papa no está casado, así que no tiene que vivir con las consecuencias. Y la segunda es que quieren llenar el mundo de católicos.

–¿Son ésas las dos razones que da la Iglesia católica? –interrumpí–. No lo creo.

–Entonces, ¿por qué no lo estudias?

–Lo haré.

Y lo hice.

En primer lugar, consideré la naturaleza de Dios y cómo nosotros, como marido y mujer, estábamos llamados a ser su imagen. Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– ha creado al hombre y a la mujer a imagen suya, y los ha bendecido en la alianza matrimonial con el mandato de crecer y multiplicarse, llenando la tierra y dominando toda la creación, para gloria de Dios (cfr. *Gen* 1, 26-28). La imagen a imitación de la cual el hombre y la mujer fueron creados es la unidad de las tres Personas de la Trinidad que se entregan totalmente una a la otra en una plena autodonación de amor. Dios

reafirmó este mandato de la creación en su alianza con Noé y su familia, dándoles el mismo mandamiento de crecer y multiplicarse (cfr. *Gen 9*, 1 ss.). Así que la existencia del pecado no cambió la llamada a las parejas casadas a ser imagen de Dios a través de la procreación.

San Pablo aclaró que en el Nuevo Testamento el matrimonio fue elevado a la categoría de imagen de la relación entre Cristo y la Iglesia (aún no tenía yo ni la menor idea de que el matrimonio fuese un sacramento)[5]. Y por el poder de dar vida que tiene el amor, Dios hacía a los esposos capaces de reflejar la imagen de Dios en el sentido de que la unidad de los dos se convirtiera en tres. Lo que yo me preguntaba era: Nuestro uso de anticonceptivos –que intencionadamente restringe el poder dador de vida del amor mientras uno disfruta la unidad y el placer que da el acto conyugal–, ¿permite que mi esposo y yo reflejemos la imagen de Dios en una mutua y plena autodonación de amor?

En segundo lugar examiné lo que la Escritura decía sobre los niños. ¡El testimonio de la Biblia era arrollador! Cada versículo que hablaba sobre ellos, los consideraba siempre como una bendición (Sal 127, 128). No había ni un solo proverbio que advirtiera que no valía la pena afrontar los gastos que supone un hijo. No había ninguna bendición para los esposos que espaciaran lo más posible la llegada de los niños; ni para la pareja que estuviera el número correcto de años sin hijos antes de asumir la carga que suponen; ni para el matrimonio que planificara cada nacimiento. Ésas eran ideas que yo había aprendido de los medios de comunicación social, de mi escuela pública o de mi vecindario, pero no tenían ningún fundamento en la Palabra de Dios.

En la Escritura, la fertilidad es presentada como algo que se debe apreciar y celebrar, no como una enfermedad que ha de evitarse a toda costa. Y aunque no hallé versículo alguno que hablase negativamente de las familias pequeñas, a la luz de numerosos pasajes bíblicos, no había duda de que las familias grandes parecían haber recibido de Dios una gracia mayor. Era Dios el que abría y cerraba el vientre, y cuando daba la vida, eso era considerado siempre como una bendición. Después de todo, lo que Dios deseaba de los matrimonios fieles era «una prole piadosa» (Mal 2, 15). Los niños eran descritos como «flechas en las manos de un guerrero... bendito el hombre cuya aljaba está llena» ¿Quién iría a la batalla con sólo dos o tres flechas cuando podría ir con una aljaba llena? La pregunta que yo me hacía era: nuestro uso del control de la natalidad, ¿reflejaba el modo en que Dios veía a los niños o el modo en que los veía el mundo?

En tercer lugar estaba el tema del señorío de Jesucristo. Como protestantes evangélicos, Scott y yo nos tomábamos muy en serio el señorío de Cristo sobre nuestras vidas. En el aspecto monetario, pagábamos el diezmo regularmente, y no nos importaba cuán escasos estuvieran nuestros fondos, porque queríamos ser buenos administradores del dinero que Dios nos había confiado. Una y otra vez habíamos visto cómo el Señor suplía nuestras necesidades más allá de lo que nosotros le habíamos dado. En términos de tiempo, observábamos siempre el Día del Señor dejando a un lado el estudio, que era nuestro trabajo, aunque tuviésemos un examen al día siguiente. Muchas veces el Señor nos premió por ese día de descanso, y siempre tuvimos la mejor nota en cada examen que hacíamos el lunes. En términos de talentos, asumíamos que siempre debíamos estar

disponibles para servir a Dios en nuestro ministerio y añadíamos con gusto obras de servicio a nuestra labor de estudio. Ver vidas bendecidas como resultado de ese ministerio fortaleció enormemente nuestra fe y nuestro matrimonio.

Pero, ¿y nuestros cuerpos, nuestra fertilidad? ¿Se extendía el señorío de Cristo hasta allí? Leí entonces en I Cor 6, 19-20: «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo». Quizá era una actitud más norteamericana que cristiana el pensar que nuestra fertilidad es algo que podemos controlar como nos parezca. Y yo me preguntaba: nuestro uso del control de la natalidad, ¿demuestra una fiel vivencia del señorío de Jesucristo?

En cuarto lugar, ¿cuál era la voluntad de Dios para Scott y para mí? Queríamos conocer y obedecer la voluntad de Dios sobre nuestras vidas. Un pasaje de la Escritura que me brindó materia útil para reflexionar fue Romanos 12, 1-2:

Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios, como obediencia racional. Y no os acomodéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, de modo que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios; esto es, lo bueno, lo agradable, lo perfecto.

Pablo indicaba que una vida de sacrificio requería la misericordia de Dios: no se nos pedía vivir ese tipo de vida con nuestras propias fuerzas. Podíamos ofrecer nuestros cuerpos como un sacrificio de adoración: había una dimensión corporal en nuestra espiritualidad. Una de las claves para saber cómo sacrificarse de una forma consecuente con la voluntad de Dios era diferenciar correctamente entre los mensajes del mundo y las verdades de Dios; eso significaba que teníamos que renovar nuestro modo de pensar sobre la base de la Palabra de Dios. Y una buena parte de mi estudio sobre la contracepción me había llevado a hacer justamente eso: meditar en los pasajes de la Escritura que presentaban una imagen distinta de la que el mundo quería proclamar.

Scott y yo estábamos comprometidos el uno con el otro, y estábamos comprometidos con el Señor. La pregunta era: ¿Podíamos confiar en Dios y dejar que decidiera sobre el tamaño de nuestra familia y el espaciamiento de nuestros hijos? ¿Sabía Él lo que nosotros podíamos afrontar económica, emocional y espiritualmente? ¿Tenía Él los recursos para hacer posible que tuviéramos más niños de los que creíamos poder criar?

En el fondo sabía con qué estaba luchando: con la soberanía de Dios. Sólo el Señor conocía el futuro y cuál era el mejor modo de que nosotros formáramos nuestra familia con los hijos que Él deseaba que tuviéramos. Podíamos confiar en que Él nos daría la fe que necesitábamos para encomendarle este aspecto de nuestra vida, y para tener claro que era parte de su plan para nosotros, y que vertiría su amor en nosotros, y a través de nosotros en todas las preciosas almitas que quisiera encomendarnos. Y, después de todo, conocía a muchas parejas en el seminario que «planificaban» cuándo vendrían los niños sólo para descubrir después que el calendario de Dios era distinto al de ellos.

Teníamos que confiar en Él en la cuestión de nuestra fertilidad de un modo radical, sin usar ningún método de control de la natalidad. Yo estaba ya convencida, pero en nuestro

matrimonio éramos dos personas, así que debía comentar estas inquietudes con Scott.

Cuando él me preguntó una noche, durante la cena, cómo iba mi estudio sobre la anticoncepción, le conté tanto como pude, y le pedí que leyese el libro de John Kippley *El control de la natalidad y la alianza matrimonial*. Scott vio en este libro el fundamento de mis argumentos; pero aún más, vio cómo Kippley aplicaba la idea de la alianza al matrimonio para explicar por qué la anticoncepción era inmoral.

Kippley hacía la siguiente comparación: igual que en la decadente antigua Roma la gente se daba un gran festín y luego iban a vomitar la gran cantidad de comida que habían ingerido (para evitar las consecuencias de sus actos), así ocurre también en el caso de los matrimonios que se dan un festín en el acto conyugal sólo para frustrar el poder de dar vida que tiene el acto de renovación de su alianza. Estas acciones son contrarias a la ley natural y al pacto marital.

Desde la perspectiva de Kippley, que representaba la de la Iglesia católica, el fin primordial del matrimonio era la procreación de los hijos. Cuando una pareja frustra ese fin intencionadamente, actúa contra la ley natural; trastorna la renovación de su propia alianza matrimonial, convirtiendo en una mentira su compromiso de entregarse totalmente el uno al otro.

Ahora comprendía yo por qué la Iglesia católica se oponía a la anticoncepción. Pero ¿qué decir de los métodos de planificación natural? ¿No era eso sencillamente la versión católica del control de la natalidad?

La Primera Epístola a los Corintios (7, 4-5) habla de periodos de tiempo en los que los esposos podrían abstenerse de mantener relaciones sexuales para dedicarse a la oración, y luego reanudar sus relaciones no dejando a Satanás ningún resquicio para entrar en su matrimonio. Leyendo la Encíclica *Humanae vitae* llegué a apreciar el equilibrio de la Iglesia en lo que respecta a la anticoncepción. Había una forma digna de llevar a cabo el acto conyugal y de ser prudentes en circunstancias graves, practicando la abstinencia durante periodos fértiles.

Así como con la comida podía haber lapsos de tiempo en los que el ayuno podía ser útil, de igual modo podía haber lapsos en los que el «ayuno» del acto conyugal fuera necesario. Sin embargo, fuera de un milagro, uno no podría sobrevivir si ayunase la mayor parte del tiempo. Del mismo modo, los métodos naturales de planificación familiar eran una receta para momentos difíciles, no una vitamina cotidiana.

Un día, en la biblioteca, después de haber expuesto todo lo anterior a un compañero seminarista que aún estaba soltero, él me dijo:

—Entonces, Kimberly, ¿Scott y tú habéis dejado de utilizar anticonceptivos?

—No, aún no.

—Da la impresión de que estás convencida de que usarlos está mal.

Le contesté con esta historia:

—¿Has oído hablar de aquella vez en la que la gallina y el cerdo del granjero Brown estaban comentando qué afortunados eran al tener un amo tan maravilloso? «Creo que debemos hacer algo especial para nuestro granjero», dijo la gallina. «¿Qué se te ocurre?», preguntó el cerdo. «Démosle un desayuno de huevos con jamón», dijo

alegremente la gallina. «Bueno, replicó el cerdo, eso no es un problema para ti, pero sí para mí. Para ti es una donación. Para mí es un compromiso total.»

Terry, voy a tomarme tu desafío muy en serio; pero obedecer a Dios en esta cuestión es mucho más difícil para mí que para ti, que eres un hombre soltero.

Terry me aseguró que rezaría por Scott y por mí, y cada cual se fue a su casa. Cuando Scott y yo lo comentamos, también él se mostró contrario a los anticonceptivos, aunque sugirió que quizá debíamos guardarlos en el armario, por si cambiábamos de idea. Pero yo sentí que eso sería una tentación muy grande para abandonar nuestro compromiso. Así que juntos tiramos los anticonceptivos a la basura, y comenzamos a vivir un modo nuevo de confiar en Dios respecto a nuestra vida matrimonial y nuestra fertilidad.

Durante nuestros años en el seminario, Scott y yo tuvimos muchas ocasiones de estudiar teología uno junto al otro, animándonos, exhortándonos, tanto entre nosotros como con otros amigos. Los estudios de la Biblia en pequeños grupos con otros matrimonios fueron una gran fuente de bendiciones. Nuestro ministerio nos brindó la ocasión de aplicar lo que estábamos aprendiendo, y las discusiones teológicas con otros compañeros de estudio –durante las comidas en nuestro apartamento– revitalizaban nuestra vida.

Cuando me hallaba con otras seminaristas, la conversación nos llevaba a hablar del tipo de trabajo que cada una esperaba obtener una vez graduada. Pocas me apoyaban cuando les explicaba lo que quería hacer con mi título: si no me quedaba embarazada, quería enseñar teología, desempeñando un ministerio al lado de Scott. Si me quedaba encinta –lo que deseaba que sucediera pronto–, usaría los conocimientos que había adquirido para ayudar a Scott en lo que él me pidiera, para enseñar a nuestros hijos y para dirigir estudios bíblicos para mujeres.

Mis padres (que estaban pagando mis estudios) entendían mis proyectos y me apoyaban mucho. No les importaba que nunca obtuviera un salario con mi máster; veían mis estudios como una oportunidad de hacer fructificar mis talentos para el Señor, y confiaban en que Él me indicaría cómo usarlos.

En la mayor parte de los casos, el estudio de la teología no constituyó tanto un reto a lo que creíamos (como en el tema de la anticoncepción), como un profundizar en la comprensión y apreciación de los fundamentos que ya sustentaban nuestra vida, con una notable excepción: si era cierto o no que uno se salva solamente por la fe. Poco a poco llegamos a convencernos de que Martín Lutero había dejado que sus convicciones teológicas personales contradijeran la propia Biblia, a la cual supuestamente había decidido obedecer en lugar de a la Iglesia católica. Él había declarado que la persona no se justifica por la fe obrando en el amor, sino sólo por la fe. Llegó incluso a añadir la palabra «solamente» después de la palabra «justificado» en su traducción alemana de Romanos 3, 28, y llamó a la Carta de Santiago «epístola falsificada» porque Santiago dice explícitamente: «Veis que por las obras se justifica el hombre y no sólo por la fe».

De nuevo, y por mucho que nos extrañara, la Iglesia católica tenía razón en un punto fundamental de la doctrina: ser justificado significaba ser hecho hijo de Dios y ser llamado a vivir la vida como hijo de Dios mediante la fe que obra en el amor. Efesios 2,

8 aclaraba que la fe –que debemos tener– es un don de Dios, que no depende de nuestras obras, para que nadie se jacte; y que la fe nos hace capaces de realizar las buenas obras que Dios ha querido que hagamos. La fe es al mismo tiempo un don de Dios y nuestra respuesta obediente a la misericordia de Dios. Ambos, protestantes y católicos, podían estar de acuerdo en que nos salvamos sólo por la gracia.

En este punto yo no estaba muy imbuida de la teología de la Reforma, así que la nueva perspectiva en el modo de entender la justificación no me pareció tan relevante. Era importante comprenderla, pero me pareció que todos podrían estar de acuerdo en que nos salvamos solamente por la gracia a través de la fe obrando en el amor. Y si hubiera tenido suficiente tiempo para explicar por qué creía esto, ninguno de mis amigos me habría tildado de católica. Sin embargo, para Scott, este cambio de dirección teológica fue realmente como un movimiento sísmico que más adelante tendría enormes consecuencias en nuestra vida.

Próximo ya el final de nuestro último año en Gordon-Conwell, descubrimos que el Señor nos había bendecido (al fin) con un hijo. A pesar de que eso alteró nuestros planes de ir a estudiar a Escocia, nos sentimos muy felices al ver que el plan providente de Dios incluía a este niño en nuestras vidas. Ahora yo sabía que lo que había meditado en mi mente y mi corazón durante esos años de seminario, podría aplicarlo a la educación del pequeño que llevaba en mi seno. Tuve un profundo sentido de realización y plenitud al ver que mi vocación matrimonial avanzaba hacia la maternidad.

Superados los últimos exámenes y después de la graduación, Scott y yo nos sentimos enviados a hacer la voluntad de Dios con las personas a quienes nos llamaba a servir en Virginia.

[3] Los evangélicos basan su fe sólo en la Biblia, y la consideran la única fuente de la doctrina (*N. del T.*).

[4] Contiene el credo de las Iglesias presbiterianas, redactado en la Asamblea de Westminster durante la Guerra Civil inglesa, y completado en 1646 (*N. del T.*).

[5] Como la palabra «sacramento» en cuanto tal no aparece en la Biblia, Lutero había abolido cinco de los siete sacramentos católicos, manteniendo sólo el Bautismo y la Comunión (*N. del T.*).

4. Enseñar y vivir la alianza en una familia

Scott:

Comencé mi labor como ministro presbiteriano en Virginia predicando un sermón de unos cuarenta y cinco minutos cada domingo, además de dirigir dos estudios bíblicos semanales. Esto es lo que los *ancianos* de la iglesia me habían pedido. Empecé hablando sobre la Carta a los Hebreos, porque ningún otro libro del Nuevo Testamento da tanto relieve a la alianza, y mi congregación se entusiasmó con la idea de la alianza como familia de Dios.

Mientras más estudiaba, más sorprendido quedaba yo con lo que iba encontrando, porque esta epístola estaba considerada por los protestantes que yo conocía –y con los que estaba de acuerdo– como la más anti-católica del Nuevo Testamento; expresiones como «(Cristo) lo hizo de una vez para siempre»^[6] y otras parecidas que aparecen ahí nos llevaban a esa conclusión.

Me habían educado en la idea de que «si algo es Romano (es decir, Católico), debe de ser erróneo». Pero, de hecho, estaba empezando a ver lo importante que era la liturgia para la alianza, especialmente en la Carta a los Hebreos. La liturgia representaba el modo en que Dios engendraba su familia de la alianza y renovaba esa alianza periódicamente.

Yo estaba ansioso de compartir estos que consideraba como unos nuevos descubrimientos. Quería ver a la gente entusiasmarse por el Antiguo Testamento y por su correlación con el Nuevo: el Antiguo desembocando en el Nuevo, y la Iglesia del Nuevo Testamento como el cumplimiento, más que el abandono, del Antiguo. Pero a medida que profundizaba en mi estudio, comenzó a insinuarse en mi mente un pensamiento inquietante: las novedosas ideas que creía haber descubierto, en realidad habían sido ya anticipadas por los primeros Padres de la Iglesia. Me sentí sacudido por esa misma experiencia una y otra vez, y empecé a preguntarme si no estaba yo «reinventando la rueda».

Cuando exponía estos «descubrimientos inéditos» acerca de la familia de alianza de Dios y el culto rendido por sus hijos, mis feligreses se enfervorizaban. Los *ancianos* me pidieron incluso que revisara nuestra liturgia. «¿Nuestra liturgia...?», pensé. Los episcopalianos son los que hablan de «liturgia». Los presbiterianos tenemos más bien el «orden del culto». Pero los *ancianos* me habían pedido que revisara la liturgia para acomodarla más al modelo bíblico; así que comencé a estudiar ese tema.

Les presenté algunas consideraciones: ¿Por qué nuestra iglesia está tan centrada en el pastor? ¿Por qué nuestros servicios de culto están tan centrados en el sermón?, y ¿por qué mis sermones no se orientan más a preparar al pueblo de Dios para recibir la

Comunión?

Yo les había hecho ver a mis feligreses que el único momento en el que Cristo utilizó la palabra «alianza» fue cuando instituyó la Eucaristía (o Comunión, como nosotros la llamábamos). Y sin embargo, nosotros sólo recibíamos la Comunión cuatro veces al año. Aunque al principio les resultó raro a todos, propuse al consejo de ancianos la idea de la comunión semanal.

Uno de ellos me replicó:

–Scott, ¿no crees que celebrar la Comunión cada semana puede convertirla en una rutina? Al final, la familiaridad podría engendrar indiferencia.

–Dick, hemos visto que la Comunión significa la renovación de nuestra alianza con Cristo, ¿correcto?

–Correcto.

–Pues entonces, déjame preguntarte lo siguiente: ¿preferirías renovar tu alianza matrimonial con tu esposa sólo cuatro veces al año?... Después de todo, podría convertirse en pura rutina, y la rutina podría engendrar indiferencia...

Dick se rió a carcajadas.

–Entiendo lo que quieres decir.

La Comunión semanal fue aprobada por unanimidad. Incluso empezamos a referirnos a ella como la Eucaristía (*eucharistia*), tomando el uso del vocablo griego en el Nuevo Testamento y en los Primeros Padres.

Celebrar la Comunión cada semana se convirtió en el punto culminante del servicio de culto de nuestra iglesia, y cambió nuestra vida como congregación. Empezamos a organizar un almuerzo informal después del servicio, para comentar el sermón, compartir nuestros problemas y crecer en compañerismo. De este modo, celebrábamos la Comunión y la vivíamos también, y esto nos aportó un verdadero sentido de culto y de comunidad.

A continuación llevé a mis feligreses a través del Evangelio de San Juan y, para mi desconcierto, descubrí que estaba lleno de imágenes sacramentales. Mientras investigaba, me vino a la mente una conversación que había tenido unos dos años atrás con un buen amigo del Seminario. Una mañana se nos acercó a mi mujer y a mí en el pasillo y nos dijo: «He estado estudiando la liturgia. ¡Y es apasionante!» Recuerdo que le respondí: «Lo único que me aburre más que la liturgia son los sacramentos». Ésa era entonces mi actitud, porque la liturgia y los sacramentos no entraban en nuestros estudios del Seminario. No formaban parte de nuestro bagaje cultural; no eran cosas que leyésemos en nuestros textos, ni hacia las cuales pudiéramos estar abiertos. Pero profundizar en la Carta a los Hebreos y el Evangelio de San Juan me hizo ver que la liturgia y los sacramentos eran parte esencial de la vida de la familia de Dios.

A partir de entonces, la novela de detectives se fue convirtiendo en un relato de terror. De repente, y para mi desconcierto y frustración, la Iglesia católica romana, a la que yo combatía, empezaba a aportar las respuestas correctas, una tras otra. Después de algunos casos más, la cosa empezó a resultar escalofriante.

Durante la semana, yo enseñaba Sagrada Escritura en una *high school* cristiana

privada. Hablaba a mis alumnos de todo lo referente a la alianza como familia de Dios, y les explicaba las alianzas que Dios había concertado con su pueblo. Ellos lo estaban captando todo. Tracé una cronología para mostrarles cómo cada alianza instituida por Dios era el modo en que Él había reconocido su paternidad sobre su familia a lo largo de los tiempos. Su alianza con Adán tomó la forma de un matrimonio; la alianza con Noé fue una familia; con Abraham tomó la forma de una tribu; la alianza con Moisés transformó las doce tribus en una familia nacional; la alianza con David estableció a Israel como una familia de un reino nacional; mientras que Cristo había instituido la Nueva Alianza para que fuese la familia mundial, o «católica» (del griego *katholikòs*), de Dios, y comprendiera a todas las naciones y a todos los hombres, fueran judíos o gentiles.

Los estudiantes estaban estusiasmados... ¡Ahora la Biblia adquiriría un nuevo sentido!
Un alumno preguntó:

–¿Qué forma tiene esta familia mundial?

Dibujé una gran pirámide en la pizarra y expliqué:

–Sería como una gran familia extendida por todo el mundo, con diferentes figuras paternas en cada nivel, encargadas por Dios para administrar su amor y su ley a sus hijos.

Uno de mis estudiantes católicos comentó en voz alta:

–Esa pirámide se parece mucho a la Iglesia católica, con el Papa en el vértice.

–¡Oh, no! –repliqué rápidamente–; lo que os estoy dando aquí es el antídoto del catolicismo –eso era lo que yo creía, o al menos trataba de creer–. Además, el Papa es un dictador, no un padre.

–Pero Papa significa «padre».

–No es así –me apresuré a corregir.

–Sí es así –contestó a coro un grupo de estudiantes.

Muy bien; así que los católicos tenían razón en otro punto más. Podía admitirlo, pero me sentía muy asustado. ¡No sabía lo que se me venía encima!

Durante la comida, una de mis alumnas más aventajadas se me acercó, en representación de un pequeño grupo que estaba en la esquina de atrás, para decirme:

–Hemos hecho una votación, y el resultado es unánime: pensamos que usted se convertirá al catolicismo.

Me eché a reír, muy nervioso.

–¡Eso es absurdo! –exclamé, mientras un escalofrío me recorría la espalda.

Ella esbozó una pícara sonrisa de complicidad, se encogió de hombros y se volvió a su sitio.

Al regresar a casa por la tarde, aún me sentía aturdido. Le dije a Kimberly:

–No te imaginas lo que me ha dicho hoy Rebecca: que un grupo de estudiantes ha votado que me voy a convertir al catolicismo. ¿Puedes imaginar algo más absurdo?

Yo esperaba que Kimberly se reiría conmigo, pero ella tan sólo me miró de forma inexpresiva y dijo:

–¿Y lo harás?

¡No podía creerlo! ¿Cómo era capaz mi propia esposa de pensar, tan a la ligera, que yo traicionaría la verdad de la Escritura y de la Reforma? Sentí como si me clavaran un cuchillo por la espalda.

–¿Cómo puedes *tú* decir eso? –balbucí–. ¡Eso es renegar de tu confianza en mí como pastor y como profesor! ¿Católico yo? ¡Me amamantaron con los escritos de Martin Lutero...! ¿Qué pretendes?

–Scott, estaba acostumbrada a considerarte como un hombre profundamente anti-católico y comprometido con los principios de la Reforma. Pero últimamente te oigo hablar tanto de sacramentos, liturgia, tipología, eucaristía... –luego Kimberly añadió algo que nunca olvidaré–: A veces pienso que podrías ser un Lutero al revés.

¡Lutero al revés! No fui capaz de decir nada más. Me fui a mi despacho, cerré la puerta y me dejé caer sobre la silla de mi escritorio, temblando. ¡Lutero al revés! Me sentí aturdido, desconcertado, confuso. ¡Quizá estaba perdiendo mi alma! ¡Quizá estaba traicionando el Evangelio! Yo siempre había querido ser un esclavo de la Palabra de Dios, y hasta entonces creía serlo. Pero ¿a dónde me estaba llevando? ¡Lutero al revés! Esas palabras seguían resonando en mi cerebro.

Ya no era sólo cuestión de mera especulación teológica. Apenas unas semanas antes Kimberly había dado a luz a nuestro hijo, Michael. Nunca olvidaré el sentimiento de ser padre por primera vez. Miraba a mi hijo y me daba cuenta de que el poder de dar vida que tiene la alianza era más que una teoría. Mientras lo sostenía en mis brazos me preguntaba a qué iglesia pertenecería él, o sus hijos, o sus nietos. Después de todo, yo era el pastor de una iglesia presbiteriana (la *Trinity Presbyterian Church*) que se había apartado de un grupo separado (la *Orthodox Presbyterian Church*), que a su vez se había separado de otra iglesia (la *Presbyterian Church* de Estados Unidos), ¡y todo en este mismo siglo!

Formar mi propia familia hacía crecer en mí un anhelo de unidad de la familia de Dios más profundo del que había sentido hasta entonces. Por el bien de mi familia y de Su familia, oraba para que el Señor me ayudase a creer, vivir y enseñar Su Palabra, sin importar lo que costara. Quería mantener mi corazón y mi mente completamente abiertos a la Sagrada Escritura y al Espíritu Santo, y a cualquier recurso que me llevase a un conocimiento más profundo de la Palabra de Dios.

Mientras ocurría todo esto, me habían contratado como formador a tiempo parcial en el seminario presbiteriano local. El tema de mi primera clase era el Evangelio de San Juan, sobre el cual estaba predicando también una serie de sermones en la iglesia. En mi estudio yo llevaba un margen de un par de capítulos por delante respecto a mis clases. Cuando llegué al capítulo sexto en mi preparación tuve que dedicar semanas de cuidadosa investigación a los siguientes versículos (Jn 6, 52-68):

Los judíos discutían entonces entre ellos diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Jesús les dijo: «Os lo aseguro: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí. Este es el pan que baja del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron; el que come este pan vivirá

eternamente (...). Después de esto muchos de sus discípulos se apartaron y no volvieron con Él. Por esto preguntó Jesús a los doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Pero Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Inmediatamente empecé a cuestionar lo que mis profesores me habían enseñado, y lo que yo mismo estaba predicando a mi congregación, acerca de la Eucaristía como un mero símbolo –un profundo símbolo, es cierto, pero sólo un símbolo–. Después de mucha oración y mucho estudio, vine a darme cuenta de que Jesús no podía hablar simbólicamente cuando nos invitó a comer su carne y beber su sangre; los judíos que le escuchaban no se hubieran ofendido ni escandalizado por un mero símbolo. Además, si ellos hubieran malinterpretado a Jesús tomando sus palabras de forma literal –mientras Él sólo hablaba en sentido metafórico–, le hubiera sido fácil al Señor aclarar ese punto. De hecho, ya que muchos de sus discípulos dejaron de seguirle por causa de esta enseñanza (vers. 60), Jesús hubiera estado moralmente obligado a explicar que sólo hablaba simbólicamente.

Pero Él no lo dijo. Y ningún cristiano, a lo largo de más de mil años, negó la Presencia real de Cristo en la Eucaristía. Eso estaba bien claro.

Así que hice lo que cualquier pastor o profesor de seminario hubiera hecho si quería conservar su trabajo: terminé lo antes que pude mis sermones sobre el Evangelio de San Juan al final del capítulo cinco, y prácticamente me salté el seis en mis clases.

Aunque mis feligreses y mis alumnos se iban entusiasmando con el resto de mis enseñanzas, fueron también percibiendo que no respondían al presbiterianismo tradicional e histórico. Pero no podía decirles que lo que estaban oyendo –y que con tanto entusiasmo acogían– reflejaba aspectos de la Escritura que, de algún modo, la Iglesia católica había descubierto y expuesto tiempo atrás.

Una noche, después de horas de estudio, volví al salón y le dije a Kimberly que no creía que fuéramos a seguir siendo presbiterianos. Estaba tan convencido de la necesidad de dar mayor prioridad –de la que les da la tradición presbiteriana– a los sacramentos y a la liturgia, que le sugerí que nos uniéramos a la tradición episcopaliana.

Ella se dejó caer en el sillón y empezó a llorar.

–Scott, mi padre es ministro presbiteriano, mi tío es ministro presbiteriano, mi hermano se está preparando para ser pastor presbiteriano, y tú eres ministro presbiteriano... ¡Yo no quiero dejar de ser presbiteriana!

Expuso claramente su punto de vista; pero lo que ella no sabía es que yo no estaba muy seguro, por más que lo deseara, de que nuestro itinerario espiritual terminara en la iglesia episcopaliana.

La clase que yo había impartido sobre el Evangelio de San Juan les había resultado tan interesante que me pidieron que diera algunas otras durante el semestre siguiente. Es más, me pidieron que trabajara a tiempo completo; y esas clases resultaron mejores todavía.

En mi clase de Historia de la Iglesia, uno de mis mejores alumnos (antiguo católico) expuso un trabajo sobre el Concilio de Trento, y al terminar, hizo una embarazosa pregunta que yo nunca había escuchado. Dijo:

–Profesor Hahn, usted nos ha enseñado que la doctrina de *sola fide* no es bíblica, y que ese grito de guerra de la Reforma no tiene ningún fundamento si se confronta con la Carta de Pablo. Como usted bien sabe, el otro grito de guerra de la Reforma protestante fue *sola Scriptura*: que la Biblia es nuestra única autoridad, en lugar del Papa, los Concilios o la Tradición. Profesor, ¿dónde enseña la Biblia que «la Escritura es nuestra única autoridad»?

Me le quedé mirando y empecé a sentir un sudor frío.

En el seminario yo tenía fama de ser una avispa socrática, que siempre ponía en aprietos a otros con incómodas preguntas; pero ésta nunca se me había ocurrido.

Respondí lo que cualquier profesor al que han pillado desprevenido hubiera contestado: «¡Qué pregunta más tonta!» Pero en cuanto esas palabras salieron de mi boca, me sentí derrotado, pues me había prometido que como docente nunca usaría esa expresión.

El alumno no se acobardó. Él sabía que no era una pregunta tonta, así que, mirándome directamente a los ojos, me retó:

–Bien, pues entonces déme al menos una respuesta tonta.

Le dije:

–Vayamos primero a Mateo 5, 17 y luego veamos 2 Timoteo 3, 16-17: «Toda Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, para rebatir, para corregir y para formar en la justicia, de modo que el hombre de Dios sea perfecto, y preparado para toda obra buena». Y luego podemos ver también qué dice Jesús acerca de la Tradición en Mateo 15.

Su respuesta fue cortante:

–Pero, profesor, Jesús no estaba condenando toda tradición en Mateo 15, sino sólo las tradiciones corruptas. Cuando 2 Timoteo 3, 16 menciona «toda la Escritura» no dice «sólo la Escritura» es útil. También la oración, la evangelización y otras muchas cosas son esenciales. ¿Y qué decir de 2 Tesalonicenses 2, 15?

–Oh, sí... Tesalonicenses... –musité débilmente–, ¿qué dice ahí?

–Pablo dice a los Tesalonicenses: «Por lo tanto, hermanos, manteneos firmes y guardad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de palabra o por carta».

Me salí por la tangente:

–¿Sabes, John?, nos estamos alejando del tema. Avancemos un poco más y ya hablaremos algo sobre esto la próxima semana.

Puedo asegurar que él no se quedó satisfecho. Y yo tampoco.

Mientras volvía a casa aquella noche, miré las estrellas y murmuré: «Señor, qué está pasando? ¿Dónde enseña la Escritura *sola Scriptura*?»

Eran dos las columnas sobre las que los protestantes basaban su revolución contra Roma. Una ya había caído, y la otra se estaba tambaleando. Sentí miedo.

Estudí durante toda la semana sin llegar a ninguna conclusión. Llamé incluso a varios amigos, pero no hice ningún progreso. Finalmente hablé con dos de los mejores teólogos de América, y también con algunos de mis ex-profesores. Todos aquellos a los que consultaba se sorprendían de que yo les hiciera esa pregunta, y se sentían aún más

trastornados cuando yo no quedaba satisfecho con sus respuestas. A un profesor le dije:

–Tal vez sufro de amnesia, pero he olvidado las simples razones por las que los protestantes creemos que la Biblia es nuestra única autoridad.

–Scott, qué pregunta tan tonta.

–Pues déme una respuesta tonta.

–Scott –replicó–, en realidad tú no puedes demostrar la doctrina de *sola scriptura* con la Escritura. La Biblia no enseña explícitamente que ella sea la única autoridad para los cristianos. En otras palabras, Scott, *sola scriptura* es en esencia la creencia histórica de los reformadores, frente a la pretensión católica de que la autoridad está en la Escritura y *además*, en la Iglesia y la Tradición. Para nosotros, por tanto, ésta es sólo una presuposición teológica, nuestro punto de partida, más que una conclusión demostrada.

Después me ofreció los mismos textos de la Escritura que yo le había indicado a mi alumno, y yo le di las mismas agudas respuestas.

–¿Qué más podríamos añadir? –le dije.

–Scott, mira lo que enseña la Iglesia católica. Es obvio que la Tradición está equivocada.

–Obviamente está equivocada –asentí–. Pero ¿dónde se condena el concepto de Tradición? Y por otro lado, ¿qué quiso decir Pablo cuando pedía a los Tesalonicenses que se ajustaran a la Tradición tanto escrita como oral? –seguí presionando–. ¿No es irónico? Nosotros insistimos en que los cristianos sólo pueden creer lo que la Biblia enseña; pero la propia Biblia no enseña que ella sea nuestra única autoridad.

Le pregunté a otro teólogo:

–¿Cuál es para ti el pilar y el fundamento de la verdad?

–La Biblia, por supuesto.

–Entonces, ¿por qué la Biblia dice en 1 Timoteo 3, 15 que la Iglesia es el pilar y el fundamento de la verdad?

–¡Tú me trastornas, Scott!

–¡Soy yo quien se siente trastornado!

–Pero Scott, ¿qué Iglesia...?

–¿Cuántos candidatos para el puesto hay ahí...? Quiero decir: ¿cuántas iglesias dicen ser la columna y el fundamento de la verdad?

–¿Quiere esto decir que te estás convirtiendo al catolicismo?

–Espero que no...

Sentí que el suelo temblaba, como si alguien estuviera tirando de la alfombra justo bajo mis pies. Esta pregunta era más importante que ninguna, y nadie tenía una respuesta.

Poco después, el presidente del Consejo directivo del seminario se me acercó para invitarme, en nombre de los demás miembros, a aceptar un trabajo a tiempo completo como Decano del seminario. La oferta se debía al hecho de que mis cursos habían tenido muy buena aceptación y los estudiantes estaban entusiasmados.

¡Este era el trabajo que soñaba con tener cuando cumpliera cincuenta años!, y me lo estaban sirviendo en bandeja a la madura edad de veintiséis. Aunque no podía explicar

por qué, tuve que rehusar. Cuando llegué a casa, hablé de esa oferta con mi esposa:

–Kimberly, yo no cambiaría por nada del mundo la labor de enseñar en un seminario. Pero debo estar seguro de que enseñe la verdad. Porque un día estaré delante de Cristo para darle cuenta de lo que haya enseñado a su pueblo, y no me servirá de nada escudarme detrás de mi iglesia o de mis profesores. Tendré que ser capaz de mirarle directamente a los ojos y decirle: «Señor, les he enseñado todo lo que Tú me enseñaste en tu Palabra». Pero ahora, Kimberly, ya no estoy seguro de cuál es esa enseñanza, y no puedo seguir trasmitiéndola hasta que lo esté.

Crucé los brazos y me preparé para su respuesta. Ella contestó cortésmente:

–Esto es lo que más admiro y respeto de ti, Scott. Pero eso significa que hemos de pedirle al Señor que nos ayude a encontrar otro empleo.

Dios la bendiga.

Esta conversación nos condujo a otra penosa decisión: anuncié mi renuncia como pastor a los *ancianos* de la *Trinity Presbyterian Church*.

En aquel momento, todo lo que sabía era que yo quería creer, entender, enseñar y amar cuanto Dios había revelado en su Palabra. No sabía lo que iba a hacer, pero sí que debía ser honesto. No podía ejercer como pastor ni predicar hasta no tener las cosas más claras. Kimberly y yo acudimos al Señor en oración para saber qué paso dar.

Kimberly:

Nuestra llegada a Virginia fue el comienzo de lo que podría denominar «El cuento de las Cuatro Estaciones». Entramos en el verano de nuestros sueños. Scott era ministro de la *Trinity Presbyterian Church*, enseñaba en la escuela cristiana de Fairfax y, más tarde, ese mismo año, comenzó también a dar clases en el Instituto Teológico *Dominion*. Yo era la esposa del pastor, tal y como siempre había querido ser, y además iba a ser mamá por primera vez.

Scott predicaba y enseñaba tras muchas horas de estudio y preparación, y yo me sentaba encantada a escucharle. Hicimos también muchos nuevos amigos, al tiempo que seguíamos teniendo relación con antiguos compañeros del seminario que acababan de mudarse a las cercanías, lo que nos ayudó mucho a superar las dificultades del traslado.

El 4 de diciembre de 1982 nació Michael Scott. ¡Y cómo cambió él nuestro matrimonio! Todo en nuestra vida empezó a adquirir un nuevo sentido porque queríamos compartirlo con el bebé. Era tan emocionante tener a una personita a quien cantarle, con quien rezar y a quien decirle todo lo que se me venía a la mente sobre Dios. Scott y yo teníamos que luchar día tras día (y noche tras noche) con un residuo de egoísmo que habíamos percibido en nuestra relación, y esto a su vez nos sirvió para conocer al Señor de un modo más profundo que antes.

Scott comenzó a estudiar más a fondo la liturgia, y a hacer interesantes cambios en nuestro servicio de culto. Pasamos a tener Comunión semanal, lo cual era algo insólito en una iglesia presbiteriana. Pero, aunque la recibíamos con más frecuencia, todavía

seguíamos creyendo que la Comunión era sólo una simbólica representación del sacrificio de Cristo, y nada más. Sin embargo, el estudio que Scott hacía del Evangelio de San Juan y de la Carta a los Hebreos para preparar sus clases y sermones, le sugería nuevas preguntas que meditar, lo cual le resultaba muy inquietante.

Scott obtenía muchas ideas de los Primeros Padres de la Iglesia, y comenzó a exponerlas en sus sermones. Esto era algo inesperado para nosotros, porque apenas habíamos leído nada sobre los Padres de la Iglesia durante nuestros años en el seminario. De hecho, en nuestro último curso nos habíamos quejado, junto a nuestros amigos, de un «romanismo» latente cuando un sacerdote anglicano ofreció un curso sobre los Padres de la Iglesia. Y ahora, ¡ahí estaba Scott citándolos en sus sermones!

Una noche salió de su despacho y me dijo:

–Kimberly, he de serte sincero. Tú conoces algunas de las dudas en las que me estoy debatiendo y las preguntas para las que no logro hallar respuesta. No sé cuánto tiempo más seguiremos siendo presbiterianos. Posiblemente tengamos que hacernos episcopalianos.

Me hundí en la silla y rompí a llorar. Pensé: «Si yo quisiera ser episcopaliana me habría casado con un episcopaliano. Yo no quiero ser episcopaliana. ¿Hasta dónde iba a seguir Scott con esa «peregrinación»? Sólo de una cosa estaba segura: él no pensaba que los católicos pudieran ser cristianos, así que no había la menor posibilidad de que se lo planteara.

Y entonces llegó el día señalado en que un estudiante (un ex-católico) le preguntó dónde enseña la Biblia lo de *sola Scriptura*. Mientras Scott hallaba una respuesta que darle al joven, compartió conmigo su preocupación primordial. La separación entre protestantes y católicos en el tiempo de la Reforma estaba fundada en dos principios fundamentales: que somos justificados por la sola fe, y que nuestra única autoridad es la Escritura. Scott y yo habíamos estudiado juntos el problema de la justificación y ya no aceptábamos esa idea protestante. Pero ¿qué ocurría si la afirmación de la exclusiva autoridad de la Biblia no se encontraba en la Biblia? ¿Qué supondría eso?

Al final del curso académico, el Consejo directivo del seminario le pidió a Scott que aceptara el cargo de decano. ¡Decano! ¡A los veintiséis años! Sin embargo, Scott rehusó esa maravillosa oferta. Dijo que no estaba seguro de poder continuar siendo pastor porque tenía muchas dudas y preguntas importantes sin respuesta. Necesitaba estudiar esas cuestiones que le estaban atormentando, para poder enseñar con honestidad, convencido por la Palabra de Dios de que estaba enseñando la verdad.

Aunque era difícil para mí asumir algo así, aprecié mucho su integridad. Sin duda él tendría que ponerse ante Cristo en el Día del Juicio y dar cuentas de por qué había enseñado lo que enseñó. Esta decisión nos llevó a orar intensamente al Señor.

Tras pedir luces y meditarlo en la oración, optamos por regresar a Grove City, la ciudad de nuestra universidad. Después de haberlo decidido –y de haber alquilado un apartamento–, el rector de la universidad llamó a Scott y le ofreció un empleo. Lo tomamos como una señal de que Dios aprobaba nuestra decisión de volver a Grove City, así que hicimos las maletas y dejamos a nuestros queridos amigos, para iniciar una nueva

etapa en la vida de nuestra familia.

[6] Heb 7, 27. La Misa católica es la renovación del sacrificio de Cristo; pero, para los protestantes, si Cristo se ha ofrecido en sacrificio de una vez para siempre, la Misa no tiene sentido (*N. del T.*).

5. Scott, en busca de la Iglesia

Scott:

Decidimos, pues, regresar a la ciudad donde nos habíamos conocido. Queríamos establecer nuestra familia en una localidad pequeña y bonita, donde conociéramos a mucha gente; y yo albergaba la esperanza de encontrar un trabajo que me permitiera tener las noches libres para poder estudiar los difíciles problemas que me atormentaban.

Acepté la oferta de trabajar como asistente del rector del *Grove City College*, pues era el empleo ideal: de nueve a cinco trabajaba en la administración, y enseñaba a tiempo parcial como profesor visitante del departamento de Teología, dando un curso cada semestre. Eso me dejaba las noches libres para estudiar.

Uno de mis antiguos profesores me preguntó por qué nos mudábamos de nuevo a Grove City. Le habían contado que yo era el pastor de una próspera iglesia en Virginia y enseñaba también en el seminario local, así que él estaba desconcertado por nuestro cambio. Le insinué que la vida en las cercanías del distrito de Columbia era muy agitada, y nosotros queríamos dedicarnos más a la familia. No podía hablarle de las otras razones, pues ni yo mismo las sabía con certeza.

Poco después de nuestro traslado, cuando pasábamos unos días con mis suegros en Cincinnati, di con una librería de libros usados que había adquirido la biblioteca de un difunto sacerdote católico, reconocido especialista en Sagrada Escritura. Durante los dos años siguientes fui saliendo de aquella librería con casi treinta cajas de sus libros de teología. Empecé a devorarlos leyendo durante cinco, seis y a veces hasta siete horas por las noches, y llegué a leer completamente al menos doscientos libros. Por primera vez estaba en contacto con el más genuino catolicismo, y en sus propias fuentes.

A veces, por las noches, jugaba con Kimberly a lo que yo llamaba «Adivina quién es el teólogo». En una ocasión leí un texto del Concilio Vaticano II, y le pregunté:

–¿Quién crees que escribió esto?

–Se parece a los sermones que pronunciabas en Virginia... –dijo ella–. ¡No sabes cómo añoro oírte predicar!

–Esto no es mío... Es del Vaticano II..., ¿puedes creerlo?

–¡No quiero saber nada de eso –fue su seca respuesta.

Seguí leyendo todo tipo de libros de teología católica, hasta que una noche me detuve en el comedor, antes de ir a mi estudio, y le dije a mi esposa:

–Kimberly, tengo que serte sincero. Desde hace tiempo he estado leyendo muchos libros católicos, y creo que Dios me está llamando a entrar en la Iglesia católica.

A lo que ella contestó rápidamente:

—¿No podríamos hacernos episcopalianos?

Parece que había algo más terrible que ser episcopaliano... ¡Cualquier cosa excepto católico!

Pocos días después acudí a un seminario católico de rito bizantino para asistir a la liturgia de Vísperas. No era una misa, sino un oficio de oración, con todas las reverencias, iconos, inciensos, y un gran ceremonial. Cuando terminó, un seminarista me preguntó:

—¿Qué le ha parecido?

Sólo pude susurrar:

—Ahora sé para qué me ha dado Dios un cuerpo: para adorar al Señor con su pueblo en la liturgia.

Volví a casa pidiendo insistentemente la ayuda de Dios. Todavía confiaba en hallar algún defecto grave que me disuadiese de «lanzarme al Tíber y convertirme en Papista» como solíamos decir.

Comencé entonces a interesarme por la religión ortodoxa, y fui a hablar con Peter Gilquist, un evangélico convertido a la Iglesia ortodoxa antioquena, para saber por qué él había preferido la religión ortodoxa a la católica. Sus razones reforzaron mi impresión de que el protestantismo estaba equivocado; pero a la vez encontré su defensa de la iglesia ortodoxa frente a Roma insatisfactoria y superficial. Después de un profundo examen, comprobé que las diversas iglesias ortodoxas estaban irremediablemente divididas, igual que los protestantes, con la diferencia de que los ortodoxos se hallaban divididos según nacionalismos étnicos: había grupos ortodoxos que se llamaban a sí mismos griegos, rusos, rutenios, rumanos, búlgaros, húngaros, serbios, etc. Han coexistido durante siglos, pero más bien como una familia de hermanos que han perdido a su padre.

Un estudio más detenido me llevó a la conclusión de que la religión ortodoxa tiene una maravillosa liturgia y una rica tradición, pero se ha quedado estancada en teología. Me convencí también de que tenía errores doctrinales, al haber rechazado algunas enseñanzas de la Escritura y de la Iglesia católica, especialmente la cláusula *filioque* («Y del Hijo») que fue añadida al Credo del Concilio de Nicea. Por otro lado, su rechazo del Papa como cabeza de la Iglesia parecía basarse más en una política imperial que en sólidas bases teológicas. Eso me ayudó a entender por qué, a través de su historia, los ortodoxos tienden a exaltar más la figura del emperador y del estado que la del obispo y la Iglesia (lo que es también conocido como «cesaropapismo»). Se me vino a la mente que Rusia ha estado cosechando las consecuencias de ese enfoque a lo largo del siglo XX.

Desde mis días en el seminario mantenía frecuentes y maratónicas conversaciones telefónicas con mi viejo amigo de *Gordon-Conwell*, Gerry Matatics. Teníamos una gran afinidad espiritual y él amaba la Biblia tanto como yo, pero odiaba a la Iglesia católica mucho más que yo. En aquella época era pastor de una iglesia presbiteriana en Harrisburg. Ambos compartíamos la convicción de que la Iglesia católica era totalmente distinta a las denominaciones protestantes, como los metodistas, los luteranos o la Asamblea de Dios. Éstas, pensábamos, estaban un poco descarriadas en algún que otro

punto de su doctrina. Pero la Iglesia católica estaba errada en mucho más que en pequeñas imperfecciones; porque ninguna iglesia protestante sobre la tierra tenía las tremendas y ofensivas pretensiones que la Iglesia católica reivindicaba como propias. Por ejemplo, los metodistas nunca han sostenido que la suya es la única y verdadera iglesia fundada por Jesús; ni los luteranos afirman tener como cabeza un Papa que era el infalible vicario de Cristo en la tierra; ni los líderes de la Asamblea de Dios dicen poseer una ininterrumpida línea de sucesión que se remonta hasta el mismo Pedro.

Igual que el cardenal Newman antes que nosotros, Gerry y yo entendíamos que si la Iglesia católica estaba equivocada, sería nada menos que diabólica; mas si, por el contrario, estaba en lo cierto, entonces tenía que haber sido fundada y sostenida por Dios. Pero ésta era una posibilidad que los dos rechazábamos.

Para ser sincero, me aterraba pensar qué pasaría cuando Gerry descubriera lo que yo había estado leyendo. Y como hablábamos largo y tendido, yo suponía que era sólo cuestión de tiempo.

Y una noche finalmente ocurrió. Habíamos estado hablando más de media hora, cuando de pronto sentí la necesidad de leerle un fragmento de *El espíritu y las formas del protestantismo*, del padre Louis Bouyer. Yo no pensaba decirle el título ni el autor, ni siquiera la creencia religiosa. Sólo quería conocer su reacción.

Después de una larga pausa, Gerry exclamó:

—¡Caramba, Scott, eso está muy bien! ¿De quién es?

Su respuesta me dejó sin respiración, pues nunca pensé que le gustaría. ¿Qué iba a hacer ahora? Casi sin voz, le contesté:

—Louis Bouyer.

—¿Bouyer? Nunca he oído hablar de él... ¿Qué es, anglicano?

—No.

—No hay problema, Scott, yo también leo a los luteranos.

—Tampoco es luterano.

—Bueno, entonces ¿qué es?, ¿metodista?

—No.

—Vamos Scott, ¿qué es esto, una adivinanza? Deja de jugar conmigo y dime qué es.

Me tapé la boca y murmuré:

—Católico.

Oí a Gerry golpear el teléfono y decir:

—Scott, creo que tengo un problema con la línea; no he podido oír lo que has dicho.

Musité un poco más alto:

—He dicho que es católico.

—Scott, *realmente* debe haber algo malo en mi teléfono. Juraría que has dicho que es un católico.

—Eso he dicho, Gerry. De hecho, he leído muchos libros católicos últimamente —de repente me salió todo de un tirón—. Tengo que decírtelo, Gerry, he encontrado oro. No sé por qué en el seminario nunca se nos habló de los pensadores y teólogos más brillantes de los tiempos modernos, hombres como Henri de Lubac, Reginald Garrigou-Lagrange,

Joseph Ratzinger, Hans Urs von Balthasar, Josef Pieper, Jean Daniélou, C. Dawson y Matthias Scheeben. ¡Son magníficos!, aunque estén equivocados. Son una mina de oro.

Gerry estaba pasmado.

–Calma, Scott, calma. ¿Qué te está pasando?

–Gerry, tienes que ayudarme...

–Te ayudaré, amigo, te ayudaré –dijo–. Dame una lista de los títulos que has leído, y yo te mandaré otra con los mejores libros anti-católicos que conozco.

Así que le envié a Gerry una relación de los mejores libros de teología católica que había leído. Pero cuando llegó su lista, comprobé desolado que yo había leído ya todos los títulos que él me recomendaba.

Al cabo de un mes Gerry volvió a llamar. Kimberly apenas podía contener su ansiedad. Había estado rezando intensamente para que Dios nos enviara ayuda. Mientras yo sostenía el teléfono, ella me susurró:

–Por fin alguien se está preocupando por ti, cariño. Rogaré por los frutos de vuestra conversación.

Para Kimberly, Gerry era una especie de «caballero de deslumbrante armadura» enviado por Dios para rescatar a su esposo de la herejía, y tenía las credenciales para lograrlo: era un erudito *Phi, Beta, Kappa*, es decir, graduado en griego clásico y latín, y con estudios de hebreo y arameo. Estaba, pues, más que preparado para el combate.

En el mes transcurrido desde nuestra última llamada, Gerry había leído todos los libros de mi lista, e incluso alguno más. Y ahora me pedía:

–Por favor, ¿puedes mandarme algún otro libro? Quiero ser verdaderamente imparcial.

–Claro, Gerry. Con mucho gusto te los envío.

Casi un mes más tarde hablamos durante tres o cuatro horas, hasta las tres de la mañana. Después me deslicé silenciosamente en la cama para no despertar a Kimberly. Pero ella susurró:

–¿Qué tal ha resultado? –estaba completamente despierta.

–Ha sido impresionante, Kimberly.

Se sentó en la cama.

–¿De verdad? Sabía que el Señor escucharía mis plegarias y que Gerry te ayudaría.

–Sí, Gerry me está ayudando. Ha leído todos los libros.

–Scott, ¿de verdad se está preocupando por ti?

–Sí, sí, seguro.

–Entonces, ¿qué piensa él?

–Bueno, me ha dicho que por ahora no ha encontrado un solo punto de la doctrina católica para el que no se pueda hallar una base bíblica.

Eso no era precisamente lo que Kimberly anhelaba escuchar.

–¿Qué? –exclamó.

En la oscuridad la oí desplomarse sobre la cama. Escondió su cara en la almohada y empezó a llorar. Traté de calmarla, pero ella exclamó:

–¡No me toques! Me siento traicionada.

–Lo siento, Kimberly, lo siento mucho. De todos modos, Gerry sigue estudiando, así

que no pierdas la esperanza.

Gerry, que se suponía iba a ayudarme, terminó flaqueando. Empezó a estudiar más a fondo la Escritura y, como consecuencia, descubrió qué lógico era el catolicismo a la luz de la teología de la alianza y de los primeros Padres de la Iglesia.

Hablamos mucho por teléfono, tratando de hallar en qué estaba equivocada la Iglesia católica. Nuestra hipótesis de partida era que tenía que estar equivocada; pero ¿cómo probarlo? Cada vez que nos parecía haber dado con el talón de Aquiles, no sólo hallábamos una respuesta, sino una respuesta incuestionable. Empezamos a sentirnos realmente inquietos.

Mientras tanto, Kimberly acababa de dar a luz a nuestro segundo hijo, Gabriel, que nos trajo una enorme alegría, pero que, al mismo tiempo, hizo más fuerte la necesidad de resolver la situación. Ahora Kimberly era una mamá muy ocupada, con poco tiempo para estudiar teología, y que se sentía cada vez más ansiosa y confusa. Pero yo seguía leyendo y estudiando, como un fanático.

Fue duro, porque ella no quería saber nada de la Iglesia católica, y resultó más duro aún porque varios sacerdotes a los que visité tampoco querían hablar sobre su Iglesia. Cada dos por tres yo me escapaba en busca de un sacerdote que pudiera contestar a algunas de las dudas que aún me quedaban; pero uno tras otro me desilusionaban. A uno de ellos le pregunté:

–Padre Jim, ¿qué debo hacer, convertirme al catolicismo?

–Antes que nada –me dijo–, no me llame «padre», por favor. En segundo lugar, creo que en realidad usted no necesita convertirse. Después del Vaticano II eso no es muy ecuménico. Lo mejor que puede hacer es, simplemente, ser mejor como presbiteriano. Le hará más bien a la Iglesia católica si usted se mantiene en lo que es.

Asombrado, le contesté:

–Mire, padre, yo no le estoy pidiendo que me tome del brazo y me haga católico a la fuerza. Creo que Dios puede estar llamándome a la Iglesia católica, donde he encontrado mi hogar, mi familia de alianza.

Él contestó fríamente:

–Bueno, si lo que quiere es alguien que le ayude en su conversión, yo no soy la persona adecuada.

Me quedé helado.

De vuelta a casa le pedí al Señor que me guiara hacia alguien que pudiera resolver mis dudas y mis inquietudes, y de repente tuve una idea: tal vez debía inscribirme en cursos de teología de una universidad católica.

Envié mi solicitud para el programa de doctorado de *Duquesne University*, en Pittsburgh, donde me aceptaron y me ofrecieron una beca. Cada semana viajaba hasta allí en coche para asistir a las clases. En algunos de los seminarios era el único protestante, y el único estudiante que defendía al Papa Juan Pablo II. ¡Eso era lo paradójico! Al final me vi explicándoles a los sacerdotes (e incluso a ex-sacerdotes) cómo ciertas creencias católicas tenían su fundamento en la Biblia, especialmente en su teología de la alianza. No parecía que yo fuera a encontrar respuesta a mis preguntas allí.

A veces me acompañaba a Pittsburgh un amigo católico de Grove City, para ver al padre John Debicki, un sacerdote del Opus Dei. Yo nunca había oído hablar del Opus Dei; sólo sabía que este sacerdote tomaba en serio mis preguntas, daba ponderadas respuestas y me hacía saber que rezaba por mí. Era tan humilde. Sólo más tarde descubrí que había estudiado teología en Roma, donde había recibido su doctorado.

Varios católicos de *Duquesne* vinieron a verme para comentarme:

–Tú sí que haces elocuente la Escritura. Suena católico lo que dices

Yo les decía:

–Creo que es católico.

Por la noche, me pregunté en voz alta ante Kimberly:

–¿Por qué Gerry y yo somos los únicos en ver esas doctrinas católicas en la Escritura?

Kimberly contestó con cierto cinismo:

–Quizá la Iglesia acerca de la cual estáis leyendo ya no exista.

Puede que ella estuviera en lo cierto. Me sentía asustado. Sabía que Kimberly pedía a Dios que alguien me ayudara, y yo también estaba rezando mucho.

Alguien me envió un rosario de plástico. Al ver sus cuentas sentí que me estaba enfrentando al obstáculo más fuerte de todos: María (los católicos no tienen ni idea de lo duro que resulta para los cristianos bíblicos aceptar las doctrinas y devociones marianas). Pero eran ya tantas las doctrinas de la Iglesia católica que habían demostrado estar sólidamente basadas en la Biblia, que acepté dar también un paso de fe en ésta.

Me encerré en mi despacho y recé calladamente: «Señor, la Iglesia católica ha demostrado estar en la verdad en el noventa y nueve por ciento de los casos. El único gran obstáculo que queda es María. Te pido perdón por adelantado si lo que voy a hacer te ofende... María, si eres tan sólo la mitad de lo que la Iglesia católica dice que eres, por favor, presenta por mí esta petición al Señor mediante esta oración». Y recé entonces mi primer Rosario.

Lo recé muchas más veces por esa misma intención durante la semana siguiente, pero después me olvidé del asunto. Tres meses más tarde me di cuenta de que desde el día en que yo había empezado a rezar el Rosario aquella situación aparentemente imposible había cambiado. ¡Mi petición había sido escuchada y concedida!

Me sentí muy avergonzado por mi olvido y mi ingratitud. Le agradecí a Dios su misericordia y volví a tomar el Rosario, que no he dejado de rezar desde aquel día. Es una oración poderosa, un arma increíble que resalta el escándalo de la Encarnación: el Señor eligió a una humilde virgen campesina y la elevó a ser aquella que diera naturaleza humana sin pecado a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, para que pudiera convertirse en nuestro Salvador.

Poco después recibí una llamada de un viejo amigo de la Universidad. Había oído que yo estaba coqueteando con la «prostituta de Babilonia», como él mismo dijo. No se ahorró palabras.

–Así que ya adoras a María, ¿eh, Scott?

–Vamos, Chris, tú sabes que los católicos no *adoran* a María; sencillamente la veneran.

–¿Y cuál es la diferencia, Scott? Ninguna de las dos tiene base bíblica.

No sabía qué decir. Empuñando mi rosario, invoqué a María para que me ayudara. Revigorizado, le contesté:

–Te podrías llevar una sorpresa.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

Empecé a decir lo primero que se me vino a la mente:

–En realidad es muy sencillo, Chris. Simplemente recuerda dos principios bíblicos básicos. Primero: tú sabes que, como hombre, Jesucristo cumplió a la perfección la ley de Dios, incluyendo el mandamiento de honrar a su padre y a su madre. La palabra hebrea para honrar, *kabodah*, significa literalmente «glorificar». Así que Cristo no sólo honró a su Padre celestial, sino que también honró perfectamente a su madre terrenal, María, otorgándole su propia gloria divina.

El segundo principio bíblico es aún más sencillo: la imitación de Cristo. Imitamos a Cristo no sólo honrando a nuestras propias madres, sino honrando a quienquiera que Él honra, y con la misma clase de honra que Él otorga.

Se hizo una larga pausa antes de que Chris dijera:

–Nunca lo había oído presentado de ese modo.

–Francamente, yo tampoco, Chris; eso es simplemente un resumen de lo que los Papas han dicho durante siglos sobre la devoción a María.

Chris volvió al ataque:

–Los Papas pueden haberlo dicho, pero ¿dónde aparece eso en la Escritura?

Respondí instintivamente:

–Chris, Lucas 1, 48 dice: «Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada». Eso es lo que hacemos en el Rosario: cumplir la Escritura.

Hubo otra larga pausa antes de que Chris cambiara rápidamente de tema.

A partir de entonces he sentido que el rezo del Rosario me ha ayudado a profundizar en mi propia comprensión de la Biblia. La clave era, desde luego, la meditación de los quince misterios; pero también caí en la cuenta de que esta plegaria por sí misma confiere una perspicacia teológica para considerar todos los misterios de nuestra fe de acuerdo con algo que va mucho más allá –pero que no está en contra– de la capacidad racional del intelecto; lo que algunos teólogos han denominado «la lógica del amor».

Descubrí por vez primera esa «lógica del amor» al contemplar a la Sagrada Familia en Nazaret, el modelo para todo hogar. La Sagrada Familia, a su vez, dirigía la atención hacia la Alianza, y en último término, hacia la propia vida íntima de Dios como eterna Sagrada Familia: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta bellísima y maravillosa visión comenzó a llenar mi corazón y mi mente; pero todavía no estaba muy seguro de que pudiera identificar a la Iglesia católica como la expresión terrena de la familia de la Alianza de Dios. Para llegar a eso necesitaba bastante más oración y estudio.

Durante esta etapa, Gerry y yo seguíamos con nuestras largas conversaciones telefónicas. Un día me invitó a ir con él a un encuentro con uno de nuestros más brillantes maestros, el doctor John Gerstner, un teólogo calvinista formado en Harvard y de fuertes convicciones anti-católicas. Gerry le había comentado que estábamos

estudiando con mucha seriedad las afirmaciones de la Iglesia católica; así que él estaba más que dispuesto a tratar de calmar nuestra inquietud.

Gerry organizó el plan. Debíamos llevar nuestro Nuevo Testamento en griego, nuestra Biblia hebrea, los textos de los Concilios en latín y cualquier otra cosa que deseáramos; y debíamos prepararnos para discutir cualquier punto doctrinal, pero muy especialmente el de *sola fide*.

Los tres quedaríamos para cenar en el *York Steak House*, no lejos de la casa de Gerry en Harrisburg. Eso significaba que el doctor Gerstner y yo viajaríamos juntos durante varias horas, ida y vuelta. Me sentía entusiasmado y nervioso al pensar que iba a poder hablar con un especialista tan erudito y devoto.

Durante el viaje, el doctor Gerstner y yo ya tuvimos cuatro horas de intensa discusión teológica. Empecé a sacar toda la reserva de argumentos que había estado preparando acerca de la Iglesia católica como el punto culminante de la historia de la salvación en el Antiguo Testamento y la materialización de la Nueva Alianza.

El doctor Gerstner me escuchaba con atención y respondía a cada punto con interés y respeto. Parecía contemplar mis argumentos como algo novedoso; pero al mismo tiempo insistía en que no justificaban de por sí el que alguien se pasara a la Iglesia católica romana, a la que él llamaba «la sinagoga de Satanás».

En un determinado momento me preguntó:

–Scott, ¿qué base bíblica encuentras tú para el Papa?

–Doctor Gerstner, usted sabe que el Evangelio de Mateo enfatiza el papel de Jesús como Hijo de David y Rey de Israel. Yo creo que Mateo 16, 17-19 nos muestra cómo Jesús dejó esto establecido: le dio a Simón tres cosas: primero, un nuevo nombre, Pedro (o Piedra); segundo, su compromiso de edificar su Iglesia sobre Pedro; y tercero, las Llaves del Reino de los Cielos. Es este tercer punto el que considero más interesante.

Cuando Jesús habla de las «llaves del Reino» hace referencia a un importante texto del Antiguo Testamento, Isaías 22, 20-22, donde Ezequías, el heredero del trono real de David, y rey de Israel en los tiempos de Isaías, sustituye a su viejo primer ministro, Shebna, por uno nuevo llamado Eliakim. Cualquiera podía ver quién de los miembros del gabinete era el primer ministro, ya que se le habían entregado las llaves del Reino. Al confiarle a Pedro «las llaves del reino», Jesús establece el cargo de Primer Ministro para administrar la Iglesia como su Reino en la tierra. Por tanto, las «llaves» son un símbolo del oficio y la primacía de Pedro para ser transmitido a lo largo de las épocas.

–Es un argumento muy ingenioso, Scott –me replicó el doctor.

–¿Y cómo lo refutamos nosotros, los protestantes?

–Bueno, no creo haberlo oído antes –me dijo–. Tendría que pensar sobre eso un poco más. Sigue adelante con tus otros argumentos.

Proseguí entonces describiendo cómo la familia de la alianza era la clave principal o la idea maestra de la fe católica, pues explica a María como nuestra Madre, al Papa como nuestro padre, a los santos como nuestros hermanos y hermanas, y las celebraciones y días de fiesta como cumpleaños y aniversarios.

–Doctor Gerstner, todo eso adquiere sentido cuando se considera la alianza como

punto central de la Escritura.

Él escuchaba atentamente.

–Scott, creo que estás llevando demasiado lejos este asunto de la alianza.

–Tal vez sí, pero estoy totalmente convencido de que la alianza es un punto central para toda la Escritura, tal y como han enseñado los grandes protestantes Juan Calvino y Jonathan Edwards; sólo que también estoy convencido de que la alianza no es un contrato, como ellos lo entendían, sino un sagrado vínculo familiar entre Dios y su pueblo. Si estoy equivocado en alguna de estas cuestiones, muéstreme dónde, por favor. Podría salvar mi carrera.

Él respondió:

–Espera a que estemos con Gerry.

Ya en el lugar de reunión, estuvimos durante horas y horas desmenuzando una gran cantidad de temas, pero muy especialmente, el de la justificación. Yo presenté el enfoque católico, según el cual la justificación no es sólo una mera absolución, sino, a la luz del Concilio de Trento, una divina filiación. Durante seis horas, Gerry y yo argumentamos varios puntos de vista católicos; ninguno fue refutado. Planteamos también muchas preguntas que no fueron respondidas de forma satisfactoria y convincente.

Al terminar, Gerry y yo nos miramos: ambos estábamos pálidos. Para nosotros había sido una experiencia demoledora. Habíamos rezado para que alguien pudiera librarnos de la humillación de tener que convertirnos. En un momento en que nos quedamos a solas, le dije:

–Gerry, me siento traicionado por nuestra tradición Reformada. He venido aquí pensando que íbamos a ser salvados de las aguas; pero la doctrina católica no ha perdido ni un solo punto. Los textos citados del Concilio de Trento han sido sacados de contexto. Sin saberlo, él ha estado malinterpretando los cánones al desligarlos de las definiciones formuladas en los decretos.

De regreso a casa hablé mucho más con el doctor Gerstner. Le pedí que me mostrara dónde enseñaba la Biblia lo de *sola Scriptura*. Pero no me dio ni un solo argumento nuevo. Más bien, él me planteó otra pregunta:

–Scott, si estás de acuerdo en que ahora poseemos la inspirada e inerrante Palabra de Dios en la Escritura, ¿qué más necesitamos entonces?

Le contesté:

–No creo que el problema principal sea saber qué necesitamos. Pero ya que me lo pregunta, le daré mi punto de vista. Desde la época de la Reforma, han ido surgiendo más de veinticinco mil diferentes denominaciones protestantes, y los expertos dicen que en la actualidad nacen cinco nuevas a la semana. Cada una de ellas asegura seguir al Espíritu Santo y el pleno sentido de la Escritura. Dios sabe que necesitamos mucho más que eso.

Lo que quiero decir, doctor Gerstner, es que cuando los fundadores de nuestra nación nos dieron la Constitución, no se contentaron sólo con eso. ¿Se imagina lo que tendríamos hoy si lo único que nos hubieran dejado fuera un documento, por muy bueno que sea, junto con la recomendación «Que el espíritu de George Washington guíe a cada

ciudadano»? Tendríamos una anarquía, que es precisamente lo que los protestantes tenemos en lo que se refiere a la unidad de la Iglesia... En lugar de eso, nuestros padres fundadores nos dieron algo más que la Constitución; nos dieron un gobierno formado por un presidente, un congreso y una corte suprema, todos ellos necesarios para aplicar e interpretar la Constitución. Y si eso es necesario para gobernar un país como el nuestro, ¿qué será necesario para gobernar una Iglesia que abarca el mundo entero?

Por eso, doctor Gerstner, yo estoy empezando a creer que Cristo no nos dejó sólo con su Espíritu y un libro. Es más, en ninguna parte del Evangelio dice nada a los apóstoles acerca de escribir, y apenas menos de la mitad de ellos escribieron libros que fueran incluidos en el Nuevo Testamento. Lo que Cristo sí le dijo a Pedro fue: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Por eso me parece más lógico que Jesús nos haya dejado su Iglesia, constituida por el Papa, los obispos y los Concilios, todos ellos necesarios para aplicar e interpretar la Escritura.

El doctor Gerstner hizo una pausa para pensar.

—Todo eso es muy interesante, Scott, pero has dicho que tú no crees que ese sea el tema principal. ¿Cuál es entonces para ti el tema principal?

—Creo que es lo que la Biblia enseña sobre la Palabra de Dios, ya que en ningún lugar reduce la Palabra de Dios sólo a la Escritura. Más bien, la Biblia nos dice en muchos lugares que la autorizada Palabra de Dios debe buscarse en la Iglesia: en su Tradición (2 Tes 2, 15; 3, 6), lo mismo que en su predicación y enseñanza (1 Pe 1, 25; 2 Pe 1, 20-21; Mt 18, 17). Por eso pienso que la Biblia sostiene el principio católico de *solum verbum Dei*, «sólo la Palabra de Dios», en vez del protestante *sola Scriptura*, «sólo la Biblia».

El doctor Gerstner contestó afirmando, una y otra vez, que la Tradición católica, los Papas y los Concilios ecuménicos, todos enseñaban cosas contrarias a la Escritura.

—¿Contrarias a qué interpretación de la Escritura? —le pregunté—. Además, todos los historiadores de la Iglesia están de acuerdo en que recibimos el Nuevo Testamento del Concilio de Hipona del año 393 y del Concilio de Cartago del año 397, que enviaron sus decisiones a Roma para ser aprobadas por el Papa. ¿No le parece que del año 30 al 393 es demasiado tiempo para estar sin Nuevo Testamento? Además, había otros muchos libros que la gente de entonces creía podrían ser inspirados, como la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas y los Hechos de Pablo. Había también libros del Nuevo Testamento como la Segunda Carta de Pedro, la de Judas y el Apocalipsis, que algunos consideraban que debían ser excluidos. Entonces, ¿quién tendría la decisión fidedigna y definitiva si la Iglesia no enseñara con autoridad infalible?

El doctor Gerstner replicó en tono calmado:

—Papas, obispos y concilios pueden equivocarse, y de hecho se han equivocado. Scott, ¿cómo puedes tú pensar que Dios hizo infalible a Pedro?

Reflexioné por un momento.

—Bueno, doctor, tanto protestantes como católicos están de acuerdo en que Dios debió hacer infalible a Pedro al menos en dos ocasiones: cuando escribió la Primera y la Segunda Epístola de Pedro. Así que si Dios pudo hacerle infalible para enseñar con

autoridad por escrito, ¿por qué no podía preservarle del error al enseñar con autoridad en persona? Del mismo modo, si Dios pudo hacer esto con Pedro y con los otros apóstoles que escribieron la Escritura, ¿por qué no podría hacer lo mismo con sus sucesores, especialmente al prever la anarquía que iba a sobrevenir si no lo hacía? Por otro lado, ¿cómo podemos estar seguros de que los veintisiete libros del Nuevo Testamento son en sí mismos la infalible Palabra de Dios si fueron falibles Papas y falibles concilios los que nos dieron la lista?

Nunca olvidaré su respuesta:

–Scott, eso sencillamente significa que todo lo que podemos tener es una falible colección de documentos infalibles.

–¿Es eso realmente lo mejor que el cristianismo protestante histórico puede aportar?

–Sí, Scott, todo lo que podemos hacer son juicios probables basados en la evidencia histórica. No tenemos ninguna otra autoridad infalible más que la Escritura.

–Pero, doctor Gerstner, ¿cómo puedo yo saber que realmente es la Palabra de Dios infalible la que estoy leyendo cuando abro a Mateo o a Romanos o a Gálatas?

–Como te he dicho, Scott, todo lo que tenemos es una colección falible de documentos infalibles.

De nuevo me sentí muy disconforme con sus respuestas, a pesar de que sabía que él estaba presentando con toda honestidad las tesis protestantes. Mi única respuesta fue:

–Entonces, si las cosas son así, doctor Gerstner, creo que debemos tener la Biblia y la Iglesia. ¡O las dos o ninguna!

Llegué a casa en la madrugada del día siguiente. Cuando le conté a Kimberly los resultados de nuestra reunión, se llenó de pánico. Ella confiaba en que la conversación habría acabado con el problema. Me pidió un compromiso:

–Por favor, no lo hagas abruptamente. Sería demasiado doloroso.

Le aseguré:

–Si me convierto, Kimberly, no será antes de 1990, como muy pronto; te lo prometo. Y me convertiré sólo si es absolutamente necesario; si no me queda otra salida ante estas conclusiones.

Estábamos en 1985. Parecía haber tiempo suficiente para dar el paso de modo intelectualmente respetable, si es que finalmente me convertía.

Ella dijo:

–Está bien. Creo que puedo vivir con eso.

Después de mucha oración vimos que era necesario que yo me dedicara a este problema a tiempo completo. Decidimos que el mejor lugar sería la *Marquette University*, donde yo había descubierto un excelente equipo de teólogos católicos que amaban a la Iglesia y enseñaban muy bien la doctrina. De hecho, había allí un jesuita profesor de teología, el padre Donald Keefe, especializado en teología de la alianza. Cuando supimos que *Marquette* me había aceptado para el programa de Doctorado en Teología, y que además me ofrecían una beca completa y un trabajo como profesor asistente, sentimos que era el Señor el que nos guiaba. Poco sabía yo, poco sabíamos, que nuestro matrimonio estaba a punto de afrontar un período más sombrío y tormentoso

de lo que nunca hubiéramos podido prever.

Kimberly:

Cuando regresamos a Grove City, estábamos entrando en el otoño de nuestro relato. Los vientos de cambio habían empezado a soplar. Los colores eran muy bellos, pero los cambios que anunciaban eran presagios de letargo y de muerte.

La nueva mudanza trajo también una alteración en el ritmo de nuestra vida familiar. Scott empezó su horario de trabajo de nueve a cinco, como asistente del rector de *Grove City College*. Yo me concentré en Michael y en renovar nuestras amistades.

El trabajo de Scott le permitía disponer de las noches para estudiar durante horas y horas. Se metía en su estudio y cerraba la puerta, y yo no deseaba en modo alguno que la abriese, ni tenía el menor interés en saber qué estaba leyendo. Mientras él mantuviese esa puerta cerrada, para mí no había problema. Realmente estábamos empezando a tener diferentes convicciones. En parte porque yo estaba muy ocupada, y embarazada de nuestro segundo hijo, y en parte porque no me interesaba lo que Scott hacía. Estaba segura de que él se estaba alejando hacia un aislamiento, pero que al fin volvería sobre sus pasos. Lo importante para mí era mantenerme firme.

Una noche, interrumpió mi sueño entusiasmado con un pensamiento:

–Kimberly, ¿te das cuenta de que estamos rodeados aquí y en este mismo momento por María, los santos e innumerables ángeles?

Inmediatamente reaccioné:

–¡No en mi dormitorio! ¡De ninguna manera!

Lo que Scott acababa de decir me perturbó. ¿María? Él pensaba mucho en ella por aquel entonces. Parecía que los católicos se centraban en María como los protestantes nos centrábamos en Jesús. Ella era la persona asequible; uno podía esconderse en los pliegues de su manto, en vez de encarar el rostro severo de Dios Padre. María era como la amplia puerta trasera para obtener el favor de Dios, mientras que Jesús seguía siendo la incómoda puerta principal. Me repugnaba pensar en esas cosas.

Había leído en una ocasión algo sobre un hombre que estaba reparando el cielo raso de una hermosa capilla de Roma, y un día vio entrar a una mujer americana que empezó a rezar en la iglesia. Pensó que podía pasar un rato divertido, y empezó a decir suavemente desde arriba: «Soy Jesús». Pero la mujer no hizo caso. Entonces él habló un poco más fuerte: «Soy Jesús». Ninguna respuesta. Por fin el hombre dijo aún más fuerte: «Soy Jesús». La mujer miró hacia arriba y gritó: «¡Cállate! ¡Estoy hablando con tu madre!»

Mi impresión personal de cómo los católicos consideraban a María me hacía pensar que estaban sustituyendo el amor, la devoción y la adoración debidos a Jesús por el amor, la devoción e incluso la adoración a María. Le expresé esta preocupación a Scott, y él me rebatió haciéndome notar el casi total abandono en que los protestantes la tenían, hasta el punto de que ni siquiera hablan de ella, a pesar de que, por lo menos, ella fue la

escogida, la mujer más privilegiada de todos los tiempos, que llevó en su seno al Hijo de Dios y le dio su naturaleza humana. Probablemente los protestantes pensaban que así contrarrestaban la extraordinaria atención que le dedicaban los católicos.

Cuando se me invitó a hablar en la cena de Navidad de las damas de la iglesia, Scott me animó a que hablara de María. Así que preparé un estudio sobre María como mujer de Dios, sin exponer ninguno de los conceptos católicos sobre ella (en los cuales yo aún no creía). Les dije que no tuvieran miedo de honrarla como la Madre de Nuestro Señor, ya que Jesús era a la vez Hijo de Dios e Hijo de María.

Nada más terminar mi charla, las dos esposas de los pastores cantaron *What Child is this?* («¿Quién es este niño?»), cambiando a propósito las últimas palabras de la estrofa: en vez de «el bebé, el Hijo de María», cantaron «el bebé, el Hijo de Dios», porque poco antes de la cena, uno de los pastores había expresado su preocupación de que la letra original exageraba la honra dada a María. ¡Qué buen caso para ejemplificar mi charla!

Me acordé de una clase en el seminario en la cual el Dr. Nicole dijo que un Concilio Ecuménico había definido a María como *Theotokos*, Madre de Dios. Al principio esto nos ofendió: ¡Ella no había creado a Dios!, pero pronto él aclaró el sentido de esta afirmación: era necesario para nuestra salvación que Jesús fuera tanto plenamente humano como plenamente divino: dos naturalezas en una sola Persona, la de Dios Hijo. Por lo tanto, siendo María la fuente de su naturaleza humana, ella es la madre de Jesús; y porque Jesús es Dios, ella es madre de Dios. No había, pues, por qué escandalizarse con esta verdad –nos recalca el Dr. Nicole– ya que era garantía de nuestra salvación.

Una mañana, al entrar en el comedor, Scott me dijo:

–He estado leyendo una gran cantidad de libros católicos estos días, Kimberly. Puede que Dios me esté llamando a la Iglesia católica.

–¿No podríamos ser episcopalianos? –fue mi respuesta inmediata.

Tal como estaban las cosas, prefería seguir siendo protestante como episcopaliana antes que convertirme en católica. Él sonrió dando a entender que comprendía el porqué de mi pregunta. Luego me pidió que rezara por él. Con gusto rezaba por él, pero no quería hacer comentarios sobre las creencias que iban enraizando en su alma. En esos momentos sólo deseaba dejar a Scott y sus nuevas convicciones lejos de mi alcance. Durante un paseo, él quiso compartir conmigo sus dudas y creencias. Le dije:

–Scott, tú eres muy inteligente. Puedes convencer a cualquiera en cualquier asunto.

A lo cual él replicó:

–Entonces, ¿no tengo a nadie con quien hablar de nada?

Eso me tocó en lo profundo del corazón. ¿Cómo pude decirle, o ni siquiera pensar, que no quería hablar sobre sus reflexiones teológicas, cuando todo nuestro matrimonio se basaba precisamente en ese compartir?

El hecho de que Scott fuera una persona muy persuasiva no me eximía de enfrentarme a la verdad; pero yo no quería saber nada de eso. Era muy arriesgado, y yo tenía mucho que perder. Por lo menos debería haber sentido cierta curiosidad de saber por qué mi esposo consideraba que el catolicismo era tan bíblico; entre otras cosas, porque la Biblia era la base de mis propias creencias. Pero me sentía demasiado amenazada como para

querer preguntarle.

Empecé a sentirme como si estuviera unida a un hombre diferente de aquel con el que me había casado. Me había casado con un presbiteriano reformado, no con un cristiano cualquiera. Sin embargo, Scott me recordó que lo que me atrajo de él fue que era un cristiano centrado en la Biblia, y aún seguía siéndolo. Me suplicó que caminara a su lado en su búsqueda; pero yo no podía, o más bien, no quería. Después de todo, Scott había sido un anticatólico convencido, que pensaba que no se podía ser a la vez cristiano y católico romano. Yo, en cambio, sostenía un punto de vista más equilibrado: los católicos podían ser cristianos; aunque no había necesidad, y mucho menos deseo, por mi parte de convertirme en católica. Tal vez todos estos estudios le ayudaran a él a ser menos crítico respecto a los católicos y menos extremado. Pero, de ninguna manera, dejar de condenarlos implicaba unirse a ellos.

Scott veía su evolución como una búsqueda de la «Madre Iglesia», y creía haberla encontrado en el catolicismo. En contraste, yo no había tenido una aguda necesidad de búsqueda (quizá por haber sido criada dentro de una familia y una iglesia tan fuertemente evangélicas, que habían llenado esa necesidad).

Comparando las creencias de Scott ahora con las que tenía cuando estábamos en la universidad, me parecían claramente distintas; pero él veía una continuidad donde yo sólo encontraba discontinuidad. Scott usaba una analogía para explicarlo: una bellota no parece un roble, pero tiene en sí todas las posibilidades de llegar a ser un árbol. Solía decir: «Lo que yo creía en la universidad y en el seminario está ahora llegando a un florecimiento más rico que nunca. Ha habido un crecimiento, aun cuando mis creencias parezcan diferentes de lo que eran en un principio. Todavía creo en la Biblia. Todavía soy un cristiano comprometido.»

La analogía era encomiable, tengo que admitirlo. Pero cabía la posibilidad de que se estuviera engañando a sí mismo y metiéndose en verdaderos problemas teológicos.

Buscamos consejo en mi padre, quien me urgió a mantenerme al tanto de las investigaciones de Scott, ya que, aunque yo no quisiera dedicarme a ese estudio, en nada nos ayudaría el ir creciendo a pasos desiguales.

Finalmente acepté leer *La Fe de Nuestros Padres*, del cardenal Gibbons. Era un libro sencillo pero con mucha lógica, y eso me molestó. ¡El catolicismo no podía ser tan claro! Me sentí tan contrariada, que lancé el libro al otro lado de la habitación, algo que yo nunca había hecho antes.

No, pensé; me limitaría a mantenerme a la espera de que Scott encontrara por sí mismo el camino de vuelta a la verdad. ¡Yo poseía un máster en teología! ¿Tendría que empezar a aprender todo de nuevo, volver al ABC? Tenía una vida demasiado ocupada como para dedicarme a hacer eso.

El salmista expresa los sentimientos que me embargaban entonces (Sal 69, 14-17):

Que mi oración llegue hasta ti, oh Señor,
en el tiempo propicio, oh, Dios.
Por tu gran bondad, escúchame,
por la verdad de tu salvación.

Sálvame de hundirme en el lodo.
Respóndeme, Yavé, pues es benigna tu piedad;
en tu inmensa misericordia, mírame.

En medio de toda esta tormenta teológica de nuestro hogar, el Señor nos bendijo con otro precioso hijo, Gabriel Kirk, en nuestro quinto aniversario de boda, el 18 de agosto de 1984. Al darle a luz, recordé una oración que Scott y yo habíamos rezado durante nuestra primera cita: que Dios hiciera nacer muchos hombres piadosos. Pensé: «¿Señor, es Gabriel y, por lo mismo, Michael, una respuesta a nuestras oraciones de entonces? Ciertamente ésta es una manera lenta de hacer discípulos, pero, por favor, ayúdanos a criarlos de forma que sean hombres piadosos y entregados a Ti.»

El primer año de vida de Gabriel fue bastante agitado. Además de cuidar a nuestros dos hijos, muchas otras actividades buenas consumían el tiempo que yo hubiera podido dedicar a estudiar y a resolver mis problemas con Scott. Dirigía tres estudios bíblicos; era presidenta del grupo local en favor de la vida, y ayudaba a conseguir abogados pro-vida en el campus de *Grove City College*. Scott cambió su trabajo a tiempo completo en la universidad por otro a tiempo parcial con jóvenes, en dos iglesias y en el *college*. Empezó también a trabajar en su doctorado en *Duquesne University*, y curiosamente, a pesar de que ésta era una institución católica, casi siempre era él el único defensor del catolicismo en la clase.

En medio de tantas ocupaciones, Scott proseguía su búsqueda. Al ver que su interés por la Iglesia católica no disminuía, empecé a considerar el peso de todo lo que perderíamos si Scott se hacía católico. Todos los sueños que habíamos compartido se acabarían: trabajar como un equipo de pastor y esposa...; Scott enseñando en *Grove City College* o en el Seminario Teológico *Gordon-Conwell*...; Scott y yo viajando para dar charlas sobre la doctrina de la Reforma protestante.

Una noche él me dijo que había empezado a rezar el Rosario. ¡No podía creer lo que oía! Ni siquiera sabía que él tuviera un rosario. El asunto de su estudio, y ahora la práctica del catolicismo, se estaba poniendo cada vez peor.

Un amigo nuestro del seminario, Gerry Matatics, desafió la nueva orientación teológica de Scott. Delante de Scott yo lo llamaba mi «caballero de reluciente armadura» que venía a salvarme de mi tragedia. Gerry asediaba a Scott pidiéndole listas de sus libros católicos. Yo le estaba tan agradecida, especialmente porque Gerry era muy parecido a Scott: una persona de convicciones, que buscaba realmente la verdad, sin importarle las consecuencias. Pero nunca podré olvidar la noche en que Scott volvió a nuestro dormitorio, después de hablar por teléfono durante horas con Gerry, y me habló de lo entusiasmado que estaba Gerry con los libros católicos que estaba leyendo. Todo lo que pude hacer fue llorar. ¡Mi «caballero de reluciente armadura» se me estaba empañando! Si Gerry no era capaz de detener a Scott, no sabía quién más podría hacerlo.

Cuando Gerry organizó una reunión con el Dr. Gerstner, mis esperanzas volvieron a elevarse, sólo para verlas estrellarse de nuevo cuando escuché el informe de Scott sobre ese encuentro.

Desde el principio de nuestra relación, Scott y yo habíamos crecido y evolucionado

juntos, al menos en pequeña escala, en nuestras creencias. Pero al seguir Scott cambiando y yo negándome a cambiar, estábamos dejando de confiar el uno en el otro. El fundamento de confianza de nuestro matrimonio se veía tremendamente sacudido.

Después de un día particularmente tormentoso, le dije a Scott: «Nunca pensaré en el suicidio como una opción, pero hoy le he suplicado a Dios que me de una enfermedad que me mate, para acabar de una vez con todas estas inquietudes. Así tú podrías luego buscar una linda muchachita católica y rehacer tu vida con ella.

Scott se sintió muy abatido al escucharme expresar así mi angustia.

—¡No vuelvas a decir eso, ni a pensarlo siquiera! Yo no quiero a ninguna linda muchachita católica. Yo te quiero a ti.

Éste fue el comienzo del invierno de mi alma. Recuerdo incluso en qué rincón de nuestro salón estaba cuando sentí que el gozo del Señor se me iba. Excepto en algunos breves instantes, no volvió a mí durante casi cinco largos años: era un vacío que nunca antes había experimentado. El gozo del Señor, que había sido mi fortaleza y que había alentado mi espíritu, estaba ahora bloqueado por mi negativa a abrirme a la búsqueda, a la lectura o al diálogo. Me sentía como ante un muro que no sabía cómo superar, y ni siquiera estaba segura de querer intentarlo.

«Señor, la alegría se ha ido. ¿Quién eres tú? Te he conocido toda mi vida, y creía entenderte. Pero ahora no entiendo nada. ¿Eres tú el Dios de los católicos o el de los protestantes? Me siento tan confusa». No pareció haber ninguna respuesta.

6. Ir a Roma es volver a casa

Scott:

Fue una decisión de mutuo acuerdo, pero también difícil, trasladarnos a Milwaukee para que yo pudiera hacer un curso a tiempo completo para el doctorado en Teología y Sagrada Escritura. En aquel semestre de otoño descubrí, seminario tras seminario, qué verdadera y bella podía ser la doctrina católica, y qué exigentes y prácticas eran las enseñanzas morales de la Iglesia sobre el matrimonio, la familia y la sociedad. Yo defendía la doctrina católica aunque la mayoría de los católicos no lo hicieran.

Algunos sí daban testimonio de su fe, al mismo tiempo que la vivían y la disfrutaban. Yo compartía un despacho con uno de ellos, John Grabowski, que me llevó a su parroquia y me introdujo en la liturgia eucarística. A través de John llegué también a relacionarme con una excepcional institución católica, la *Franciscan University of Steubenville*, de Ohio, donde él había hecho la licenciatura en Teología. Me explicó todo lo referente al énfasis que allí daban a la «ortodoxia dinámica». (No podía ni imaginarme que sólo cinco años más tarde yo enseñaría allí.)

Otra compañera de doctorado, Mónica Migliorino Miller, me ayudó de varias maneras. Primero, después de oírme hablar en clase como un católico, amablemente, pero con firmeza, me desafió a vivir de acuerdo con mis convicciones católicas. Segundo, con su valiente compromiso en el movimiento en favor de la vida, Mónica nos motivó a Kimberly y a mí a colaborar nosotros también. Estos nos permitió encontrar un muy necesitado interés común como voluntarios en pro de la familia, combatiendo el aborto y la pornografía en el área de Milwaukee.

Escribí varios trabajos defendiendo y argumentando postulados católicos. Desarrollé mis argumentos sobre Mateo 16, 17-19 en un trabajo de 30 páginas titulado «Pedro y las Llaves» para un curso sobre el Evangelio de Mateo. El profesor, que era protestante, después de examinar me durante más de una hora, dijo que no encontraba ningún fallo en mi argumentación.

Algunos de mis amigos no católicos pensaban que el Señor me estaba concediendo una visión gloriosa, aunque ellos no sabían hasta dónde me estaba llevando esto, que absorbía por completo tanto mi imaginación como mi intelecto.

Preparé otro trabajo de cien páginas titulado «*Familia Dei*: Hacia una Teología de la Alianza, la Familia y la Trinidad», en el cual sintetizaba los resultados de más de diez años de investigación sobre la alianza. Ésta adquiría cada vez más y más sentido: si Alianza significa una familia en la cual los miembros comparten carne y sangre, entonces Cristo había instituido la Eucaristía para hacernos capaces de compartir el

vínculo de carne y sangre de su familia basada en la Nueva Alianza, la Iglesia católica.

El Padre John Debicki, mi amigo sacerdote de Pittsburgh, me puso en contacto con el *Layton Study Center*, un centro del Opus Dei en Milwaukee. Los amigos que hice allí, tanto los sacerdotes como los otros miembros, me ofrecieron un enfoque práctico de oración, trabajo, familia y apostolado, que integró todo lo positivo de mi experiencia evangélica dentro de un sólido plan de vida católico. Se me enseñó y se me animó, como laico, a encontrar modos de transformar mi trabajo en oración. Uno de los miembros casados, Chris Wolfe, me estimulaba constantemente a dar total prioridad a mi vida interior.

Por fin el proceso de conversión se estaba tornando, sobrenaturalmente, en una *historia romántica*. El Espíritu Santo me estaba revelando que la Iglesia católica, que tanto me aterrizzaba antes, era en realidad mi hogar y mi familia. Experimentaba un gozoso sentimiento de regreso a casa a medida que redescubría a mi padre, a mi madre y a mis hermanos y hermanas mayores.

Así que un día cometí una «fatal metedura de pata»: decidí que había llegado el momento de ir, yo solo, a una Misa católica. Tomé al fin la resolución de atravesar las puertas del Gesú, la parroquia de *Marquette University*. Poco antes de mediodía me deslicé silenciosamente hacia la cripta de la capilla para la misa diaria. No sabía con certeza lo que encontraría; quizá estaría sólo con un sacerdote y un par de viejas monjas. Me senté en un banco del fondo para observar.

De repente, numerosas personas empezaron a entrar desde las calles, gente normal y corriente. Entraban, hacían una genuflexión y se arrodillaban para rezar. Me impresionó su sencilla pero sincera devoción.

Sonó una campanilla, y un sacerdote caminó hacia el altar. Yo me quedé sentado, dudando aún de si debía arrodillarme o no. Como evangélico calvinista, me habían enseñado que la misa católica era el sacrilegio más grande que un hombre podía cometer: inmolar a Cristo otra vez. Así que no sabía qué hacer.

Observaba y escuchaba atentamente a medida que las lecturas, oraciones y respuestas –tan impregnadas en la Escritura– convertían la Biblia en algo vivo. Me venían ganas de interrumpir la misa para decir: «Mira, esa frase es de Isaías... El canto es de los Salmos... ¡Caramba!, ahí tienen a otro profeta en esa plegaria.» Encontré muchos elementos de la antigua liturgia judía que yo había estudiado tan intensamente.

Entonces, de repente, comprendí que éste era el lugar de la Biblia. Éste era el ambiente en el cual esta preciosa herencia de familia debe ser leída, proclamada y explicada... Luego pasamos a la Liturgia Eucarística, donde todas mis afirmaciones sobre la alianza hallaban su lugar.

Hubiera querido interrumpir cada parte y gritar: «¡Eh!, ¿queréis que os explique lo que está pasando desde el punto de vista de la Escritura? ¡Esto es fantástico!» Pero en vez de eso, allí estaba yo sentado, languideciendo por un hambre sobrenatural del Pan de Vida.

Tras pronunciar las palabras de la Consagración, el sacerdote mantuvo elevada la hostia. Entonces sentí que la última sombra de duda se había diluido en mí. Con todo mi corazón musité: «Señor mío y Dios mío. ¡Tú estás verdaderamente ahí! Y si eres Tú,

entonces quiero tener plena comunión contigo. No quiero negarte nada.»

Entonces recordé mi promesa: hasta 1990. «Oh, sí, debo controlarme. Aún soy presbiteriano, ¿no? ¡Claro!...» Y con esto, salí de la capilla sin decir absolutamente a nadie dónde había estado, o qué había hecho. Pero al día siguiente, allí estaba yo otra vez, y así día tras día. En menos de dos semanas ya estaba atrapado. No sé cómo decirlo, pero me había enamorado, de pies a cabeza, de Nuestro Señor en la Eucaristía. Su presencia en el Santísimo Sacramento era para mí poderosa y personal. Aun quedándome en la parte de atrás, empecé a arrodillarme y a rezar con los demás, a quienes ahora conocía como mis hermanos y hermanas. ¡No era yo un huérfano! Había encontrado a mi familia, la familia de Dios... De repente 1990 me pareció muy lejano.

Presenciando todo el drama de la Misa, veía la Alianza renovada justo frente a mis ojos. Sabía que Cristo quería que yo le recibiese con fe, no sólo espiritualmente en mi corazón, sino también físicamente, sobre mi lengua, en mi garganta, y dentro de todo mi cuerpo y mi alma. Éste era el sentido de la Encarnación. Éste era el Evangelio en su plenitud.

Cada día, después de misa, dedicaba entre media hora y una hora a rezar el Rosario. Sentía que el Señor derramaba su poder a través de su Madre delante del Santísimo Sacramento. Le suplicaba que abriese mi corazón para hacerme manifiesta su voluntad.

«Señor, ¿es ésta tu llamada sobrenatural, o me encuentro simplemente atrapado en una especie de escapismo intelectual?»

Las cosas empezaron a acelerarse. Dos semanas antes de la Pascua de 1986, me llamó Gerry para anunciarnos que él y su esposa Leslie iban a abrazar el catolicismo durante la Vigilia Pascual. Me quedé pasmado.

–Gerry, no puedo creerlo. Se suponía que tú ibas a impedir que me hiciera católico. ¡No puedes ahora recibir la Eucaristía antes que yo! –no me parecía justo.

–Scott, no quiero entrometerme en tus razones para esperar. Pero a nosotros, Dios nos ha mostrado ya bastante como para convertirnos al catolicismo este año.

Me volví entonces al Señor en oración: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» Recuerdo haber rezado así y haber pensado: «Me pregunto por qué no te he pedido esto antes, Señor; ¿qué quieres *Tú* que haga?»

Yo estaba completamente desconcertado, cuando, para mi gran sorpresa, sentí que respondía: «¿Qué es lo que *tú*, hijo mío, quieres hacer?»

Eso era fácil. Ni siquiera tuve que pensarlo dos veces: «Padre, quiero volver a mi casa. Quiero recibirte a Ti, Jesús, mi Hermano mayor y Señor, en la Santa Eucaristía».

Y hubo como una suave respuesta del Señor: «Yo no te estoy deteniendo».

Me sentía en éxtasis. Es imposible describirlo. Pero entonces recordé que era mejor consultar primero con la única persona que *sí* estaba todavía tratando de detenerme. Bajé las escaleras para buscar a Kimberly, y le dije:

–Kimberly, no te imaginas lo que Gerry acaba de decirme. Él y Leslie van a unirse a la Iglesia católica en Pascua, dentro de apenas dos semanas.

Kimberly respondió con cautela:

–¿Y eso en qué cambia las cosas? –me atravesaba con su mirada.

–Bueno, yo he estado rezando y pidiéndole al Señor que me guiara.

–Dijiste que en 1990, ¿recuerdas? Lo prometiste. No eludas ahora tu promesa con pretextos espirituales.

Con desgana tuve que admitir que ella tenía razón.

– Sí..., me acuerdo..., 1990. Pero desde que he empezado a ir diariamente a Misa, siento que Cristo me llama hacia Él en la Santa Eucaristía.

Escuchó en silencio, con una expresión de profundo dolor en su rostro.

–Kimberly, no sé cómo explicarlo, pero me temo que he llegado a un punto en donde dilatar mi obediencia sería desobediencia. ¿Quieres por favor rezar para ver cómo puedes liberarme de esa promesa?

Sentíamos en ese momento un dolor que las palabras no podían describir. Después de un largo rato de oración en otra habitación, ella vino, me abrazó y me dijo:

–Te libero de tu promesa, Scott, pero quiero que sepas que nunca en mi vida me he sentido tan profundamente traicionada y abandonada.

Fue muy duro para los dos.

Más tarde, esa noche, yo oraba con insistencia: «Señor, ¿cómo es que me muestras a tu familia, pero al mismo tiempo me apartas de la mía? ¿Por qué me presentas a tu Esposa, la Iglesia, y me arrastras lejos de la mía?»

Durante ese tiempo de oración, el Señor pareció decirme: «Yo no te estoy llamando *en contra* de tu amor hacia Kimberly y los niños, sino precisamente *por* tu amor y mi amor hacia ellos. Scott, necesitas la plenitud de gracia en la Eucaristía para que yo pueda amarlos a ellos a través de ti.»

«Señor, ¿no podrías decirle eso a ella Tú mismo?», le supliqué.

Fui a hablar con Monseñor Bruskwitz, que era entonces párroco de la iglesia de San Bernardo. (Ha llegado a ser obispo de Lincoln, Nebraska.) San Bernardo era la parroquia más fiel a la doctrina, y también la más vital, de la zona. Tenía yo la esperanza de que podría convertirse en hogar espiritual para mí. No me engañaba.

Monseñor escuchó mi larga odisea teológica. Como teólogo bien preparado, él podía comprender toda mi búsqueda y mi lucha. Me hizo ver que no habría ningún obstáculo para que yo entrara en la Iglesia católica durante la Vigilia Pascual. Sin embargo, como sagaz pastor que era, se dio cuenta de que yo necesitaba también consejos prácticos.

Escuchó pacientemente mi programa para mi Primera Comunión: una semana de oración que terminaría con tres días de ayuno hasta llegar a la Vigilia Pascual. Después, con fina sabiduría y gentileza me preguntó: «¿Y cómo encajan Kimberly y los niños en todo esto?»

Tuve que admitir avergonzado que, de algún modo, los había dejado fuera de mis planes. Monseñor propuso:

–¿Puedo ofrecerte un plan alternativo?

–¡Claro que sí! –le dije con pena.

–¿Por qué no prodigas tu amor y tus atenciones con ellos durante toda la semana, y terminas con un estupendo picnic en el parque el sábado, antes de darte yo la Primera

Comunión esa noche?

Gracias sean dadas a Dios por la sabiduría pastoral.

La Vigilia Pascual de 1986 fue un momento de verdadera alegría sobrenatural, ligado a una gran tristeza natural. Recibí la «combinación ganadora» sacramental: el Bautismo condicional, la Reconciliación, la Confirmación y la Primera Comunión. Regresé a mi banco y me senté al lado de mi acongojada esposa, a la que amaba con todo mi corazón. Le puse mi brazo alrededor, y empezamos a orar. Sentía que Cristo mismo, por medio de su Eucaristía en mí, nos abrazaba a los dos.

Era como si el Señor dijera: «Scott, esto no depende de tus sentimientos. Por mi entrega en la Santa Eucaristía, puedes confiar en mí ahora más que nunca. Ahora habito en tu cuerpo y en tu alma, de un modo más fuerte que nunca.»

Le agradezco al Señor que utilizara la Santa Comunión para asegurarme que Él velaría por nosotros en las dificultades que nos esperaban.

Kimberly:

Nuestro traslado a Milwaukee supuso alejarnos de la familia, de los amigos y de nuestra iglesia, y llegar a un lugar extraño para los dos. No conocíamos a nadie allí.

A pesar de que asistíamos juntos a una iglesia protestante, yo disponía del tiempo que le faltaba a Scott para hacer amigos. Pero el hecho de estar en una Universidad católica le proporcionaba a él más oportunidades de tener amigos católicos. Así que, seguíamos alejándonos el uno del otro en este sentido, desarrollando amistades separadas.

La mayor parte de mi tiempo estaba dedicado a cuidar de nuestros dos hijitos. Pero al ser cada vez más consciente de la magnitud de la industria del aborto y la pornografía a nuestro alrededor –nueve clínicas de aborto y cinco librerías «para adultos», tan sólo en el centro de Milwaukee–, me impliqué en combatirlos. Así que, me quedaba muy poco tiempo y menos ganas para estudiar. Mi esperanza era que en *Marquette* hubiera alguien que pudiera hacer lo que hasta ahora nadie había logrado: evitar la deserción de Scott hacia Roma.

Nunca habría imaginado que Scott adelantaría su fecha de adhesión a la Iglesia católica de 1990 a 1986. Faltando unos diez días para Pascua, salió de su estudio para decirme: «Kimberly, Gerry y Leslie serán recibidos en la Iglesia católica durante la Vigilia de Pascua. Necesito que escuches lo que hay en mi corazón: Desde que he empezado a ir a Misa en la Universidad deseo ardientemente recibir al Señor en la Eucaristía. Y estoy ya tan convencido de que la Iglesia católica está en la verdad, que si no me uno a ella ahora y recibo al Señor así, creo que estaría desobedeciéndole. Tú y yo sabemos que obediencia tardía es desobediencia».

Me sentí destruida. Él me había prometido: «No antes de 1990.» Y sin embargo, yo podía ver su profundo conflicto interior entre la promesa hecha, por un lado, y su cada vez más firme convicción, por el otro. No podía interponerme en el camino de su obediencia al Señor, no importaba lo que eso significara para su carrera y para el

bienestar de nuestra familia. Scott debía dejarme espacio libre para que el Espíritu Santo abriera mi corazón, y yo debía liberarle a él de su promesa de esperar hasta que yo estuviera dispuesta a unirme a él, para que pudiera seguir adelante en obediencia al Señor, como él la entendía.

Esa noche escribí en mi diario de oración acerca de la intensa soledad y el sentimiento de abandono que me embargaba. Escribí: «Señor, ¿a quién puedo ir con mi profunda herida?» Y con cierto sarcasmo añadí: «¡Y no me digas que busque a María y a los santos!»

Apenas quedaban diez días para la Pascua. Eso significaba que teníamos sólo diez días para avisar a la familia y hacerles saber lo que hasta ahora habíamos mantenido más o menos en silencio. Teníamos apenas diez días para llamar a nuestros amigos teólogos, con la esperanza de que alguno pudiera disuadir a Scott, antes de que diera el salto hacia la Iglesia católica. (Los profesores se veían en una posición muy difícil tratando de responder a las objeciones que Scott había estudiado durante años. Pero el hecho de que tan pocos de ellos trataran de detenerle, cuando él podría estar hundiendo su alma en la ruina, y con sus talentos hundir luego a otras almas, aumentó el sentimiento de abandono que yo tenía.)

Era muy difícil saber cómo hablar del tema de un modo que no comprometiera la lealtad que ambos nos debíamos. Si yo hubiera mencionado a mi familia o a la de Scott qué profunda era mi pena, esto hubiera causado un tremendo enfrentamiento entre ellos y Scott. Era una cuestión de lealtad para los dos. Teníamos que protegernos el uno al otro, por el bien de nuestro matrimonio y el de nuestra familia, y no revelar a nadie la tremenda pesadumbre que ambos sentíamos. Pero esto hacía más intensa la soledad.

Yo me sentía profundamente engañada. No tenía nada contra los católicos, pero no hubiera buscado a uno como novio. ¡Y ahora resultaba que iba a estar casada con uno!

Acompañé a Scott a la Misa de la Vigilia Pascual con una de mis queridas amigas protestantes. Allí estaba Chris Wolfe como padrino de Scott. En cierto momento, Scott se inclinó y me dijo que Greg Wolfe (no era pariente de Chris) iba a ser el padrino de Gerry esa misma noche, cuando él y Leslie fueran recibidos en la Iglesia católica en Philadelphia. Esboqué una sonrisa forzada, pero no dije nada; resultaba más que irónico que ambos hombres fueran conducidos por dos «lobos»^[7] hacia la Iglesia católica.

Por un lado, la mayor parte de la ceremonia me fascinó: Hubo muchas lecturas de la Escritura que narraban las diversas alianzas establecidas por Dios en el Antiguo Testamento, hasta llegar a Cristo. (¡Yo no me imaginaba que los católicos leyeran tanto la Biblia!) Muchos elementos de la liturgia me recordaban al culto judío en el Antiguo Testamento, con el incienso, las reverencias, el altar y el sacrificio. Y la alegría de la gente era muy grande (como si de verdad creyeran en todo lo que estaban haciendo y diciendo).

Sin embargo, por otro lado, me sentía morir por dentro. Ante mis propios ojos, Scott se estaba comprometiendo con una Iglesia que nos separaría de momento, y quizá para siempre. Nunca más podríamos recibir la Comunión uno al lado del otro, a menos que uno de los dos cambiara de modo de pensar (y no era difícil imaginar quién era esa

persona). Este gran signo de unidad cristiana se transformó en nuestro símbolo de desunión. Y la alegría de la gente era como un puñal en mi corazón, porque lo que les alegraba a ellos era para mí causa de indecible dolor.

Después de la misa alguien tomó una cámara para hacer una fotografía de todos con Scott. Quise escaparme del grupo, pero Scott insistió en que yo también apareciera en la foto. Yo pensaba: «¿Para qué quiero tener un recordatorio de la peor noche de mi vida?». A pesar de que todos los amigos de Scott fueron muy amables conmigo en la celebración que siguió, era desesperante ver la admiración que mostraban hacia él, cuando nuestro matrimonio estaba atravesando el peor momento que nunca habíamos tenido.

[7] El apellido Wolfe se pronuncia como «Wolf», que es «lobo» en inglés. Kimberly parece evocar Mt 7, 15.

7. Los problemas de un matrimonio mixto

Scott:

Comenzaron a llamar amigos llenos de curiosidad. La conversación típica discurría más o menos así:

–Scott, acabo de oír un rumor malintencionado –yo sé que no puede ser cierto– , ¡que te has convertido en un católico romano!

Y yo contestaba:

–Pues sí, ¿puedes creerlo? Por la gracia de Dios, me he convertido al catolicismo, y nunca podré agradecerérselo bastante.

La conversación solía terminar en este punto de forma más o menos abrupta:

–Oh..., ya veo. Bueno, Scott, por favor, da recuerdos a Kimberly y dile que rezamos por ella.

Sospecho que lo que en realidad querían dar eran sus condolencias. En la práctica, era como si yo hubiese muerto y me hubiera reemplazado un papista impostor, dada la forma en que la mayoría de ellos me trataban.

Amigos íntimos se distanciaron. Miembros de mi familia dejaron de hablarme y me dieron la espalda. Uno de mis compañeros de estudios, graduado conmigo y ferviente evangélico, se convirtió en ex-amigo de la noche a la mañana. Lo irónico de todo esto es que, no mucho tiempo atrás, yo había sido mucho más anti-católico que cualquiera de ellos. De hecho, la mayoría no se consideraban en absoluto anti-católicos, a pesar de que no hubieran siquiera fruncido el entrecejo si yo simplemente me hubiera unido a los luteranos o a los metodistas. Me hacían sentirme como un leproso.

En ningún momento hubo el menor deseo de dialogar, y mucho menos de discutir. Mis razones no importaban para nada, porque yo había hecho lo inimaginable. Había cometido una traición, un vil crimen.

Pero el dolor y la desolación no podían compararse con la alegría y la fortaleza que surgían de saber que yo estaba haciendo la voluntad de Dios y obedeciendo su Palabra. Comparados con el privilegio de ir diariamente a Misa y recibir la Santa Comunión, mis sacrificios parecían mínimos. Aprendí también que estos sufrimientos podían unirse al sacrificio eucarístico de Cristo, con un efecto real y con mucha consolación. En medio de todo esto, me sentía llevado hacia una más profunda intimidad con Nuestro Señor y con Nuestra Señora. El sufrimiento hacía el romance más real.

Mientras tanto, Kimberly y yo estábamos navegando en aguas cada vez más turbulentas. Pasaban los días y las semanas sin que compartiéramos nada de tipo espiritual. Lo menos que ella deseaba era escucharme hablar acerca de los beneficios de

la misa diaria o la meditación de los misterios del Rosario. Mientras mi vida interior avanzaba animosa, mi matrimonio retrocedía. Y lo que hacía esto aún más penoso era saber que, muy poco tiempo atrás, habíamos compartido momentos tan ricos de nuestro apostolado. Me preguntaba si alguna vez las cosas volverían a ser como antes; si nuestro matrimonio podría sobrevivir a este período de prueba y agonía.

Sólo el Señor, por medio de la gracia del sacramento del matrimonio, nos hizo seguir adelante, como más tarde ambos reconoceríamos. Le oí decir una vez a un sacerdote: «El matrimonio no es difícil; es más bien humanamente imposible. Por eso Cristo lo restableció como un sacramento».

Kimberly seguía manteniendo la esperanza de que apareciera alguien que lograra convencerme. Un pastor calvinista llamado Wayne decidió reunirse con nosotros. Después de un par de sesiones de más o menos cuatro horas, Wayne le dijo a Kimberly:

–El Papa va a excomulgar muy pronto a Scott por ser demasiado bíblico.

–¿Cuáles son sus puntos débiles?

–Bueno, no sé. Sus argumentos están apoyados en la Biblia y en la alianza. Pero no son católicos. No pueden serlo.

Yo sospechaba que Kimberly se preguntaba en secreto cómo de bíblico era el catolicismo, pero ciertamente ella no compartiría conmigo tales «dudas». Habíamos llegado al punto en que casi no podíamos hablar de nada, sin caer en una disputa doctrinal; cualquier intento de afrontar con sinceridad nuestras diferencias terminaba en enojo y frustración.

Yo animaba a Kimberly a escuchar mis discusiones con otras personas acerca de aspectos controvertidos de la doctrina católica. Este acercamiento indirecto demostró ser fuente de menos tensión en nuestras relaciones, que cuando nos enfrentábamos a solas.

Para alejarme de las tensiones domésticas y de las presiones académicas, empecé a dar un curso bíblico semanal en mi parroquia, San Bernardo. Monseñor Bruskwitz me brindó el mayor apoyo, y era él mismo, con su sólida predicación, el que alentaba el interés de los feligreses de conocer mejor la Biblia. Era alentador para mí ver –y para Kimberly oír– la insaciable hambre de Sagrada Escritura que ellos tenían. ¡Qué gran privilegio era poder abrir la Palabra de Dios para compartir los tesoros de la fe de la Iglesia con mis nuevos hermanos y hermanas católicos! Después de una sesión especialmente animada sobre «Una explicación bíblica de las indulgencias», un viejo parroquiano llamado Joe proclamó:

–¡Sí, señor! A veces tiene que ser uno de fuera el que nos explique lo de dentro.

Pocos meses después de haber sido recibido en la Iglesia católica, algunas dudas empezaron a asaltarme, no sobre si me habría equivocado o no al convertirme al catolicismo, sino sobre si no habría cometido un suicidio profesional al haberme quedado sin ninguna opción de trabajo. Después de todo, me preguntaba, ¿cómo puede un experto en teología evangélica convertirse en un humilde aprendiz de teología católica? No es que no estuviese encantado con el estudio de la teología católica; sino que no veía en la práctica cómo con eso podría llevar el pan a nuestra mesa.

Decidí llamar a mi padre, quien aún dirigía en Pittsburgh nuestro negocio familiar

«*Helm and Hahn*», una pequeña compañía que diseñaba y producía joyas. Pocos años antes, él había empleado a mi hermano mayor, Fritz. Tenía la esperanza de que tuviera un puesto disponible para otro miembro de la familia.

–Papá, ¿por casualidad tienes trabajo en el taller para un ex-teólogo evangélico?

Después de una pausa, me contestó con un tono de profundo pesar:

–Scotty, me encantaría tenerte trabajando con nosotros. Tú lo sabes. Pero por ahora no puedo ofrecerte trabajo. La economía está mal por aquí, y el negocio de joyería en general ha decaído en todo el país. Hemos tenido que hacer recortes y ajustes por todos lados. Lo siento mucho, hijo.

–No te preocupes, papá. Sólo tenía la esperanza de encontrar trabajo para mantener a mi familia.

–Scotty, ¿de qué estás hablando? Recuerdo perfectamente haberle oído decir al rector de tu universidad que te quería de vuelta lo antes posible para enseñar teología allí. ¿Y qué hay de tus profesores del *Gordon-Conwell*? ¿No te dijeron ellos que sacaras tu doctorado para regresar a enseñar allí también?

–Sí, papá, pero eso era antes de que yo fuese católico. Ahora soy *persona non grata* en ambos lugares. Ninguno pensaría siquiera en contratar a un paria papista como yo.

–Scotty, me apena oír eso. Pero aún hay algo que yo te diría, y es que no renuncies aún a la teología. Tú tienes amor para estudiarla y un don para enseñarla. Si yo fuera tú, me mantendría en ella todavía por un tiempo.

Gracias sean dadas a Dios por la sabiduría paterna.

Me pesaba más que antes el verme ahora con una familia en aumento, pero sin las herramientas para mantenerla. Me acosaba la idea de que jamás tendría el tiempo suficiente para dominar el latín, y mucho menos para los escritos de Tomás de Aquino, Buenaventura, Cayetano, Belarmino y tantos otros venerables. ¿Cómo podría llegar a enseñar teología católica?

La ayuda y el consuelo surgieron de dos fuentes. Primero, de mis previos estudios de filosofía en *Grove City College*, donde me había entusiasmado y empapado con la filosofía de Santo Tomás. A pesar de mi actitud anti-católica, supe que era algo bueno desde que lo descubrí, y en mi mente nadie se podía comparar con Aquino. Desde luego, yo había descartado todo lo que era específicamente católico de sus escritos. (Pobre Tomás –pensaba yo–, nació demasiado temprano; mucho antes de que la luz de Lutero y Calvino pudieran guiarlo.) Pero había devorado sus escritos filosóficos, especialmente su metafísica, adquiriendo de paso la más bien extraña e inverosímil reputación de ser un «evangélico tomista».

El consuelo vino también de una segunda fuente; propiamente de un amable y anciano sacerdote, bibliotecario emérito del seminario *Saint Francis*, el Padre Ray Fetterer, quien se apiadó de este pobre graduado presbiteriano que trataba de ilustrar su paso hacia la Iglesia católica. Cada vez que un convento, monasterio o colegio cerraba sus puertas en la región, sus bibliotecas eran enviadas al Padre Fetterer, para ser clasificadas y amontonadas en un viejo gimnasio subterráneo.

Decenas de miles de viejos libros de teología, escritura, filosofía, historia y literatura,

terminaban en los estantes, para que personas interesadas pudieran hojearlos y comprarlos a precio de ganga, fijado por un anciano sacerdote filántropo. Descubrí esta mina de oro por accidente, ya que no la anunciaban y rara vez la abrían, generalmente sólo tras fijar una cita. Al cabo de un año, había adquirido literalmente veintenas de cajas de libros; y como él se compadecía tanto de mi mala situación, yo pagaba sólo una parte de los ya bajos precios que cobraba normalmente. Era como un sueño hecho realidad para mí: ¡Por la gracia de Dios, la generosidad de un sacerdote trajo la fortuna a este converso!

Por unos pocos cientos de dólares, terminé poseyendo miles de libros, incluidos clásicos tales como los sesenta volúmenes de la edición Blackfriars de la *Summa Teologica* de Santo Tomás de Aquino (en latín e inglés), más de dos docenas de volúmenes de las *Obras del Cardenal John Henry Newman*, el monumental *Dictionnaire de Théologie Catholique* en quince enormes volúmenes, la vieja *Catholic Encyclopedia*, la *New Catholic Encyclopedia*, junto con cientos de libros de comentarios escriturísticos y escritos patrísticos, por no mencionar varias décadas de valiosas revistas teológicas, tales como *The Thomist*, *Theological Studies*, *Communio*, *American Ecclesiastical Review*, *Catholic Biblical Quarterly*, *Revue Biblique*, *Biblica* y *Vetus Testamentum*. Por la gracia de Dios me encontré en posesión de una biblioteca personal de teología, filosofía e historia católicas que hubiera sido una bendición para cualquier seminario. ¿Qué iba yo a hacer con semejante tesoro?, ¿meterme a joyero?

Dios utilizó este consuelo para restaurar en mí la confianza de que Él supliría lo que hubiese faltado en mi formación como teólogo católico. Además, me di cuenta de que en aquel momento no había en realidad instituciones católicas en las cuales un laico como yo pudiera recibir una formación doctrinal rigurosa dentro de la tradición católica, aunque yo hubiese tenido el dinero y el tiempo suficiente para ello. Seguía, pues, preguntándome si habría o no un lugar para mí dentro de la Iglesia.

Una noche recibí una llamada del Dr. John Hittinger, profesor de filosofía en el *Saint Francis College* de Joliet, Illinois. Representaba a un comité de búsqueda que trataba de encontrar un profesor de teología con la cualificación necesaria para dar cursos de distintos niveles al siguiente año, especialmente a estudiantes universitarios católicos.

Yo no me consideraba particularmente cualificado, ni había siquiera preparado un *Curriculum vitae*, ni mucho menos lo había hecho circular. Y como no había presentado mi solicitud para este trabajo (ni para ningún otro), allí estaba yo sentado, preguntándome, mientras hablábamos, dónde habría conseguido aquel profesor mi nombre. Cuando se lo pregunté, se refirió a un «amigo de confianza» en el departamento de teología de *Marquette*, que me había recomendado. Me sentí tan sorprendido como agradecido.

En aquel momento, sin embargo, yo todavía esperaba poder dedicar el siguiente año, como estudiante a tiempo completo, a escribir y defender mi tesis doctoral. Pero nuestra economía estaba tan justa, que me preguntaba si podría permitírmelo. Era cada vez más dudoso. No obstante, aun en el caso de que pudiera lograrlo, siempre me sería útil la experiencia de pasar por una entrevista de trabajo en una institución católica. Además,

John me había dicho que había más de treinta candidatos para el puesto, así que, de todos modos, ¿cuáles eran mis posibilidades?

La entrevista resultó muy bien; estaban interesados en mí. Quizá fuera por mi entusiasmo como neófito. En todo caso, la situación era atractiva. En esta institución el rector estaba interesado en restaurar la identidad católica del *college*, después de que ésta hubiera sido seriamente dañada por años de presiones financieras, académicas y espirituales. Parecía un reto apasionante. Después de una segunda entrevista y mucha oración, decidí aceptar el empleo.

En esa época, Kimberly y nuestros dos niños no iban a misa conmigo. Monseñor Bruskewitz dijo que, dada nuestra particular situación, se me permitiría acompañarlos a la iglesia de Elmsbrook, siempre y cuando esto no pusiera en riesgo mi fe católica. Yo iba sencillamente para traer un poco de paz a nuestros domingos.

Un domingo por la mañana, en Elmsbrook, estábamos de pie cantando el himno final, cuando de pronto Kimberly se volvió hacia mí, pálida como un fantasma, y murmuró: «Scott, me siento muy mal». Se sentó a mi lado, mareada y medio inconsciente. Mientras la congregación salía, Kimberly me agarró la mano, apretando fuertemente: «Scott, estoy sangrando mucho.» En aquel momento ella estaba a mediados de su tercer embarazo.

La acosté sobre el banco y, sin saber qué más hacer, me lancé al teléfono público para tratar de localizar a nuestro ginecólogo. En una mañana de domingo, ¿qué probabilidades podría tener? Además, él era nuevo en la ciudad. Pero esto no me impidió rezar –intensamente– a San Gerardo y San José.

La secretaria del doctor no sabía dónde podía estar, pero trataría de localizarle a través del buscador. Cuando colgué, me sentía al borde de la desesperación: «Señor, ¿por qué nos viene ahora esto? Kimberly de por sí se siente ya abandonada por ti, estando las cosas como están».

Menos de dos minutos más tarde, el teléfono sonó. Lo levanté preguntándome quién podría ser:

–¿Diga?

–Soy el doctor Marmion. ¿Puedo hablar con Scott Hahn?

–¡Oh, sí! Soy yo, doctor Marmion.

–Scott, cuál es el problema?

–Kimberly tiene una seria hemorragia.

–Scott, ¿dónde estáis?

–Estamos en las afueras de Milwaukee, en un pueblo llamado Brookfield.

–¿En que sitio de Brookfield?

–En la iglesia de Elmbrook, bastante a las afueras.

–¿En qué parte de la iglesia?

–Estoy fuera del santuario, exactamente frente a la puerta principal.

–Subo enseguida. ¡Ocurre que casualmente estoy visitando Elmsbrook esta mañana. Estoy justamente debajo de ti, en el sótano!

Medio minuto más tarde, el doctor Marmion estaba junto Kimberly, el tiempo suficiente para que yo invocara de nuevo a San Gerardo pidiéndole que intercediera por

nosotros. El doctor nos ordenó irnos de inmediato al hospital de San José, diciendo que nos esperaba allí. Unos amigos se llevaron a nuestros niños, y nosotros dos nos «precipitamos» hacia el hospital.

Una vez allí, fuimos conscientes de que el Señor había salvado a nuestro bebé, y que, con un diligente cuidado por nuestra parte, la condición de «placenta previa» no nos robaría a nuestro hijo.

Por primera vez después de mucho tiempo, alabamos juntos a Dios desde lo más profundo de nuestros corazones.

Kimberly:

Yo trataba de ajustarme en lo posible a la nueva vida de Scott como católico. La semana después de Pascua, él dirigió un estudio bíblico en nuestra casa, y yo también asistí. Cuando se le pidió a un joven que rezara una oración para empezar, inmediatamente él recitó un Ave María. Me fui de la sala en agonía, caí de rodillas en mi dormitorio, y lloré amargamente: ¡cómo se había atrevido a pronunciar esas palabras en mi casa, restregando sal en mis heridas todavía abiertas por la conversión de Scott!... Más tarde traté de unirme a ellos de nuevo, pero sus comentarios y expresiones de piedad católica eran insoportables. Muy pronto Scott trasladó el estudio bíblico fuera de nuestra casa, por lo que le quedé muy agradecida.

Scott nunca hizo de su fe católica un «asunto de sumisión» entre nosotros, obligándome a someterme a su liderazgo espiritual cuando mi corazón no podía aún admitir lo que mi mente no aceptaba. Aunque él ansiaba con todo su ser tenerme a su lado en misa, que compartiera su gozo en la Iglesia y le ayudara en su ministerio, no abusaba de su posición de líder espiritual de nuestra familia para exigirme hacer algo en contra de mi conciencia. De hecho, él me respetaba por mantener mis creencias, aunque cuestionaba mi continua resistencia a examinar las cuestiones que causaban nuestra separación espiritual.

Sin embargo, ambos sabíamos –y era mi profunda convicción– que nuestros niños pertenecían primordialmente a Dios bajo la guía espiritual de Scott. Eso quería decir que tarde o temprano, en algún momento, ellos serían educados como católicos, independientemente de que yo fuera protestante o católica. El que yo pudiera ser pronto el único miembro protestante de mi familia me resultaba tremendamente doloroso. Apenas podía soportar la idea de la soledad que sentiría en tal situación.

De hecho, al poco tiempo, esto perturbó mi profundo deseo de tener otro niño. ¡Le dije a Scott que no iba a procrear más niños para el Papa! Afortunadamente, en unas pocas semanas, el Señor utilizó mi deseo de tener más hijos y mi amor hacia Scott, para abrir mi corazón respecto a su voluntad. Tenía que ser obediente al Señor en eso de estar abierta a nuevas vidas, y confiarle a Él las consecuencias que pudieran derivarse de su pertenencia a la Iglesia.

Generalmente Scott guardaba sus objetos religiosos –como rosarios, escapularios y

estampas— en su escritorio, pero a veces yo los encontraba sobre la cómoda. Empecé a notar en mí ciertos celos hacia María (similares a los que, según había oído, los hombres sentían hacia Jesús cuando sus esposas se convertían en cristianas). Yo estaba en clara desventaja: ella era supuestamente pura, amable, maravillosa compañía, gentil, compasiva; en contraste, yo no manifestaba la misma amabilidad con Scott. Cuando él salía a caminar, yo sabía que era para rezar el Rosario a María. Le agradecía que no lo rezara delante de mí; pero me sentía celosa de que él pudiera dedicar tiempo a pasear y hablar amenamente con ella, y no pareciera tener tiempo para hacer lo mismo conmigo.

Un día, mientras Scott se estaba preparando para dar su testimonio de su conversión al catolicismo, yo estallé:

—No puedo entender por qué Dios puede tomar a una joven pareja, unos esposos bien instruidos y comprometidos con una visión unánime de la vida y un apostolado en común, para poner sus vidas totalmente al revés, de modo que ahora vayamos en direcciones totalmente diferentes. ¿Por qué habría querido Él hacer eso?

No me esperaba la respuesta de Scott. Él me dijo:

—¿Será posible que Dios nos ame tanto? Ya que por ti misma nunca te hubieras interesado por conocer el catolicismo, quizá Él me ha convertido a mí primero y me ha hecho pasar por toda esta terrible soledad —aislado de muchos protestantes, y de tantos católicos de la universidad, a quienes ni les va ni les viene lo que he hecho, por no hablar de la soledad entre nosotros dos—, para poder mostrarte gradualmente la belleza de la Iglesia católica..., para acogerte también a ti en su seno, para bendecirte con sus sacramentos..., para darte en plenitud la fe que tú ya posees.

Le dije:

—Es difícil ver todo eso como amor, pero supongo que es posible.

Tenía que admitir que, ciertamente, por propia iniciativa yo nunca me hubiera interesado por el catolicismo. Y añadí:

—Sólo que no esperes verme ir corriendo por ahí para dar mi testimonio, si es que me convierto.

A lo que Scott respondió rápidamente:

—Yo no quiero que tú te conviertas sino hasta que no estés ansiosa de compartir tu fe.

Diciendo esto, se alejó por la puerta, y allí me quedé yo de nuevo, sola con mis pensamientos.

Las olas del sufrimiento nos hundían por separado, mientras contemplábamos la muerte de tantos sueños. Sé que el sufrimiento es una emoción que puede sonar demasiado fuerte para aplicarla a nuestro caso, pero realmente no me viene a la mente una palabra mejor. Ambos estábamos padeciendo una muerte lenta, sin tener siquiera la seguridad de que pudiese haber resurrección alguna más adelante. Scott por lo menos tenía el consuelo de creer que estaba haciendo la voluntad de Dios. Yo no tenía esa clase de certeza.

Mi amargura era diferente de la suya. Yo sufría por no poder ya ser la esposa de un pastor, lo que había sido el sueño de toda mi vida. No veía cómo encajar en la misión de Scott de formar sacerdotes, que era lo que él ahora afirmaba querer hacer; habíamos

planeado aconsejar a jóvenes parejas en su matrimonio, lo cual no tiene cabida en un seminario católico.

La posibilidad de regresar ya fuera al *Grove City College* o al seminario teológico *Gordon-Conwell* para enseñar, un sueño más que ambos habíamos tenido, se había esfumado. El futuro era incierto respecto a que Scott pudiese alguna vez volver a enseñar al nivel para el cual había sido formado.

Siempre había deseado que todos mis hijos se dedicaran a tiempo completo a servir al Señor, pero ahora me daba cuenta de que si ellos lo hacían, debería resignarme a no tener nietos. (Como protestantes, mi padre, hermano y esposo eran ministros casados, así que nunca habíamos tenido que pensar en el celibato.)

Y, aunque parezca una minucia, temía la posibilidad de que nuestra casa se viera abarrotada de artículos religiosos. Cuando un amigo nos dio un crucifijo en presencia de un grupo de personas, me quedé sin habla. Todo lo que pude pensar fue: «¡Ya tienes a mi esposo; no quieras ahora decorar mi casa!»

Afortunadamente, Scott tuvo el acierto de decir, al aceptarlo:

–Ya sé exactamente dónde lo voy a poner en mi estudio.

Nuestro querido amigo no tenía ni idea de la pena que me causaba con esto. Y no había nadie con quien compartirla para sentir alivio.

No manteníamos ya ninguna conversación teológica de cierta profundidad que no terminara en áspera disputa. Scott había sido mi mejor amigo, con quien había compartido mi sufrimiento. Pero ahora, ¿cómo podía yo hacer esto si era precisamente él la causa mayor de mis pesares? También Scott hubiera podido sobrellevar más fácilmente su soledad si me hubiera tenido a su lado, pero yo no podía ni quería ayudarlo a llevar el peso; al fin y al cabo, había sido una decisión suya, y éstas eran las consecuencias.

Realmente Scott sufría un atroz aislamiento. Era malinterpretado y rechazado por muchos amigos protestantes, que no le hablaban por las mismas razones por las cuales yo no le hablaba. (Algunos amigos aguantaron con nosotros hasta que yo me convertí; a partir de entonces, éstos también rechazaban nuestra amistad.) Él sentía que algunos antiguos profesores ni siquiera pensarían que valiera la pena tratar de convencerlo de que estaba equivocado. Y no podía entender tampoco la indiferencia de muchos católicos de Marquette, que mostraban un total desinterés hacia su experiencia, en vez de ofrecerle acogida por todo lo que él había arriesgado y dejado atrás. Y, para colmo, había empezado a vivir como católico en una familia protestante, yendo a misa solo (lo que siguió haciendo durante dos años y medio), y sin compartir lo relevante de su fe con sus hijos, debido a que el tiempo oportuno aún no había llegado.

La situación entre nosotros era cada vez más insostenible. Habíamos sido tan amigos y compartido tanto de nuestras vidas. En el seminario muchas esposas no se interesaban por los estudios de sus esposos más de lo que se interesarían por entender hojas de balance o leyes de impuestos si sus esposos fueran contables. Pero yo había caminado siempre al lado de Scott, estudiando con él, leyendo sus textos y aprendiendo de él. Ahora, en vez de compartir sus descubrimientos y alegrarme con él, odiaba saber los

detalles. Opté por leer sus trabajos sin mucha atención, aunque era yo quien los mecanografiaba. (Si se copia con suficiente rapidez, uno no necesita leer el texto.) ¿Cómo podía Scott compartir su carga de sufrimiento conmigo, cuando era yo la mayor causante de ese dolor?

Mi único consuelo era la Biblia. Pero empecé a temer buscar en ella, porque Scott insistía en que la Biblia decía algo diferente de lo que yo pensaba. Scott proclamaba que la Biblia le había llevado a la fe católica. ¡Pero la Biblia era la base de mi fe! En una ocasión me lanzó esta pregunta:

–¿Cuál es la columna y el fundamento de la verdad?

Rápidamente repliqué:

–La Palabra de Dios.

Me dijo:

–Entonces, ¿por qué San Pablo en 1 Timoteo 3, 15 dice que es la Iglesia? ¿Por qué no se les viene a la cabeza esta respuesta a los protestantes?

–Porque eso está sólo en tu Biblia católica, Scott.

Él entonces abrió mi Biblia y me mostró ese versículo, que yo no recordaba haber leído nunca antes.

No teníamos sencillas conversaciones sobre teología: teníamos auténticos debates teológicos. A veces nuestras discusiones duraban hasta las dos o tres de la madrugada; y todavía al día siguiente, a la hora del desayuno, Scott se preguntaba si se me habían ocurrido nuevas ideas. Empezábamos tratando de mantener una discusión cordial sobre teología, pero siempre se volvía muy penosa y difícil. Entonces nos deteníamos, echábamos pie atrás, cada uno a nuestra respectiva esquina por un rato. Era una renovada aflicción.

Algunos amigos me decían que una esposa debía someterse a su esposo, no importaba lo que ella tuviera en su cerebro. No entendían por qué no daba un paso adelante y me convertía. Otros amigos protestantes me recordaban continuamente que seguían rezando para que yo pudiera sostenerme hasta que Scott recapacitara. Y había católicos que pensaban: ¿Cuál es el problema? Si María es una molestia para ti, sencillamente déjala de lado.

Scott seguía conmigo porque no estaba a favor del divorcio. Y, de hecho, yo tampoco. Cuando nos casamos, acordamos que ni siquiera haríamos bromas con esta palabra; así de profundo era nuestro sentir al respecto. Y sin embargo, hubo dos momentos en ese primer año que siguió a la conversión de Scott, en los cuales, dando vueltas alrededor de nuestra casa, me pregunté: ¿Puedo dejarle? Hasta pensaba a qué hotel me iría y qué haría después, porque no soportaba el peso de esta aflicción: físicamente hería mi corazón, y emocionalmente me sentía devastada. En lo único que podía pensar era en irme.

Pero sabía que no podía apartarme de Scott sin apartarme al mismo tiempo de Dios. Y apartarme de Dios sería condenarme a mí misma al infierno. La existencia de ambos, Dios e infierno, era demasiado clara para mí como para seguir pensando en escapar, gracias a Dios. Así, en un plazo de diez minutos, Dios me daba fuerza suficiente para resistir diez más. Y luego podía mantenerme y aguantar por más tiempo.

Este pasaje del capítulo 3 de Lamentaciones expresa la agonía de mi corazón y mi lucha para recuperar mi esperanza en el Señor:

Ha clavado en mi corazón las flechas de su aljaba...
Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en las cenizas.
Mi alma está alejada de la paz. He olvidado lo que es la dicha.
Digo: «Ha fenecido mi gloria y la esperanza que me venía del Señor.»
Recuerda mi aflicción y mi amargura: es ajenjo y hiel.
Lo recuerda mi alma continuamente y se hunde dentro de mí.
Pero esto viene a mi mente y por ello tengo esperanza:
que el firme amor del Señor no se ha acabado,
ni se ha agotado su ternura.
Cada mañana se renuevan: ¡grande es tu lealtad!
Mi porción es Yahveh, dice mi alma, por eso en Él esperaré.

De algún modo, había esperanza; no por Scott o por mí, sino por la fidelidad del Señor. De algún modo, el Señor renovarí­a su misericordia hacia mí –y hacia Scott– para que tuviéramos cada día la gracia que necesitábamos en este difícil momento.

Scott amaba cada vez más los símbolos de la catolicidad, aunque sin ostentación. Hacía el signo de la cruz al rezar. Tenía un crucifijo en su oficina. Le escuché rezar un Ave María con un amigo. Cada una de estas cosas era una puñalada en mi corazón. Cada una era un recordatorio de nuestra desunión.

La ausencia del gozo de la salvación era muy intensa para mí. Y esto se hacía a veces especialmente penoso, porque yo podía adivinar cuánto gozo trataba Scott de disimular. Aun en medio de su dolor, él realmente tenía el gozo del Señor en modos nuevos, especialmente a través de la Eucaristía. Una y otra vez, le preguntaba al Señor en mi diario: ¿Dónde está el gozo de mi salvación? Yo sé que estoy salvada. Scott ni siquiera pone en duda eso, pero ¿dónde está mi gozo, y por qué el suyo es tan fuerte?

Yo era muy recalcitrante –es el mejor adjetivo que puedo usar–. Hubiera querido querer estudiar, pero tenía miedo de hacerlo. A veces él bajaba y me decía:

–Kimberly, ¿quieres leer tan sólo un párrafo de este artículo?

–¿Es acerca de María?

–Sí.

–Entonces no. Por favor, vete. ¿No podrías encontrar algo sobre lo que ambos podamos leer y conversar?

Un converso instruido y conversador no es una persona con quien resulte fácil convivir (en aquella época, yo quizá no había leído mucho, pero sí había escuchado suficiente teología como para obtener otro *master*.) Para él, convivir con una persona de mente cerrada y reacia a conversar, también era muy difícil.

Lo más duro en todo este tiempo, era no poder entender dónde estaba Dios, porque no podía decir si Dios estaba del lado de Scott o de mi lado. Después de una noche de derramar mi corazón ante el Señor con muchas lágrimas, escribí esta «conversación» con Dios en mi diario de oración:

«¿Estás en el cielo, irritado por este prolongado capricho emocional, o estás llorando

conmigo, Señor? ¿Me sostienes, o estás tirando de mí para levantarme? No quiero obligarte a tomar partido por Scott o por mí, Señor, pero, ¿dónde estás tú en todo esto?»

«Estoy en la cruz, sufriendo precisamente por los pecados que ambos estáis cometiendo ahora. Yo soy el Señor ascendido y entronizado, que os está llamando a un matrimonio que me ejemplifique a mí y a mi Iglesia.»

«¿Podemos hacer eso, Señor, en un matrimonio mixto?»

«No, esa no puede ser mi voluntad.»

«¿Cuál es tu voluntad, Señor, y cómo podemos seguirla mientras tratamos de descubrirla? ¿Cómo podemos crecer más en medio de este sufrimiento, Señor? ¿A quién puedo contarle mis penas? Por favor, renuévame el gozo de mi salvación. Que pueda yo alabarte mientras viva. Dígnate, oh Dios mío, a sanar mis heridas y a restaurarme. Por favor, dale fuerza a Scott en este tiempo de sufrimiento, y condúcele por los caminos de la verdad.»

La desesperación estaba constantemente a la puerta. Scott siempre había dicho que mi mayor defecto es ser patológicamente positiva. Pero durante este tiempo, tuve que luchar duramente contra la desesperación. Algunas de las cruces que cargábamos entonces se las había labrado cada uno; otras las labrábamos el uno para el otro.

Cuando una amiga católica rezó por mí, dijo que la frase que había recibido del Señor era que a Scott y a mí se nos había dado un «apostolado del Cuerpo destrozado de Cristo». La angustia que estábamos experimentando en nuestro matrimonio era similar a la tristeza y desgarramiento producidos por la Reforma y otros cismas. Dios nos había dado un precioso don que podía durar muy poco tiempo. Necesitábamos tratar de conservarlo como algo bueno. Yo no tenía idea de si ese era el plan de Dios, pero ciertamente sentíamos, día a día, el desgarramiento que desde la Reforma afectaba a las familias. Y ahora sufríamos también nosotros el dolor de esa separación.

Nuestra labor como voluntarios se convirtió en un lazo que nos ayudó mucho a trabajar juntos. Combatir, uno junto al otro, el aborto y la pornografía nos daba metas comunes y fortalecía nuestro matrimonio, tanto al ejercer una tarea común, como al aumentar nuestras amistades. Nos ayudaba a concentrarnos en lo que estaba alrededor, cuando mirar hacia lo interior se hacía demasiado penoso.

En la Navidad de 1986 supimos que venía otro hijo en camino. La frase que el Señor me sugirió fue: «hijo de la reconciliación». Yo decía continuamente: «Oh Dios, ¿significa esto que será un hijo católico? ¿Significa que tendré que hacerme católica?» E inmediatamente empezaba a rezar.

Mi siguiente reflexión era: ¿Cómo será bautizado este hijo? Era una cuestión crítica. Yo creía en el bautizo de los niños, pero asistía a una iglesia protestante que no creía en ello. Siempre había soñado con que mi padre bautizara a nuestros bebés, pero ya no veía cómo eso sería posible. Y además, bautizar como católico a mi bebé era admitir que pertenecía a la Iglesia católica.

Fue una decisión muy costosa. Yo mantenía esta lucha dentro de mí; pero Scott y yo en realidad nunca discutimos este punto. Dios fue muy bueno guiando mi corazón lejos

de cualquier disputa con Scott. Reconocerle como líder espiritual de nuestro hogar me hizo fácil el permitir que el bebé fuera bautizado como católico. Finalmente, llegué a tener una gran paz respecto a esto, y casi hice saltar a Scott de sus zapatos cuando con toda calma le pedí que hablara con Monseñor Bruskewitz para bautizar al bebé cuando naciera.

Poco antes de que nuestra hija naciera, tuve una importante conversación con mi padre. Él es uno de los hombres más piadosos que conozco, realmente el padre que yo necesitaba para conducirme a mi Padre celestial. Él detectó tristeza en mi voz, y me preguntó:

–Kimberly, ¿rezas tú la oración que yo rezo diariamente? ¿Dices: «Señor, iré donde tú quieras que vaya, haré lo que tú quieras que haga, diré lo que tú quieras que diga, y entregaré lo que tú quieras que entregue?»

–No, papá, en estos días no estoy rezando esa oración.

Él no tenía idea de la agonía que yo estaba sufriendo por el hecho de que Scott fuera católico. Dijo, sinceramente afectado:

–¡No lo estás haciendo!

–Papá, tengo miedo de hacerlo. Tengo miedo de que rezar esa oración, podría significar mi adhesión a la Iglesia católica romana. ¡Y yo nunca me convertiré en una católica romana!

–Kimberly, no creo que esto signifique que tengas que convertirte. Lo que sí significa es que o Jesucristo es el Señor de toda tu vida, o no es para nada tu Señor. Tú no le dices al Señor a dónde quieres o no quieres ir. Lo que le dices es que estás a su disposición. Esto es lo que más me preocupa, más que el hecho de que te hagas católica romana o no. De lo contrario, estarías endureciendo tu corazón para el Señor. Si no puedes rezar esa oración, pide a Dios la gracia de poderla rezar, hasta que puedas rezarla. Ábrele tu corazón: puedes confiar en Él.

Estaba asumiendo muchos riesgos al decir eso.

Durante treinta días recé diariamente: «Dios mío, dame la gracia de poder rezar esa oración.» Tenía mucho miedo de que al rezarla estuviera sellando mi destino: tendría que despojarme de mi capacidad de pensar, olvidar lo que hubiera en mi corazón, y seguir a Scott como una imbécil hacia la Iglesia católica.

Por fin, me sentí dispuesta a rezarla, confiándole al Señor las consecuencias. Lo que descubrí fue que yo misma me había hecho una jaula, y, en vez de cerrarla con llave, el Señor abrió las puertas para dejarme libre. Mi corazón saltaba. Ahora me sentía libre para querer estudiar y comprobar, para empezar a examinar las cosas con un cierto sentido de gozo otra vez. Ahora podía decir: «Está bien, Señor, no eran éstos mis planes para mi vida, pero tus planes son los mejores para mí. ¿Qué quieres hacer en mi corazón?, ¿en mi matrimonio?, ¿en nuestra familia?»

El 7 de agosto de 1987 nació Hannah Lorraine. Con gran alegría recibimos a nuestra primera hija, y con gran alivio de que la situación de placenta previa y el sangrado intermitente hubiera cesado. Este bebé es otro símbolo viviente del poder de la oración, y un testigo de nuestro permanente amor, incluso en medio de los mayores sufrimientos y

luchas.

Asistí al bautizo de Hannah sin ni siquiera saber si el sacerdote me iba a decir: «Señora Hahn, ¿quiere por favor sentarse allí mientras yo bautizo a su hija aquí?» Todo lo que sabía era que, en obediencia a Dios, ella tenía que ser bautizada como católica.

Desde el momento en que entramos, Monseñor Bruskewitz me dio la bienvenida, y me invitó cordialmente a hacer y decir todo lo que en conciencia yo pudiera hacer y decir. Aunque me mantuve callada durante la invocación a los santos, y en mi corazón disentía de su explicación sobre el bautismo, participé con el mayor entusiasmo que pude.

Me quedé asombrada de la belleza, inesperada para mí, de la liturgia bautismal. Era todo lo que yo hubiera querido pedir para mi hija. En cierto momento, justo antes de que el sacerdote terminara de rezar una increíble oración pidiendo que nuestra hija escuchara y respondiera a la Palabra de Dios, apreté la mano de Scott de pura alegría que sentía en ese momento. (Él se temió que yo estuviera aferrándome a su mano para no salir corriendo.)

Entonces Monseñor concluyó aquella oración con un «Amén y amén.»

Yo exclamé: «¡Amén!» No pude evitarlo (eso pudiera parecer normal para un baptista, pero yo había sido educada como presbiteriana). Todos nos reímos. Y Monseñor me aseguró que el sentimiento era compartido por todos.

No tuve la impresión de que Hannah quedara atada y encadenada por la carga de ser católica (como en algún momento llegué a temer), sino de que, por el contrario, ella había sido liberada para ser la hija de Dios que estaba llamada a ser. Al salir de San Bernardo aquel día, Dios estaba haciendo algo grande en mi interior. Le dije a Scott: «Sé que hoy es un día decisivo para mí.» No era ciertamente el único, pero sí uno muy importante.

8. Una «roma-antica» reunión

Scott:

Poco antes de mudarnos a Joliet, Kimberly y yo compramos nuestra primera casa a sólo tres manzanas del *Saint Francis College*. Nos trasladamos allí apenas un mes después de que Kimberly hubiera dado a luz a Hannah en Milwaukee. Ella estaba aún recuperándose de su tercera cesárea, mientras yo acababa de completar los requisitos de idiomas aprobando los exámenes de francés y alemán. Y en medio de todo esto, tenía aún que preparar los cuatro cursos que debía empezar a impartir en menos de dos semanas.

Trabajar con estudiantes de universidad resultó alentador y provechoso. Pronto me di cuenta de que muy pocos o ninguno de mis estudiantes católicos conocían realmente su doctrina, ni aun en lo más básico. Por eso era muy gratificante ayudar a «católicos en ciernes» a descubrir las riquezas de su propia herencia espiritual, especialmente de la Escritura. Empecé un curso bíblico semanal con una docena de jugadores del equipo de fútbol, y pasaba mucho tiempo con los estudiantes fuera de clase. Vivir a tres manzanas de la universidad demostró ser una gran ventaja para hacer nuevas relaciones.

En tres años llegué a descubrir que se necesitaba más que un sincero deseo por parte de unos cuantos miembros de la administración y de la facultad, para restaurar la identidad católica de una universidad que había avanzado ya bastante en el camino de la secularización. A veces era una verdadera lucha. Fue mi primer encuentro con católicos que habían abandonado su fe, pero no querían soltar sus posiciones de poder. Afortunadamente tuve el privilegio de trabajar en el mismo departamento con cuatro grandes colegas: John Hittinger, Greg Sobolewski, la hermana Rose Marie Surwillo y Dan Hauser.

Un día, en el trabajo, recibí una llamada telefónica de Bill Bales, uno de mis ex-amigos de seminario, que era ahora pastor presbiteriano en Virginia. Llamaba para disculparse por algo que había hecho cuando Kimberly y los niños, sin mí, habían estado de visita en su casa, casi un año atrás.

Bill habló en un tono calmado y contrito:

–Scott, necesito pedirte perdón.

–¿Por qué, Bill? ¡Para mí es un placer el solo hecho de que todavía quieras hablar conmigo!

–Scott, me temo que seas tú el que no quiera hablar conmigo cuando te diga lo que hice.

No necesitaba decir nada más para despertar mi curiosidad y recelo.

–Está bien, Bill, ¿qué fue lo que hiciste?

–Hace unos cuantos meses, tu esposa comentó conmigo tus argumentos católicos; creo que ella esperaba que yo le aportara mucha información para refutarlos. La verdad es que no tenía preparada ninguna respuesta; en vez de eso, le sugerí que considerase si no tendría ella bases bíblicas para divorciarse de ti.

Sus palabras fueron un duro golpe; pero me sentía tan contento de poder estar de nuevo en un plano de diálogo, que me recuperé muy rápido.

–No hay problema, Bill. Como tú sabes, cinco años atrás, yo mismo hubiera exhortado a Kimberly a divorciarse en una situación así.

Bill hizo una pausa y tomó aliento.

–Hay algo más todavía, Scott.

No estaba seguro de poder resistir un segundo cañonazo tan de inmediato.

–Uh,... ¿qué es, Bill?

–Bueno, le dije a Kimberly que la llamaría de nuevo para darle sólidos argumentos con que rebatir tus ideas católicas.

–Sí,... continúa.

–Pues, ya ha pasado bastante tiempo, y no he logrado encontrar ni uno solo.

Apenas si podía retener mi tono triunfante.

–Bill, ésa es una ofensa excusable, si es que hubo alguna.

–Gracias, Scott, pero no me estoy disculpando por eso. Lo que quiero es pedirte ayuda. En estos meses me he dedicado mucho a pensar y a leer sobre el catolicismo, y hay varios temas e interrogantes sobre los que quisiera hablar contigo.

Inmediatamente me di cuenta de lo que quería decir.

–Bill, dime tan sólo esto: ¿estás percibiendo la fuerza de los argumentos bíblicos en favor de la religión católica?

–Podría decirlo así.

–¿Sientes también un cierto terror al ponderar las implicaciones que a largo plazo esto tendría para ti como pastor presbiteriano?

–Aunque no lo creas, así es.

Para entonces yo ya sabía la verdadera razón de su llamada. Ésta fue la primera de muchas más. A lo largo del año siguiente, Bill llamaba con preguntas motivadas por su propio estudio intensivo de la teología católica. Para mí, Bill era un caso especial. En el seminario él nos sobrepasaba a todos en su comprensión y amor del hebreo. Pegaba páginas fotocopiadas de la Biblia Hebrea en las paredes de su estudio, tan sólo para ayudarse a aprenderlas y memorizarlas.

Después de graduarse, Bill se hizo ministro presbiteriano, sirviendo como pastor auxiliar de Jack Lash, mi más íntimo ex-amigo de los tiempos del seminario. Bill era todavía ministro allí cuando me llamó. En aquellos buenos tiempos, cuando yo era aún calvinista, Jack me hizo predicar en su servicio de ordenación y de toma de posesión. Al hacerme yo católico, no volvió a hablarme.

Tras meses de estudio y periódicos debates telefónicos, la orientación de Bill se fue haciendo más clara. Sus investigaciones le estaban llevando cada vez más y más cerca de

Roma. Jack y los *ancianos* de su iglesia tomaron medidas para contrarrestar su posible deserción. A veces eso llegó a ser cruel y desagradable, lo cual sólo logró intensificar la decisión de su esposa de estudiar el catolicismo con más imparcialidad. Y como resultado, ambos ahora, junto con Kimberly, seguían leyendo y discutiendo más y más.

Hasta ese entonces, mis tácticas de confrontación con Kimberly no habían logrado nada constructivo. Los intentos de hacerle participar en los debates eran infructuosos, y todos los libros que yo le recomendaba, quedaban automáticamente descartados. Dios estaba tratando de enseñarme a ceder, para que el Espíritu Santo tuviera más campo para actuar.

En vez de seguir presentando argumentos apologeticos, opté por compartir mis sentimientos personales; pero no como una estrategia alternativa que me permitiera manejarla y manipularla con más efectividad; sencillamente éste era el único modo de poder afrontar nuestras diferencias con respeto y amor. Poco a poco fui aceptando el hecho de que Kimberly quizá nunca llegara a hacerse católica; y de que su conversión no debía ser mi perenne objetivo.

Después de habernos mudado y hecho nuevos amigos en la comunidad, Kimberly y yo empezamos a toparnos con la clase más dura de anti-católicos que nunca habíamos conocido: los ex-católicos fundamentalistas. A diferencia de cualquier anti-católico protestante normal, que disfruta más que nada con tener intensos debates bíblicos sobre temas católicos como María y el Papa, los anti-católicos fundamentalistas entre los que nos encontrábamos metidos estaban llenos de tal rabia y resentimiento hacia la Iglesia, que quedaban totalmente incapacitados para pensar racionalmente. Para ellos, yo era un poseído por el demonio, y urgían a Kimberly a que ni siquiera me escuchara, ya que Satanás me estaba utilizando para confundirla con mis mentiras. Gracias a Dios, con una mujer tan inteligente e independiente como Kimberly, tal consejo resultaba un tiro por la culata.

La mayoría de las veces yo trataba de dialogar con anticatólicos fundamentalistas que mostraban preocupación por mi salvación. Reconocía su celo evangélico.

Una noche, después de cenar le conté a Kimberly una conversación que había tenido ese mismo día con un fundamentalista que, en cuanto supo que yo era católico, empezó directamente a tratar de evangelizarme.

Desde luego, empezó preguntando:

—¿Usted ha nacido de nuevo?

Contesté:

—Sí, claro que sí. Pero ¿qué es lo que quiere *usted* decir con eso?

Se mostró sorprendido.

—¿Ha aceptado usted a Jesucristo como su Señor y Salvador?

Sonreí ampliamente y dije:

—Sí, desde luego. Pero no es por eso por lo que he nacido de nuevo. Yo he nacido de nuevo por lo que Cristo, a través de su Espíritu Santo, hizo en mí cuando fui bautizado.

Quedó aún desconcertado, así que continué:

—Ya ve, en ninguna parte de la Biblia afirma: «Tienes que aceptar a Jesucristo como tu

Señor y Salvador Personal» Es una buena cosa hacerlo, pero no era de eso de lo que el Señor hablaba cuando le dijo a Nicodemo en Juan 3,3 que tenía que «nacer de nuevo». Jesús clarificó lo que *Él* quería decir al afirmar tan sólo dos versículos más adelante: «Tienes que nacer del agua y del Espíritu», con lo que *Él* se refería al bautismo. Juan aclara este punto para el lector, ya que al terminar de describir el discurso de Jesús a Nicodemo en los versículos 2 al 21, afirma en el versículo siguiente que «después de esto, Jesús y sus discípulos se fueron al territorio de Judea; allí estuvo con ellos y bautizaba». Y unos pocos versículos más adelante, Juan relata cómo «los fariseos oyeron que Jesús estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan». En otras palabras, cuando Jesús dice que debemos «nacer de nuevo», se está refiriendo al bautismo.

De buen grado le acepté a Kimberly que había actuado con demasiada fuerza. Y de paso le expliqué por qué pienso que era erróneo por parte de los fundamentalistas pensar que los católicos no son verdaderos cristianos, sólo por el hecho de no usar ciertas frases bíblicas en el mismo sentido que ellos, especialmente cuando los mismos fundamentalistas ni siquiera interpretan adecuadamente esas frases dentro de su contexto original. Ella estuvo completamente de acuerdo.

Poco después de aquello, regresé de una conferencia para teólogos en la *Franciscan University* de Steubenville. Era la primera vez que había estado allí. Quedé asombrado de encontrarme con tantos católicos ortodoxos y de gran celo evangélico. Y más sorprendido quedé por lo que vi en la misa de mediodía: la capilla estaba repleta con cientos de estudiantes que cantaban con todo el corazón, mostrando su gran amor a Cristo en la Santa Eucaristía.

Apenas si podía esperar para contarle a Kimberly todo esto. Se sintió conmovida al saber que el celo evangélico con el que ella había sido criada, podía también encontrarse en el seno de la Iglesia católica.

Le hablé a un amigo de la parroquia acerca de mis esfuerzos para dar a conocer la doctrina católica a mi esposa, que era evangélica. Le describí el entusiasmo en los cantos, la dinámica predicación bíblica y la cálida camaradería, todo lo que Kimberly había experimentado desde su niñez. Pero él hizo una curiosa observación:

—Scott, personalmente creo que los protestantes tienen todas esas cosas porque ellos no tienen el Santísimo Sacramento. Si tú tienes la presencia real de Cristo en la Santa Eucaristía, no necesitas nada más. ¿No crees?

Me mordí la lengua. No quería exaltarme, pero necesitaba corregir lo que me pareció una inquietante equivocación.

—Creo que entiendo lo que tratas de decir: que el culto eucarístico puede ser silencioso y reverente sin perder nada de su profundidad y poder. Estoy de acuerdo con eso. De hecho estoy empezando a tener un real aprecio por el canto gregoriano y el latín en la liturgia; pero yo diría las cosas de otro modo. Yo diría más bien que precisamente porque *nosotros* tenemos la presencia real de Cristo en la Santa Eucaristía es por lo que —mucho más que los protestantes— tenemos por qué cantar, por qué predicar, por qué celebrar juntos con más intensidad.

Hubo un momento de incómodo silencio.

–¡Oh, sí!, si lo ves así, ¿quién no va a estar de acuerdo?

Pensando en voz alta dije:

–¿Por qué entonces no siempre lo vemos de ese modo?

Él no tuvo respuesta. Ni yo tampoco.

Siempre me he preguntado por qué tantos católicos nunca ahondan más en los misterios de su fe. Siempre me ha admirado descubrir cómo todos y cada uno de los misterios están enraizados en la Escritura, centrados en Cristo y en cierto modo actualizados y proclamados en la liturgia de la Iglesia, la familia de Dios basada en la alianza.

Esto empezó a tomar fuerza en mí un día después de haber asistido a misa en la conmemoración de los Fieles Difuntos. Kimberly quería saber el significado de la celebración. Al poco tiempo la conversación empezó a recaer en un nuevo debate sobre la doctrina del purgatorio. Decidí, por así decir, transportar la doctrina a una clave mayor, enmarcándola en términos del amor de alianza de Dios.

–Kimberly, la Biblia nos muestra cuántas veces Dios se reveló a su pueblo en forma de fuego, para renovar su alianza con ellos: como «horno humeante y antorcha de fuego» con Abraham en Génesis 15; en la zarza ardiente con Moisés en Éxodo 3; en la columna de fuego con Israel en Números 9; en el fuego celestial que consumía los sacrificios en el altar, con Salomón en 1 Crónicas 7 y con Elías en 1 Reyes 18; en las «lenguas de fuego» en Pentecostés con los apóstoles en Hechos 2,...

Kimberly interrumpió:

–Está bien, Scott, ¿cuál es tu idea?

Era una oportunidad de poner las cosas en su sitio.

–Sencillamente esto: Cuando Hebreos 12, 29 describe a Dios como «un fuego consumidor», no se está refiriendo necesariamente a su cólera. Existe el fuego del infierno, pero hay un fuego infinitamente más abrasador en el cielo: es Dios mismo. De manera que el fuego se refiere al infinito amor de Dios mucho más que a su eterna cólera. La naturaleza de Dios es como una ardiente hoguera de vehemente amor. En otras palabras, el cielo seguramente es más cálido que el infierno.

No es extraño, pues, que la Escritura se refiera a los ángeles más cercanos a Dios como serafines, lo que literalmente significa: «abrasadores» en hebreo. Por eso también San Pablo puede describir en 1 Corintios 3, 13 cómo todos los santos deben pasar a través de un juicio ardiente en el cual «la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día que ha de revelarse por el fuego...»

Es evidente que no está hablando del fuego del infierno, ya que los que son juzgados son santos. Está hablando del fuego que los prepara para la vida eterna con Dios en el cielo; de modo que el propósito del fuego es claro: revelar si sus obras son puras («oro y plata») o impuras («madera, heno, paja»).

El versículo 15 aclara que algunos santos que están destinados al paraíso pasarán a través de fuego y sufrirán: «Mas aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño; él, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego.» Es, por tanto, un fuego purgatorio, que sirve para purificar y preparar a los santos que estarán envueltos en

el fuego abrasador de la presencia eterna del amor de Dios.

Había dicho mucho; quizá demasiado. Me quedé sentado, esperando que Kimberly reaccionara con rabia y frustración, como había hecho cada vez que yo sacaba el tema del purgatorio. Pero esta vez, ella también permaneció allí sentada, en silencio, con un semblante reflexivo. Podía decir por la expresión de sus ojos, que ella estaba sopesando lo que acababa de oír. Decidí no ir más allá..., al menos por ahora.

A mediados del semestre de otoño de 1989, recibí, como caída del cielo, una llamada de Patrick Madrid de *Catholic Answers* («Respuestas católicas»), considerada la mejor organización apologética de todo el país. Con sede en San Diego, *Catholic Answers* fue fundada por Karl Keating, autor de *Catholicism and Fundamentalism*, el mejor libro que yo había encontrado para ayudar a la gente a contrarrestar los ataques fundamentalistas contra la Iglesia. Fue bueno poder al fin conectar con espíritus tan afines.

Estuvimos en constante comunicación durante las siguientes semanas. Mientras hablaba con ellos acerca de futuras posibilidades de trabajo, me pidieron que fuera a verles para realizar una entrevista informal y para darles un seminario de una noche en la iglesia Saint Francis de Sales de Riverside, California. Pronto estuvo todo organizado. Después de tres años y medio de buscar almas que pensarán como yo, mi encuentro con Karl y Patrick fue como sentirme en un oasis. El sábado por la tarde, en las oficinas de *Catholic Answers* mecanografié apresuradamente un resumen de la charla que daría en el seminario de la noche. Consistiría en el testimonio de mi conversión al catolicismo, de algo menos de una hora, seguido de preguntas y respuestas. La charla era similar a la que había dado docenas de veces; pero esta ocasión resultó diferente a todas las demás. Se convirtió en «La grabación» (conocida también como «Un Ministro Protestante se hace Católico»).

Diez minutos antes de empezar, me presentaron a Terry Barber, de *Saint Joseph Communications*, que estaba preparando a toda prisa un equipo de grabación para mi charla. Mientras colocaba el micrófono, me explicó que él y su flamante esposa, Danielle, acababan de regresar de su luna de miel en Fátima, Portugal. También explicó su retraso: Había estado grabando charlas en cinco sitios distintos ese mismo día. Terry parecía haber tomado en el último minuto la decisión de venir a mi charla. En ese momento eso no me importó lo más mínimo; más tarde, ambos lo agradecemos eternamente.

A las 7:30 en punto, fui presentado a un pequeño grupo de treinta y cinco personas. Después de hablar poco más de una hora –nunca he terminado nada a tiempo–, hubo un corto descanso y regresé para la sesión de preguntas y respuestas. Cuando todo terminó, me dirigí a la parte posterior para hablar con Patrick.

Mientras estábamos hablando, Terry Barber subió corriendo agitando una cassette de grabación.

–¡Dios va a servirse de esta grabación, amigo mío! Lo sé muy bien.

Me sentí halagado de verle con tanto entusiasmo; pero, al haber dado la misma charla en tantas otras ocasiones en las cuales había sido grabada, yo no pensaba como él. Más bien me dije: Qué poco preparado estaba esta noche; en otras ocasiones lo había hecho

mucho mejor. Quizá esta fue la razón por la cual Nuestro Señor escogió servirse de esta charla en particular de un modo tan poderoso: nadie podría atribuirse el mérito que sólo a Él corresponde.

Volé de regreso a casa, en Joliet, y le conté a Kimberly todo lo referente al fin de semana con *Catholic Answers*, pero ni me molesté en contarle lo del seminario de la noche: todavía me parecía algo sin importancia. Al día siguiente, fui de nuevo a dar mis clases.

Pasaron algunas semanas antes de que de nuevo tuviera noticias de Terry Barber. Me llamó para decirme que había mandado docenas de copias gratuitas de mi grabación a varios católicos prominentes y a grupos de todo el país. Terry me contó que estaba teniendo una maravillosa respuesta.

¡Poco me imaginaba yo que aquella grabación cambiaría la vida de ambos, y a una de nuestras esposas!

—No me extraña —le dije—, ¿qué podías esperar de tal esfuerzo empresarial? Terry, creo que tienes la determinación de un apóstol.

Descubrí que una copia había sido enviada al evangelizador católico, Padre Ken Roberts, quien, tras escucharla, ordenó un pedido de cinco mil copias que empezó a distribuir por todo el país. La mención que el Padre Ken hizo de la grabación en el canal católico de televisión EWTN, me abrió el camino para aparecer como invitado en el programa de Madre Angélica varios meses más tarde.

Karl y Patrick me advirtieron:

—Scott, muy pronto tu vida se va a acelerar y a volverse sumamente ocupada.

Estaban en lo cierto, y también ambos tenían algo de culpa. Una de nuestras primeras empresas conjuntas vino poco después de que «La grabación» fuera producida: *Catholic Answers* patrocinó un debate público de tres horas entre el Dr. Robert Knudsen —profesor de Teología y Apologética en *Westminster Theological Seminary*— y yo. Durante la primera mitad de la velada discutimos sobre *Sola Scriptura*; durante la segunda mitad, sobre *Sola Fide*. Debo confesar que me sentía más que un poco nervioso al prepararme para discutir con un especialista reconocido mundialmente, sobre los dos temas más trascendentales que separaban a protestantes y católicos.

Nunca soñé un resultado tan positivo. No sólo los estudiantes del *Westminster Seminary* presentes expresaron al final su sorpresa y entusiasmo, sino que, lo que era más importante para mí, en cuanto regresé a casa, Kimberly conectó una grabadora para escuchar el debate por entero. Tres horas más tarde, ella estaba allí sentada con una mirada de pasmosa sorpresa. Todo lo que pudo decir fue:

—No puedo creer lo que he escuchado.

Yo estaba estremecido. No perdí tiempo y le pasé una copia de «La grabación». Ésta era la primera vez que ella escuchaba mi testimonio desde que yo me había hecho católico.

Las cosas siguieron acelerándose. Recibí una llamada del Dr. Alan Schreck, director del departamento de Teología de la *Franciscan University* de Steubenville. Me habló de una oportunidad de trabajo en ese departamento para el siguiente año académico, 1990-

1991, y sugirió que le enviara mi *curriculum vitae*. Lo envié sin pérdida de tiempo.

Un par de años antes, *Franciscan University* había patrocinado una conferencia sobre matrimonio y familia, y yo había asistido con Phil Sutton, un buen amigo y colega que entonces enseñaba psicología en *Saint Francis*. Después de la conferencia, mientras volvíamos a casa, recordábamos que los judíos dispersos por el mundo tienen un dicho: «El próximo año en Jerusalén.» En broma, Phil y yo ideamos un nuevo dicho católico para nosotros mismos: «El año próximo en Steubenville.» Al año siguiente, Phil dejó *Saint Francis* para empezar a enseñar en la *Franciscan University* de Steubenville; había sido contratado para iniciar el programa de una licenciatura en orientación psicológica. Ahora se me llamaba a mí para el próximo año. Nunca nos imaginamos que el Señor hubiera interpretado un dicho ingenioso como una oración.

Cuando le hablé a Kimberly de esta oportunidad, le recordé mi experiencia allí. Le hablé de la orientación pro-vida de la universidad, desde su rector, el padre Michael Scanlan, y la facultad, hasta los estudiantes. Le hice conocer que la *Franciscan University* tenía más de cien estudiantes graduándose en teología –más que *Catholic University* o *Notre Dame*–, además de un programa de máster en teología con una especialidad en matrimonio y familia. Por primera vez en más de cinco años, estábamos orando de nuevo con un solo corazón.

Para Navidad, viajamos hasta Steubenville para tener una entrevista inicial con el Padre Michael Scanlan y el Dr. Schreck. El día anterior a nuestra salida, Kimberly había sufrido un segundo aborto espontáneo. Yo me sentí abrumado, ella estaba devastada. Hacia el fin de la entrevista, Kimberly contó lo que nos acababa de suceder. Y luego le pidió al Padre –¡un sacerdote católico!– que rezara por ella. Sin dudarle un momento, él se levantó del otro lado de su escritorio, vino a imponer su mano sobre los hombros de ella, y empezó a invocar la gracia sanadora de Dios.

Durante la entrevista, el Padre Scanlan nos habló sobre sus propias luchas en el pasado respecto a ciertas doctrinas y devociones marianas. Nada podría haberle gustado más a Kimberly que oír lo que le costó a un sacerdote católico crecer en su comprensión y aprecio hacia María. Ella escuchaba atentamente mientras él continuaba explicando su reciente descubrimiento de lo bíblicas y cristocéntricas que son en realidad la doctrina y devoción marianas, cuando son debidamente entendidas y practicadas como el Concilio Vaticano II las presenta. Fue algo breve pero efectivo.

Pasaron varias semanas antes de que yo viajara de nuevo para tener una segunda entrevista y para dar una conferencia al cuerpo estudiantil. Ambas cosas resultaron muy bien. El tiempo que pasé con Alan y Nancy Schreck fue particularmente cordial. Además de ser magníficos anfitriones, empezaron a ser muy buenos amigos. A los pocos días de regresar a casa, Alan nos llamó para decirnos que me ofrecían el trabajo. Para entonces nuestras oraciones pidiendo la guía divina eran cualquier cosa menos neutrales. Con gran ansia y entusiasmo aceptamos la oferta.

Aunque parezca raro, yo estaba más inseguro que nunca sobre la postura de Kimberly respecto a lo católico. Finalmente había aprendido la lección martilleada en mi cabeza por Gil Kaufmann, un buen amigo del Opus Dei: resalta el romance y recalca menos la

doctrina.

Volé de nuevo a California para intervenir en una conferencia nacional sobre apologética patrocinada por *Catholic Answers*. Mucha gente allí había oído «La grabación», y me hacía preguntas sobre Kimberly. Después de terminar mi exposición, la primera pregunta fue más o menos así: «Scott, todos aquí hemos oído la grabación que realizaste hace unos pocos meses. Dinos cómo va avanzando tu esposa en la comprensión de la doctrina católica». Fue bochornoso, pero tuve que decirles que no sabía.

Más tarde llamé por teléfono a Kimberly a la casa de los Schreck en Steubenville, donde ella estaba pasando el fin de semana mientras buscaba una casa. Cuando le hablé acerca de toda la gente de la conferencia que había escuchado la grabación, y deseaba saber qué pensaba ella ahora, le pregunté si había algo que quería que yo les dijera. No me esperaba del todo su respuesta.

Después de una pausa, me dijo:

–Diles que cuando venía conduciendo hacia Steubenville, ayer, Miércoles de Ceniza, después de mucha reflexión y oración, tuve claro que Dios me está llamando a volver a casa en Pascua.

Ninguno de los dos supo qué decir durante más de un minuto. Luego llegaron las lágrimas, las oraciones y la alegría.

En poco tiempo, todos en la conferencia lo sabían.

Kimberly fue recibida en la iglesia Saint Patrick de Joliet, durante la Vigilia Pascual de 1990. (La fecha parecía un poco irónica: hacía cinco años que 1990 se había establecido como la fecha más temprana en la que yo podría entrar a la Iglesia: mi fecha se había convertido en la suya.) La alegría por la conversión de Kimberly era a veces incontenible; y vivir juntos el espíritu de penitencia de la Cuaresma fue un verdadero reto para los dos. Nuestra celebración de Semana Santa nunca había sido tan especial.

A mitad de la Semana Santa le pregunté a Kimberly de modo casual:

–¿A quién has escogido por tu santo patrón?

Se quedó mirándome, aturdida.

–¿De qué estás hablando?

Le expliqué:

–Cuando uno es confirmado, tiene la opción de escoger un nombre de confirmación tomado de un santo patrón a quien uno se siente más unido. Por ejemplo, cuando yo entré a la Iglesia, elegí a San Francisco de Sales.

Kimberly parecía no entender todavía. Me preguntó:

–¿Por qué él?

Le expliqué con detalle:

–San Francisco de Sales era el obispo de Ginebra, Suiza, cuando Juan Calvino estaba apartando a la gente lejos de la fe católica. Descubrí por mis lecturas que San Francisco de Sales era un predicador y apologista tan eficaz a través de sus sermones y escritos, que más de cuarenta mil calvinistas volvieron a la Iglesia. Así que me imaginé que si él podía guiar de regreso a todos esos, podría guiar de regreso a uno más ahora. Además,

San Francisco de Sales ha sido declarado patrón de la Prensa católica, y como yo adquirí cerca de quince mil libros, creí que era la opción natural para mí.

Kimberly se alejó con un aspecto más bien pensativo:

–Creo que tengo que orar respecto a esto, y ver si el Señor me trae a alguien a la mente.

No se lo dije, pero yo ya tenía una primera opción para su santo patrón. Dos años atrás, poco después de convertirme al catolicismo, asistí a una conferencia de la Asociación de Intelectuales Católicos, donde estuve con un muy conocido teólogo, Germain Grisez. Me senté con él y su esposa Jeannette, en el banquete del sábado por la noche. Les comenté todo acerca del entusiasmo de mi conversión, y de mi congoja por la renuencia de Kimberly.

Al final de nuestra conversación, ambos se miraron el uno al otro, y luego a mí. Germain dijo:

–Nosotros sabemos exactamente qué hacer.

Yo no capté el sentido de su enigmática observación.

–¿Qué es lo que quieres decir?

Ambos empezaron a hablarme de Santa Elizabeth Ann Seton: ama de casa, madre de cinco niños, católica convertida del protestantismo y fundadora de las Hermanas de la Caridad norteamericanas. Había sido recientemente canonizada como la primera santa nacida en Norteamérica. También mencionaron que su basílica estaba cerca de la casa de ellos en Emmitsburg, Maryland. Oírles hablar de Santa Elizabeth Ann Seton fue interesante, pero esto no se me presentó como el momento culminante de la conferencia sino hasta más tarde.

En una semana recibí un paquete por correo. Cuando vi «Germain and Jeannette Grisez» en el remite, pensé que era algún artículo religioso católico, así que subí a mi estudio para abrirlo lejos de la mirada ansiosa de Kimberly. Dentro había un ejemplar de la biografía de Santa Elizabeth Ann Seton, escrita por Joseph Dirvin, y algo que yo nunca había visto antes: un pequeño relicario con una reliquia de Madre Seton.

No tenía ni idea de qué hacer con el relicario, así que le pedí a un amigo católico que me explicara qué era. Después, empecé a llevar el relicario en mi bolsillo. Me servía como recordatorio, cuando las cosas se ponían tensas entre Kimberly y yo, para encomendar su causa al Señor bajo el patrocinio e intercesión de la Madre Seton.

Un día ocurrió lo inevitable. Al vaciar mis bolsillos para lavar la ropa, Kimberly encontró el relicario.

–Scott, ¿qué es esto?

Sentí escalofríos. Con mal disimulado nerviosismo, tartamudeé:

–Oh, no es nada Kimberly, no es nada. Seguro que no te interesa.

Lo observó un momento con recelo –creo que temía que si seguía preguntando, yo le explicaría algo que realmente no estaba interesada en oír– y después me lo devolvió.

En una combinación de miedo y prudencia, dejé de llevar el relicario conmigo y lo puse en la parte de atrás de la gaveta de mi escritorio. Y para entonces, ya había escondido la biografía en el estante del fondo de la esquina más oculta de mi despacho.

Al día siguiente de preguntarle a Kimberly acerca de su nombre de confirmación y santo patrono, mientras me preparaba para acostarme le pregunté:

–¿Qué estás leyendo, cariño?

–Es un libro sobre Santa Elizabeth Ann Seton.

Me detuve a medio ponerme el pijama.

–Kimberly, ¿puedo saber dónde lo has encontrado?

Con tono indiferente me explicó:

–Bueno, Scott, he estado hurgando entre tus libros hoy, y he sacado éste por casualidad.

Me desentendí de los escalofríos que me corrían por la espalda.

–Y bien, ¿qué te parece?

–¡Oh, bueno! –dijo con emoción–, llevo horas leyéndolo, Scott, y creo que he encontrado a mi santa patrona.

–¡O ella te ha encontrado a ti! –pensé.

Todo lo que pude hacer fue exclamar. «¿De veras?» (En ese momento yo ya no tenía seguridad de dónde termina la «comunión de los santos», y dónde empieza la zona de penumbra.) Luego me senté sobre la cama y le expliqué lo que había pasado dos años antes. Después de lo cual le di la reliquia.

Terminamos el día con una corta oración de agradecimiento a Dios y a su maravillosa hija, nuestra hermana espiritual en Cristo, Santa Elizabeth Ann Seton.

Por fin llegó la noche trascendental. Kimberly se fue hacia la iglesia para la Vigilia Pascual media hora antes, para que el Padre Memenas pudiera oír su primera confesión.

A mitad de misa, Kimberly me pasó un papelito. Lo miré y leí las siguientes líneas: «Mi querido Scott, te estoy *tan* agradecida por tu esfuerzo en lograr este paso para nosotros. Te amo. K.» Me sentí tan paralizado por el gozo que no pude decir nada; pero la sonrisa y las lágrimas fueron suficientes para que Kimberly supiera lo que yo estaba pensando.

Esa noche, por primera vez recibimos la Eucaristía juntos. Fue un culmen adecuado, para este vertiginoso romance religioso, el que mi esposa y yo estuviéramos de nuevo unidos por medio de Cristo y Su Esposa.

Kimberly:

Una semana después del bautizo de Hannah nos mudamos a Joliet, Illinois. Fue un periodo muy ajetreado para nosotros, tratando de acomodarnos en una nueva casa, la primera que comprábamos, ajustándonos a nuestro nuevo bebé, y empezando la aventura de la educación en casa para los niños por primera vez. Scott daba clases a tiempo completo en *Saint Francis*, en el departamento de teología, y estaba encantado. ¡Nuestra vida era así de llena!

Para mí, fue como el deshielo primaveral después de mi invierno. De corazón quería ahora estudiar, especialmente el bautismo. Scott se las arregló para cuidar de los niños,

para que yo pudiera dedicar tiempo al estudio. Lejos de ver los días de mi seminario como pérdida de tiempo, me di cuenta de que en ellos había adquirido herramientas con las cuales podía examinar seria y detenidamente la Escritura. Fue una grata sorpresa para mí estudiar a especialistas católicos de la Biblia; no sé por qué razón yo pensaba que los católicos se limitaban a citar documentos papales. Pude apreciar mejor cómo Hannah había sido transformada en hija de Dios por el bautismo, al nacer de nuevo por el agua y el Espíritu. Lo que estudiaba sobre el bautismo tenía un entronque directo con lo que yo había estudiado sobre la justificación. Igual que Scott, mis estudios en el seminario me habían llevado a rechazar como no bíblica la enseñanza protestante de la justificación *por la sola fe*. El bautismo de infantes ponía el énfasis en la justificación *por la sola gracia*. Estaba maravillada de la belleza de los tratados escriturísticos católicos sobre la justificación y el bautismo.

Yo había evitado ir a Misa desde la Vigilia Pascual en que Scott entró a la Iglesia, dos años atrás. Al asistir ahora a la ceremonia del Miércoles de Ceniza en una capilla pequeña, quedé sorprendida de cuán hondamente me llegó la liturgia. La llamada al arrepentimiento era tan clara que yo me preguntaba cómo varios de nuestros amigos ex-católicos pudieron dejar de notarlo, y decían que nunca habían sentido la llamada al Evangelio en la Iglesia católica.

En cuanto Scott se hizo católico, parecía que nuestros varoncitos (ahora de dos y tres años) quisieron empezar a hablar acerca de ser sacerdotes. ¡No podía creer lo que oía! Por entonces, esto aún me hería en carne viva. Pero en Joliet me encontré con una cantidad de maravillosos sacerdotes, llenos de fe. Y mi corazón empezaba a cambiar de actitud en cuanto a la vocación que Dios quisiera suscitar en nuestros hijos. Ahora me agradaba el deseo expresado por nuestro hijo Gabriel, entonces de tres años, cuando dijo: «Mami, no hay suficientes sacerdotes y monjas en el mundo. Quiero ser sacerdote para ir por todo el mundo haciendo más sacerdotes y monjas.» Este cambio en mí sólo podía venir del Señor.

Empecé a plantear las preguntas en mi oración, de un modo distinto. Primero le pedía al Señor que me diera la perspectiva de su corazón y de su mente con relación a la Eucaristía y los otros sacramentos. En vez de con gritos lastimeros –causados por las confrontaciones Scott contra Kimberly en estos temas–, trataba de acercarme a Dios y buscar su punto de vista, abierta a su enfoque, aunque éste fuera católico romano.

Tenía aún periodos de gran angustia, por la sensación de estar siendo absorbida hacia el vacío, de no ser capaz de pensar con suficiente claridad, pues, si lo hacía, podía ver los errores de la Iglesia católica. Tenía aún momentos de sollozos tan profundos en mi ser, que me dejaban casi sin respiración, al sentir el peso del miedo a lo desconocido.

Pero tenía también ahora momentos de gracia increíble, que me hacían ver con más claridad. A veces no podía distinguir dónde empezaban mis convicciones y dónde terminaba mi obstinación. Pero Dios, en su infinita misericordia, iba guiándome.

Scott y yo acordamos que cuando Michael tuviera siete años, recibiría su Primera Comunión, y que los niños serían católicos. Pero este programa no surgió de mis reflexiones. No podía soportar la presión que esto traería. Trataba más bien de

concentrarme en las consecuencias.

Scott me animó a aprovechar la oportunidad de visitar a unos amigos que eran ministros en Virginia, durante la primavera de 1988. Tenía muchas dudas que esperaba ellos pudieran ayudarme a resolver. Fue un viaje muy fructífero, que me permitió renovar amistades alejadas por la conversión de Scott, y tener interesantes conversaciones teológicas. Al tratar de explicar a nuestros amigos por qué Scott decía lo que decía, empecé a convencerme de la lógica que había en sus argumentos, aunque no era esto necesariamente lo que yo quería.

Jack y yo empezamos por leer, frase por frase, el pasaje de Juan 6, 52-69, analizando la doctrina católica. Aunque había leído a Juan por completo varias veces en mi vida, nunca me había sentido tan impresionada por la fuerza de las palabras de Jesús cuando dice; una y otra vez, que debemos comer (incluso masticar) y beber su cuerpo y sangre para tener su vida.

Dije:

–Jack, ¿cómo entiendes eso?

–Creo que Jesús está enseñando acerca de la fe, Kimberly.

Era la misma forma de analizar que se nos había dado en las clases que recibimos en el seminario.

–Espera un momento. ¿Te estás basando en la frase: «la carne es inútil» del versículo 63? Lee el resto del versículo: «El Espíritu es el que da vida, la carne es inútil.» Es el Espíritu el que da vida... En otras palabras, Jesús no le estaba diciendo a la gente: «Venid, y uno puede coger un pedazo de mi mano y otro un pedazo de mi pie...» Él estaba refiriéndose a un tiempo después de su Muerte, Resurrección y Ascensión, cuando el Espíritu les daría a sus discípulos Su cuerpo glorificado de modo que Su carne pudiera ser fuente de vida para el mundo.

Además, Jack, ¿por qué había de ofender tanto a los judíos el que Jesús estuviera hablando sólo acerca de fe y de un sacrificio simbólico de Su Cuerpo y sangre? Ellos se fueron disgustados, pensando que Jesús estaba hablando de canibalismo... ¿Por qué Jesús dejaría marcharse a la mayoría de sus discípulos sólo por un malentendido tan simple, sin aclarar nunca, ni siquiera para sus discípulos más cercanos, que Él estaba sólo hablando de la fe en un mero símbolo de Su eventual sacrificio? Al menos para con sus discípulos más cercanos, Él aclaraba malas interpretaciones de sus enseñanzas en otros pasajes de la Escritura.

Jack no veía las dificultades que yo percibía en la interpretación protestante de este pasaje, pero yo sí estaba sintiendo por primera vez la fuerza de los argumentos católicos. Esta discusión trajo también luz sobre otro problema distinto que yo tenía respecto a la transubstanciación: ¿Cómo pudo Jesús, en su humanidad, dar a sus discípulos en la Última Cena el cuerpo y la sangre que ahí Él mismo tenía? Y si no lo hizo ahí, entonces ¿cómo podemos decir que nuestra repetición de este acto es más que un mero símbolo?

Yo sabía que los católicos respondían que esto era un milagro, pero eso me había parecido siempre una explicación demasiado fácil, hasta que entendí su relación con las enseñanzas de la primera parte del capítulo 6 de Juan, sobre el milagro de los panes y los

peces. La multiplicación del pan (versículos 1-15), y el subsiguiente caminar de Jesús sobre las aguas, algo que está más allá de las leyes de la naturaleza (versículos 16-21), forman un tríptico con el discurso en Cafarnaún (versículos 22-71) que apuntan hacia la forma milagrosa de la multiplicación del cuerpo y la sangre de Jesús para la vida del mundo: Jesús puede hacer con el pan lo que Él quiera; Jesús puede hacer con su cuerpo lo que Él quiera; Jesús puede hacer que el pan se convierta en su cuerpo, y que nosotros seamos capaces de alimentarnos de Él. Aunque en su sola humanidad Jesús no hubiera podido separar su cuerpo y su sangre en la Sala de Arriba para ofrecérselo a sus discípulos, Él nunca fue únicamente humano. Ya que Jesús era totalmente divino y totalmente humano, podía estar allí sentado con su cuerpo y con su sangre, y al mismo tiempo convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre.

Después de esto, visité a otro amigo pastor, Bill, y a su esposa Lianne. Tras un rato de charla, Bill preguntó.

–¿Qué va a pasar con tus hijos?

–Nuestros hijos serán educados como católicos, tarde o temprano. Realmente no tengo alternativa.

–Sí que tienes alternativa –me aseguró Bill: «puedes quedarte con los niños y divorciarte, porque él ha abandonado la fe y abrazado una herejía.

–Eso no sería posible, Bill, porque yo sé que Scott ha actuado con mucha integridad cristiana como para considerarlo ahora perdido espiritualmente, y llevarme a los niños.

Bill y Lianne hicieron cantidad de preguntas y me brindaron una oportunidad de compartir lo que había en mi corazón, a diferencia de la mayoría de los amigos protestantes que teníamos. Más adelante les dije:

–Mirad, yo no soy una relativista, y vosotros tampoco. Si yo llegara a convertirme al catolicismo –lo cual ciertamente no quiero–, si yo llegara a convencerme de que es la fe verdadera, ¡os llevaría también a vosotros dos conmigo!

(Pocos meses más tarde Bill llamó a Scott para pedirle perdón por haberme aconsejado divorciarme de él, y le dijo que mis explicaciones sobre las creencias de Scott habían sido tan convicentes, que él había empezado a estudiar la doctrina católica con seriedad. Lianne vino a ser mi compañera de estudio a distancia. Ambas estábamos en similar situación: teniendo que estudiar estas cosas, y al mismo tiempo con sentimientos contradictorios al respecto. Leíamos sobre un tema o un libro, y luego teníamos conversaciones de una a tres horas dos veces al mes. Unos meses después de mi conversión, Bill y Lianne lo hicieron también, en medio de muchos sufrimientos por la actitud de su antigua iglesia y denominación.)

Volví a casa después de este viaje con emociones contradictorias. Más piezas se habían sumado al rompecabezas católico, pero podría afirmar que algunas de mis amistades protestantes se volverían muy delicadas si yo continuaba con mi búsqueda. Tenía todavía mis momentos de depresión y soledad. Y sentía que algunas de nuestras nuevas amistades católicas desconfiaban de mí.

Yo no estaba tan segura de que los católicos creyeran lo que yo estaba estudiando como supuestas creencias católicas. Cuando íbamos a misa, la gente venía y se quedaba

con sus abrigos puestos, dando la impresión de estar listos para salir en estampida en cuanto recibieran la hostia. (¡Yo nunca iría a una cena dejándome el abrigo puesto!) Para una evangélica protestante, acostumbrada a la fraternidad y amistosa conversación después del culto, resultaba un trastorno descubrir que la mayoría de las personas no tenían la menor intención de permanecer y saludarse unos a otros.

Veía a gente que se acercaba a recibir la Comunión y salía inmediatamente por la puerta (supongo que para ser los primeros en sacar sus coches del aparcamiento). ¿Como es posible que a alguien le inviten a cenar, y ni siquiera dé las gracias a quien le invitó y le dio de comer? ¡Y, sin embargo, supuestamente esta gente estaba recibiendo al Señor del universo, al Dios-hombre que murió para salvarlos! ¡Y no tenían tiempo para darle gracias por este don tan increíble! Scott le llamaba a esto la salida de Judas: recibir y largarse.

Una noche, tuvimos la oportunidad de asistir a una Misa después de la cual hubo una procesión eucarística. Yo nunca había visto esto antes. Al ver que, fila tras fila, hombres y mujeres maduros se arrodillaban e inclinaban al paso de la custodia, pensé: «Esta gente realmente cree que es el Señor y no sólo pan y vino. Y si es Jesús, ésta es la única reacción apropiada. Si uno se inclina delante de un rey hoy, ¡cuánto más debe arrodillarse delante del Rey de Reyes y Señor de Señores! ¿Será prudente no hacerlo?»

Pero seguí cavilando: ¿Y si no es Jesús? Si no es Jesús el que está en la custodia, entonces lo que están haciendo éstos es una grosera idolatría. ¿Será, pues, prudente arrodillarse? Esta situación hacía recalcar lo que Scott solía decir: La Iglesia católica no es una denominación más: o es verdadera, o es diabólica.

Como tenía que decidirme, ya que la custodia se acercaba, hice un vacilante movimiento, medio hacia arriba y medio hacia abajo. Una vez más, sentí que el Espíritu Santo me daba un codazo para animarme a continuar mi estudio con seriedad, porque aquí no se trataba simplemente de escoger mi denominación favorita.

A pesar de que aún no había optado por la conversión, algunos amigos fundamentalistas se alejaron de mí porque les parecía que yo me estaba volviendo demasiado católica. Como si no comprendieran que todos estamos en el regazo del Padre, y quisieran echarme diciendo. «Tú no tienes derecho a estar aquí! ¡Tú te estás convirtiendo en católica romana!»

Sin embargo, todavía tenía grandes objeciones para convertirme, especialmente sobre María. Scott lo comprendía bien; él también pasó por lo mismo. Cuando supo que el Dr. Mark Miravalle iba a hacer una presentación sobre María en nuestra universidad, me invitó a la conferencia. Pensé que no era mala idea asistir a la presentación y escuchar, variando así los encontronazos en los que frecuentemente Scott y yo caíamos.

No todo lo que oí me gustó; me quedé con muchas preguntas. Pero tampoco estaba a la defensiva como antes. Escuché cómo el Dr. Miravalle aclaraba lo que la Iglesia católica enseña sobre María. Primero, que ella no es una diosa: es digna de honor y veneración, pero no de adoración, ya que ésta sólo es debida a Dios.

Segundo, que María es una criatura formada de una manera única por su Hijo, como ninguna otra madre había sido ni será después de ella. Tercero, que María se regocijó en

Dios su salvador, como ella misma afirma en el Magnificat, porque ella fue preservada del pecado por Jesús, desde el momento de su concepción. En otras palabras, su impecabilidad era un don de gracia que la salvó antes de pecar. (En realidad, Dios ha salvado a muchos de nosotros de un libertinaje feroz antes de que cayéramos en él; yo aceptaba que era posible, entonces, que María hubiese sido salvada mucho antes.)

Cuarto, el título de María como Reina del Cielo no le venía por estar casada con Dios –como yo creía–, sino que se basaba en el honor de ser la Reina Madre de Jesús, el Rey de Reyes, e Hijo de David. En el Antiguo Testamento, el rey Salomón, hijo de David, elevó a su madre Betsabé a un trono a su derecha, rindiéndole homenaje en su corte como a Reina Madre. Y en el Nuevo Testamento, Jesús elevó a su madre, la Bienaventurada Virgen María, al trono que está a su derecha en el cielo, instándonos a rendirle homenaje como a la Reina Madre del cielo.

Quinto, la misión de María era señalar más allá de ella, hacia su Hijo, diciendo: «Haced lo que Él os diga.» Me di cuenta en este momento de que ciertos ejemplos de piedad mariana que se centraban demasiado en María hasta el punto de relegar a Jesús, quizá no correspondían a las enseñanzas católicas sobre ella. Quizá las buenas almas que hacían esto ni siquiera se daban cuenta de que estaban ofendiendo a la Virgen Bendita en sus intentos por honrarla, al descuidar la misión primaria de María que es llevarnos hacia su Hijo.

Cuando Scott y yo volvimos a casa esa noche, tuvimos un buen debate sobre las afirmaciones del Dr. Miravalle. Él añadió una descripción de María como la obra maestra de Dios, que encontré muy útil.

–María es la obra maestra de Dios. ¿Has ido alguna vez a un museo donde un artista esté exponiendo sus obras? ¿Crees que él se ofendería si te entretuvieses mirando la que él considera su obra maestra? ¿Se resentiría porque te quedaras contemplando su obra en vez de a él? ¡Oye!, es a mí a quien tienes que mirar!» En vez de eso, el artista se siente honrado por la atención que le estás dedicando a su obra. Y María es la obra por excelencia de Dios, de principio a fin –Scott continuó–. Y si alguien elogia a uno de nuestros hijos delante de ti, ¿le vas a interrumpir diciendo: «Demos el reconocimiento a quien realmente le corresponde»?... No, tú sabes que recibes honra cuando nuestros hijos la reciben. Del mismo modo, Dios es glorificado y honrado cuando sus hijos reciben honra.

Con estos planteamientos hice mi oración esa noche, y por primera vez pregunté a Dios qué pensaba de María. Las frases que vinieron a mi corazón fueron estas: «Ella es mi hija amada», «mi hija fiel», «mi preciosa vasija», y «mi arca de la Alianza que lleva a Jesús al mundo».

No podía concebir por qué los católicos daban la impresión de adorar a María, aun cuando yo sabía que la adoración de María estaba claramente condenada por la Iglesia. Entonces me vino a la mente esta idea: La cuestión está en lo que se considera adoración. Los protestantes definen la adoración en términos de cantos, alabanzas y prédicas; así que, cuando los católicos cantan a María, le hacen súplicas en oración y predicán sobre ella, los protestantes interpretan que ella está siendo adorada. Pero los

católicos definen adoración como el sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Jesús, y nunca ofrecerían un sacrificio de María o para María sobre el altar. Este fue un benéfico alimento para mi alma.

Muchas de las dudas teológicas más importantes estaban resueltas, pero aún había un muro, un obstáculo emocional, que requería un don sobrenatural de fe sólo para intentar reconocerlo, ¡y más para vencerlo!... En noviembre de 1988 escribí: «Donde hay muerte, Dios puede traer resurrección; pero no se puede resucitar lo que no está completamente muerto. ¿He muerto al fin? ¿Estoy completamente disponible para ti, Señor, para morir a mí misma y vivir en ti? Es muy difícil seguir esquivando la depresión, pero aun en medio de mi embrollo te alabo, Señor, porque tú conoces la salida desde el principio.»

Un día en que estaba teniendo muchos problemas, especialmente con los niños, un amigo llamó por teléfono. Le conté que tenía un día tremendo, y él dijo:

–¿Por qué no piensas en María como la madre maravillosa a la cual puedes pedir ayuda?

Yo dije:

–Seamos honestos. Primero de todo, me estás diciendo que trate con una mujer que nunca pecó. Segundo, me estás hablando de una mujer que tuvo sólo un hijo, el cual era perfecto. Piensa tan sólo en esto: Si algo en la mesa está mal, todos se vuelven hacia San José ¡tiene que ser culpa de él! Yo no creo en eso de rezarle a los santos. Pero si lo hiciera, me dirigiría a San José. ¡No tengo ninguna relación con María!

(Más tarde comenté esta historia con una amiga que estaba preocupada por el hecho de que yo no pudiera dirigirme a María. Después de pensar un rato, ella dijo: «Kimberly, lo que dices es cierto: ella es perfecta y tuvo sólo un hijo también perfecto; pero si realmente ella es la madre de todos los creyentes, ¡piensa tan sólo cuántos hijos difíciles tiene!»)

Fue en esta época cuando Dios, en su misericordia, nos concedió un sufrimiento especial: perdimos dos bebés prematuros en 1989: uno en enero (Raphael) y otro en diciembre (Noel Francis). Digo *en su misericordia* porque Dios tiene una manera tremenda de usar el dolor y el sufrimiento para apartar de nosotros muchas cosas superfluas y acercarnos más a Él. Como dice la Madre Teresa, nuestros sufrimientos son caricias bondadosas de Dios Padre llamándonos para que volvamos a Él, y para hacernos reconocer que no somos nosotros los que controlamos nuestras vidas, sino que es Dios quien tiene el control, y podemos confiar plenamente en Él. Comprendí más profundamente las verdades que había ya aceptado respecto a la anticoncepción, en lo relativo al don de nuevas vidas por parte de Dios, y empecé a entender de un modo personal la naturaleza redentora de nuestros sufrimientos.

El cielo se convirtió en una realidad más plena. Hasta entonces yo lo entendía como algo sólo entre Jesús y yo. Me habían enseñado que pensar en estar con alguien más en el cielo iba, en cierto modo, en detrimento de la gloria y maravilla de estar con Jesús. Pero con cada bebé perdido, una parte de mí había muerto. Añoraba estar con esos niños para sostenerlos y conocer sus preciosas almas. El gozo de volver a reunirnos con

aquellos a los que amamos –padres, hermanos, hijos–, y que como nosotros aman al Señor, es un gozo que manifiesta la gloria de Dios, reflejando, no opacando, la luz de su gloria. El cielo es descrito como una gran celebración, ¡como la fiesta de bodas del Cordero! Ciertamente al perfeccionarse el amor, no es aniquilado, sino que llega a su máximo florecimiento en la presencia de nuestro Dios.

Después de una operación por un embarazo extrauterino el 22 de enero de 1989, estaba postrada en mi habitación del hospital, llena de vacío, con un gran sentimiento de soledad por la pérdida de esta vida dentro de mí, y con el intenso dolor físico de la operación cesárea que me habían hecho (sin el consuelo natural de un pequeño a quien abrazar). Scott se había ido a casa para estar con nuestros otros tres niños, a quienes no se les permitía visitarme en el hospital durante mis cuatro días de recuperación. Y para empeorar las cosas, el doctor me había metido en la sección de maternidad, donde podía escuchar a los bebés y a sus madres a lo largo de todos los días de mi estancia.

Mientras volcaba mi corazón ante el Señor, imaginando a mi bebé separado de mí pero en sus brazos, Él me trajo a la mente pasajes de la Escritura que había aprendido tiempo atrás en Hebreos 11 y 12. (Es de notar qué importante fue el que yo memorizara estos textos de la Escritura, pues así Dios pudo traerlos a mi corazón en un momento de crisis, cuando no tenía acceso a su Palabra. Los católicos pueden y deben memorizar más y mejor la Escritura; ¡los protestantes no tienen ningún gen especial que les haga más fácil aprenderlos!)

Hebreos 11 es ese gran capítulo sobre la fe que menciona a santos maravillosos que arriesgaron tanto, incluso sus vidas, por Dios. El principio del capítulo 12 dice: «Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro una gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe.»

Yo creía, según mi entender protestante, que la comunión de los santos que afirmaba en el credo significaba que los santos en el cielo tienen comunión entre ellos, y los santos en la tierra tienen comunión entre ellos, pero que el contacto de cielo y tierra es sólo entre cada uno de nosotros y el Señor. Después de todo, el Antiguo Testamento condena claramente la necromancia: consultar a los muertos para saber el futuro.

Pero Hebreos 12 parecía decir que estamos rodeados (tiempo presente del verbo) en nuestra prueba de aquí abajo, por todos los hermanos y hermanas que han partido antes que nosotros. En otras palabras, yo no estaba sola en mi habitación del hospital. Yo sabía que Cristo estaba allí, pero también estaban muchos hermanos que habían muerto antes que yo. Es como si estuviésemos en un estadio olímpico y quienes ocuparan las gradas fueran antiguos medallistas en la prueba en la cual estamos ahora compitiendo. Ellos saben lo que les costó ganar, y ahora están animándonos.

En esa nube de testigos presente allí mismo, junto a mi cama, seguramente había santas que habían perdido hijos de más edad que mi bebé, o cuyos esposos habían muerto (no simplemente se habían ido a casa a cuidar a sus otros niños), o cuyas experiencias de soledad fueron peores que las que yo había vivido y cuya condición física había sido peor que la mía. Pero no estaban allí para juzgarme, afilando sus

lenguas sobre mi miserable incapacidad de superar la tristeza y la soledad. Más bien estaban para asistirme en nombre del Señor, con su compasión e intercesión por mí, mientras yacía allí con tanto dolor y pesar.

Si las oraciones del justo son tan poderosas, como dice Santiago 5, 16, ¿cuánto más las de aquellos que ya han sido purificados? Si yo puedo pedirle a mi madre en la tierra que rece por mí, y yo sé que el Señor oirá sus peticiones, ¿por qué no puedo pedirle a la madre de Jesús que interceda por mí? Esto no es lo mismo que la necromancia: estas almas son de los vivos, no de los muertos. Y yo no les estoy pidiendo que me predigan el futuro, les estoy pidiendo que intercedan por mí, exactamente como se lo pido a mis hermanos y hermanas en Cristo aquí en la tierra. No les estaba rezando a ellos en vez de a Jesús, sino dirigiéndome con ellos a Jesús, como lo hago en la tierra.

Esta oración de intercesión en ningún modo disminuye la gloria de Dios; más bien la manifiesta, porque vivimos como hermanos y hermanas en Él. Otros textos de la Escritura cobraban ahora sentido, y empecé a entender la rica doctrina de la comunión de los santos: ¡todos ellos eran verdaderamente mis hermanos mayores en el Señor!

Hasta entonces, los crucifijos siempre me habían molestado. Pero mientras estuve postrada en la cama del hospital (sólo por uno de los partos prematuros tuve tres hospitalizaciones), miraba al crucifijo y rezaba: «Jesús, el simple hecho de que estuvieses en esa cruz le da sentido a mi sufrimiento, porque puedo ofrecértelo. Aunque mi sufrimiento no es nada en comparación con el que tú soportaste.» Su dolor le daba razón de ser al mío, y yo estaba muy agradecida por eso. Estas hospitalizaciones fueron instrumentos de Dios para atraerme más hacia Él.

En la siguiente ocasión en que asistimos a misa en familia, tuve la fuerte sensación de que toda nuestra familia estaba unida. La Escritura enseña que los que están en el cielo participan de la misma liturgia que los de la tierra; así que, en la presencia del Señor nuestra familia era una.

Le pregunté a mi hermana menor, que había tenido ya cinco pérdidas, cómo había afrontado la posibilidad de un nuevo parto fallido cada vez que le ocurría. Kari se refirió a esos preciosos niños que su esposo y ella habían perdido, como sus tesoros guardados en el cielo. Me di cuenta de que, al igual que ella, también Scott y yo, con nuestras dos queridas almitas, teníamos dos tesoros en el cielo. El Señor nos había concedido dos intercesores especiales por nuestra familia.

Poco después, en Pascua, nuestra hija Hannah (de año y medio) tuvo que ingresar en el hospital por deshidratación. Una cosa era estar yo en el hospital con mi dolor, y otra muy distinta estar día y noche junto a la cama de mi hija, con su sufrimiento. Cuando ingresó en el hospital tenía fiebre muy alta, y a los cinco días le subió hasta 40,6°.

Las enfermeras se apresuraron a aplicarle paños con hielo, para bajar la fiebre rápidamente. Yo estaba durmiendo junto a la niña, y me levanté de un salto para ayudar. Afortunadamente, al no ser enfermera, no llegaba a apreciar lo grave de la situación.

En cuanto su cuerpecito ardiendo calentaba una de las toallas, se la quitábamos y le poníamos otra helada: era imprescindible que lográramos bajarle la fiebre. Hannah estaba allí postrada, con un brazo ligado a un tubo intravenoso, con el otro estirado hacia

mí, tanto como le era posible, y temblando fuertemente mientras gritaba: «¡Mami! ¡Mami!»

Hannah no podía entender lo que yo estaba haciendo. Se suponía que yo estaba allí para protegerla del daño, y en vez de eso, ayudaba a ponerle esos paños que le causaban tanto fastidio. No se lo podía explicar, pero yo sabía que estaba haciendo, con todo mi amor, lo mejor para ella.

Mientras esto sucedía, sentí que el Señor ponía su mano en mi hombro y me decía: «Kimberly, ¿ves qué buena madre eres? Tú amas a tu hija, y por eso, aunque lo sientas, le causas dolor para que pueda curarse. ¿Te das cuenta de cómo te he amado yo, hija mía? Te he hecho sufrir para sanarte, para atraerte a mi lado.» Mientras las enfermeras se concentraban en aliviar a Hannah, dentro de mí se estaba realizando también una profunda curación, y lloré por las dos.

En ese momento de mi vida, me di cuenta de que tendría que afrontar una nueva aflicción: si tomaba la decisión de no seguir siendo la única protestante en mi familia inmediata, tendría una nueva ruptura como la única católica en mi familia de origen. ¿Cómo podría elegir separarme de mi familia, dentro de la cual había sido educada y compartido tremendos lazos espirituales? ¿Cómo era posible que las mismas personas que me llevaron a la cena del Señor no pudieran a partir de ahora participar conmigo en ella? Nuevas preguntas y nuevos motivos de tristeza.

Las conversaciones con mis padres y hermanos sobre temas de la Escritura se volvieron más difíciles; las mismas Escrituras que mis padres me enseñaron a conocer y amar. Fue también muy duro para mis hermanos constatar el dolor que yo les estaba causando a mis padres. Y sé que mis padres no lo exteriorizaban mucho ante mis hermanos, para no perturbar más mis relaciones con ellos. (Son ciertamente almas nobles, que llevan sus penas ante el Señor.)

En aquella época escribí: «El vigor de la fe de mamá y papá, y su disponibilidad para cambiar mientras crecen en su vida espiritual, son para mí un claro testimonio para seguir a Cristo en su Palabra a donde yo esté convencida de que Él me lleva. No puedo evitarle a ellos el dolor que sienten al verme recorrer este camino. Pero yo no lo he buscado, es Dios quien por su gracia y misericordia me ha puesto en él.»

En Chicago, Scott y yo conocimos a un grupo que por entonces se llamaba la *Sociedad de Santiago*. Allí hicimos amistad con personas que tenían nuestras mismas convicciones (diferentes a nuestros amigos protestantes que no querían saber nada, o a nuestros amigos católicos que no podían imaginarse qué era lo que me detenía para comprometerme con la Iglesia católica). Éran personas en peregrinación, en transición, que se formulaban muchas de las preguntas que yo me hacía. Resultaba un gran alivio poder reunirse con personas que valoraban el agonizante esfuerzo que nos costaba alcanzar una unidad espiritual, y que se alegraban por los descubrimientos y avances que yo estaba haciendo.

Al año siguiente hice un curso sobre el Rito de Iniciación Cristiana para Adultos (RCIA) en la iglesia de Saint Patrick, para resolver mis dudas de una manera más convencional. Muchos aspectos de la doctrina católica ahora tenían sentido, pero otros

muchos estaban aún oscuros para mí. Esto me hizo recordar nuestras primeras semanas en nuestra nueva casa de Joliet: Scott estaba muy ocupado dando clases, y yo tenía trabajo a tiempo completo cuidando a nuestra recién nacida y a nuestros hijos de tres y cuatro años. Eso no nos dejaba mucho tiempo para desembalar y abrir cajas. Cuando me sentía desanimada por el escaso avance en nuestra mudanza, me iba a nuestro precioso comedor, me giraba para no ver las cajas, y sencillamente disfrutaba de la belleza de aquella habitación. Ahora, una vez más, volvía a creer que la vida pronto sería normal. ¿Sucedería lo mismo con la Iglesia católica? Podría ser, si tan sólo supiera «lo que había en las cajas». En otras palabras, la belleza de la Iglesia atraía mi corazón, pero aún había muchos interrogantes como para comportarme como si todo hubiera sido ya ventilado.

Una de las clases arrojó un poco de luz sobre un tema incómodo: los cuadros y las imágenes de Jesús, María y los santos. Pregunté:

—¿Por qué se permiten y hasta se estimulan, si uno de los diez mandamientos condena el hacer ídolos y postrarse delante de ellos?

El Padre Memenas respondió con otra pregunta:

—Kimberly, ¿tienes en tu casa fotos de familia?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué significan para ti?

—Las fotos me recuerdan a toda esa maravillosa gente que yo amo: nuestros padres, hermanos, hijos...

—Kimberly, ¿amas las fotos en sí o a las personas que representan?

—Desde luego que a los segundos.

—Pues esa es la función de las imágenes y los cuadros: nos recuerdan a esos maravillosos hermanos y hermanas que han partido antes que nosotros. Los amamos y damos gracias a Dios por ellos. La cuestión crítica en esto no es si las imágenes deben existir o no, ya que el Antiguo Testamento indica, poco después de enumerar los diez mandamientos, instrucciones específicas para hacer imágenes que serían parte del Santo de los Santos: imágenes del jardín del Edén, y el querubín sobre el propiciatorio, por ejemplo. Dios incluso ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce sobre un asta a la que el pueblo debía mirar para ser curados de las mordeduras. O Dios ha dado mandatos contradictorios, o la idea del mandamiento no es tanto no tener imágenes, como no adorarlas (como hicieron los judíos en el Monte Sinaí con el becerro de oro).

Esta y otras discusiones me dieron mucho en qué pensar; luego me surgió un nuevo dilema: ahora que me sentía atraída hacia la Iglesia católica, ¿qué iba a hacer con todo el enojo y feos sentimientos que había acumulado contra ella? Había llegado a veces a detestarla, culpándola de la crisis en mi matrimonio; a odiarla por haber destruido una vida familiar feliz; a maldecirla por la falta de gozo en mi propia relación con Dios. Tenía rencor por la pérdida de mis sueños... Y ahora mi «enemiga» se estaba convirtiendo en mi amiga, o al menos eso parecía.

Cuando llevé esto a la oración, sentí que Dios me decía: «Debes verme a mí detrás de todo esto. Tú le has echado la culpa a Scott, y le has echado la culpa a la Iglesia católica. Pero tienes que entender que soy yo quien está detrás de todo esto. Y puedo asumir tu

enojo.»

Me sentí como una chiquilla cuando me fui a dormir esa noche, porque había descargado todo en Dios. Me veía como una niña que se sienta en las piernas de su papá dándole puñetazos en el pecho y llorando hasta quedarse dormida exhausta. Dejé las cosas como estaban.

Por la mañana recibí una llamada de un amigo mío, Bill Steltemeier del canal católico EWTN. Dijo:

–¿Kimberly?

Contesté:

–¡Hola!

–Estaba rezando esta mañana, y el Señor me dijo que te llamara y te dijera: «Kimberly, te quiero.» Eso es todo.

No relacioné esto con lo de la noche anterior, hasta que mi madre vino con lo mismo un poco más tarde. Y mi madre no suele decir cosas como que el Señor ha dejado algo en su corazón para mí. De repente comprendí que lo que Él me estaba diciendo era: «Kimberly, yo he arrancado esa rabia de tu corazón. Yo la he absorbido. Todavía te amo. Ya ves, estoy a tu lado, estoy detrás de ti, yo te guío.» Tuve una profunda sensación de paz.

Además de recibir el RCIA, ayudé también en la clase de catecismo de Michael, no sólo por colaborar con la parroquia, sino para saber qué le iban a enseñar a mi hijo esos católicos. En cada clase repetíamos el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria al Padre. Yo rezaba el primero y el último, pero no el Ave María. Me lo sabía, pero no lo rezaba.

Cuando llegó el momento de la Primera Confesión, yo ya creía que era un sacramento. Me sentí particularmente contenta por una niñita: si alguien necesitaba de verdad la primera confesión, era ella. Cuando salió de ver al padre, estaba a punto de llorar.

–¿Pasa algo malo? –le pregunté.

–El Padre me ha dicho que rece el Ave María –me contestó.

–Bueno, lo mejor es que lo reces ya –le dije.

–No me acuerdo.

Heme aquí ante otro dilema. Yo no rezaba el Ave María porque no estaba segura de no ofender a Dios; pero también sabía que ella tenía que rezar su penitencia para que el sacramento fuera válido. Tragué saliva y dije: «Repíteme conmigo: Dios te salve, María.»

–Dios te salve, María.

–«Llena eres de gracia...

Lo recitamos todo, y cuando terminamos, se me quedó mirando con sus ojos grandes y me dijo: «¡Dos veces!»

¡Yo sabía que ella necesitaba realmente ese sacramento! Así que volví a respirar profundamente, y empezamos a rezarlo de nuevo. Mucha gente no recuerda cuándo rezó por primera vez el Ave María, ¡pero yo tengo un muy vivo recuerdo de mi primera vez!

Dave, un amigo de Milwaukee, me llamó una noche para ver si podíamos hablar sobre lo que todavía me impedía convertirme al catolicismo. Le dije que el problema era aún saber si María era o no mi madre espiritual. Él dijo:

–¿Qué piensas del capítulo 12 del Apocalipsis?

–No sé. No recuerdo haberlo leído. Déjame ir por mi Biblia.

Cuando regresé al teléfono, Dave me explicó:

–Ese capítulo trata sobre cuatro personajes principales que están en batalla. Aunque simbolizan a otros grupos de personas, el hecho es que son también personas específicas. La mujer con el hijo varón es María con Jesús. Lee el versículo 17: «Entonces el dragón se enojó contra la mujer y fue a hacer la guerra contra el resto de *su* descendencia, contra aquellos que guardan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús...».

Me quedé perpleja. ¿Cómo podía haber omitido ese pasaje en mi estudio sobre María? Tenía que admitirlo. «Supongo que significa que si yo doy testimonio de Jesús y guardo sus mandamientos, entonces espiritualmente ella es mi madre. ¡Caramba! María es una doncella guerrera que combate por medio de su maternidad.» Yo me sentía identificada con eso.

Este pasaje ayudaba a comprender por qué, al pie de la cruz, cuando estaba en plena agonía, según relata San Juan 19, 26-27: «Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, de pie cerca, dijo a su madre. “¡Mujer, he aquí a tu hijo!” Luego dijo al discípulo: “¡He aquí a tu madre!” Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa.» Basándose en este pasaje, la Iglesia católica enseña que el regalo que Jesús hizo de María al «discípulo amado» era una prefiguración de este mismo don de María que ha hecho a todos sus discípulos amados.

Yo era una discípula amada. Como Juan, ¿tenía que recibirla también en mi casa como mi madre? En vez de ver a María como un tremendo obstáculo para mí, estaba empezando a verla como un precioso regalo del Señor: alguien que me amaba, que me cuidaba y oraba por mí con corazón de madre. Ella no era ya una doctrina que había que entender, ¡sino una persona a quien abrazar con todo mi corazón!

Todavía estaba yo indecisa acerca de convertirme en la Pascua de Resurrección. El Miércoles de Ceniza dejé a nuestros niños en casa de mi hermana, para buscar casa en Steubenville. (Scott acababa de recibir un contrato de la *Franciscan University* de Steubenville.) Como era Miércoles de Ceniza, le pregunté a Dios a qué podría renunciar por la Cuaresma: chocolates, postres..., grandes sacrificios para mí.

Y entonces sentí que el Señor decía: «Kimberly, ¿por qué no renuncias?»

«¿Qué?! ¿Por qué no renuncio a qué?»

Él dijo: «¿Por qué no te niegas a ti misma? Tú sabes lo suficiente como para confiar en mí y en mi acción en la Iglesia católica. La actitud de tu corazón ha pasado de reclamar: ‘Yo no creo esto... ¡Demuéstralo!’ a decir: ‘Señor, no entiendo esto. Enséñame.’ ¿Por qué no te unes al convite? ¿Por qué no renuncias a *ti misma* en esta Cuaresma?»

En aquel momento sentí de verdad que era el Señor quien me llamaba a la Iglesia católica. Pasé las siguientes cuatro horas orando y alabándole, y con una gran paz al fin. ¡La sorpresa que le esperaba a Scott!

La noche siguiente, después de escuchar por teléfono la descripción de las casas que yo había visto, me dijo:

–Dicho sea de paso: estoy en esta conferencia de apologética aquí en California, y todo el mundo me pregunta dónde estás tú en relación al catolicismo –Scott estaba haciendo un gran esfuerzo por aparentar indiferencia con respecto a esto. Había aprendido la diferencia entre su argüir y la convicción que viene del Espíritu Santo–. No quiero presionarte en absoluto. Si no es en esta Pascua, no hay problema. Pero, ¿tienes una idea de dónde estás en este proceso?

Apenas podía esperar para decírselo:

–Va a ser en esta Pascua, Scott. El Señor me ha hablado al corazón mientras conducía la camioneta y me ha dicho que será en esta Pascua. ¿Scott?... Scott, ¿estás ahí?

Le llevó un minuto recuperarse: «¡Alabado sea el Señor!» Por primera vez Scott era capaz de ilusionarse con lo mucho que podríamos hacer como una familia católica unida. ¡Era tanto el gozo! ¡Era tanta la libertad!

Ya era hora. Era hora de estar unidos bajo el liderazgo espiritual de Scott. Hora de buscar juntos, dentro de la Iglesia católica, un apostolado que pudiéramos ejercer como matrimonio. Hora de decidir que podía hallar las respuestas a mis dudas dentro de la Iglesia que Jesús mismo fundó y preservó de error. Hora de liberarme de toda resistencia y de estar agradecida a Dios por todo lo que me había revelado.

Aunque yo creía en la transubstanciación desde hacía más de un año, no había sentido hasta entonces el deseo de recibir la Comunión. Pero ahora un hambre de Eucaristía se convirtió en el último pensamiento de la noche y el primero de la mañana. Por la fe, había aceptado a Jesús como Salvador y Señor desde mi adolescencia, pero ahora ansiaba recibir su cuerpo y su sangre. Porque Jesús no sólo se había humillado por nosotros al tomar la naturaleza humana para ser nuestro perfecto sacrificio; se había rebajado aún más dándonos su propia carne como vida y alimento de nuestras almas. Y todo esto, para que pudiéramos tenerlo en nosotros, no sólo en nuestros corazones, sino también en nuestro cuerpo físico, convirtiéndonos en tabernáculos vivientes. ¡Sentía que mi corazón estallaba de felicidad!

Dar a conocer la buena noticia no fue tan fácil. Algunos se alegraron tanto que resultó más bien humillante, por no decir algo peor. (...«¡No sabes cuántos rosarios he rezado por tu conversión!») Hubo amigos protestantes que no podían creer que, después de cuatro años, yo me hubiera doblegado. («¡Es una tragedia!») Para mi familia, supuso una gran tristeza; no es que me rechazaran por mi decisión, pero les resultó muy dolorosa, porque me amaban y porque les preocupaban las consecuencias que pudiera tener en nuestra familia.

Cuando llamé a mis padres para hacerles saber que había decidido entrar en la Iglesia católica esa Pascua, papá ni me alentó ni me desalentó. Sencillamente me dijo:

–Kimberly, es a Jesús al único a quien tienes que rendir cuentas. Cuando tienes a Jesús frente a ti, ¿qué puedes decirle con conciencia tranquila?

Y yo le contesté:

–Papá, le diría con todo mi corazón: «Jesús, te he amado a gran precio, y he sido obediente a todo lo que he entendido, siguiéndote hacia la Iglesia católica».

–Kimberly, si es eso lo que dirías, eso es entonces lo que debes hacer.

Las semanas de Cuaresma estuvieron llenas de gracias especiales para Scott y para mí. Mis objeciones acerca de la confesión se esfumaron: ya no podía esperar más.

Un día, un par de semanas antes de Pascua, Scott me dijo:

–¿Por qué no rezas el Rosario?

Con mi típico estilo dócil le dije:

–¡Ya me estoy haciendo católica, cariño. No me atosigues!

–Bueno..., era sólo una sugerencia –respondió.

La semana siguiente, mientras Scott visitaba la EWTN, Bill Steltemeier le dijo:

–Dicho sea de paso: el Espíritu Santo me ha dicho que yo esté dispuesto a enviarle mi rosario por correo a tu esposa.

Pensando en nuestra reciente conversación, Scott dijo:

–No sé si yo haría eso.

Bill no se desalentó:

–El Santo Padre me dio este rosario, y yo nunca pensé deshacerme de él. Pero el Espíritu Santo me ha dicho que se lo dé a Kimberly, así que se lo enviaré a tu esposa.

Scott me contó esto y me dio un libro sobre el rosario bíblico. Cuando llegó el rosario de Bill, lo miré y me dije: «¡Qué tesoro es este para cualquier católico! Realmente no puedo dejarlo tirado en mi escritorio. Pero, ¿me atreveré a usarlo?»

Me preocupaba que el Rosario fuera un ejemplo de la vana repetición al orar que había sido claramente condenada por Jesús. Sin embargo, una introducción al Rosario preparada por una monja, me ayudó a tener una nueva perspectiva. Ella urgía a los creyentes a verse a sí mismos, no como adultos cristianos, sino como niños delante del Señor. Por ejemplo, ella les recordaba a los lectores que cuando nuestros propios hijos pequeños dicen una y otra vez durante el día: «Te quiero, mami», nunca nos volvemos a decirles: «Cariño, esa es sólo una vana repetición». De igual modo, nosotros, como hijos pequeños, le decimos a María: «Te quiero, mami; ruega por mí», por medio del Rosario. Aunque es repetitivo, sólo se convertiría en vano si dijéramos las palabras sin darles sentido.

Los primeros tres días recé sólo un misterio, diciendo: «Señor, espero que esto no te ofenda.» Pero al cabo de unos días más, sentí de verdad que el Señor estaba dando su aprobación y me ayudaba espiritualmente por este medio. El Rosario se convirtió así en un elemento normal de mi vida. Entonces me decidí a decírselo a Scott. Fue ésta una más de las muchas ocasiones en las que, entre lágrimas y abrazos, tuve que humillarme para reconocer ante Scott que él había tenido razón en muchas cosas. Quiero leer aquí lo que acabo de escribir en mi diario de oración:

«Señor, rompe el hielo de mi corazón con el cálido aliento de tu Espíritu. Quiero quitarme del medio y dejarte trabajar en mí. Perdóname por favor, los años que rechacé la guía espiritual de Scott, y cambia mi corazón de piedra por un corazón de carne: tu carne eucarística. Gracias por la oportunidad de borrar mis sucios pecados con tus poderosas gracias en el sacramento de la confesión y penitencia, permitiéndome participar en la reparación del daño que he causado al Cuerpo de Cristo.

He disfrutado completamente con el Novio y su Padre, y espero con emoción la fiesta de boda ya cercana; pero Jesús quiere que también conozca a su Novia, la Iglesia, para que comprenda más profundamente con quién participaré en la celebración. ¿Qué novio querría que yo fuera a la fiesta y me quedara contemplándole sólo a él? Él quiere que también conozca a su esposa y la aprecie. Hasta ahora, la Iglesia ha sido para mí una abstracción sólo espiritual y no tangible. Pero ahora se está convirtiendo en algo más que sermones inspiradores y estimulantes servicios; se está volviendo personal. Más que una colección de doctrinas más verdaderas y ricas que las que tenía antes, la Iglesia ha venido a ser una entidad viva, palpitante, llena de personas defectuosas, como yo, necesitadas de médico para su enfermedad, pero envueltas, al mismo tiempo, en la magnífica gloria de Dios.

He prometido negarme a mí misma en esta Cuaresma, y sin embargo, como siempre ha sido con Dios, ¿qué es lo que he cedido sino lo que ya no quiero retener? Tu amor lo ha transformado todo, oh Señor. Sí, Scott estaba en lo correcto: ¿Por qué me trataste así? Para demostrarme tu amor.

Recuerdo el día que en Grove City empecé a sentir que ya no sabía quién eras Tú: el Dios de los protestantes o el Dios de los católicos. ¿Estabas Tú al lado de Scott y enojado conmigo? me preguntaba. Pero no cambiaba mi opinión. Ni leía, ni estudiaba, ni rezaba: era muy doloroso. No quería renunciar a mis sueños, a mis proyectos, a mi título académico, a mi forma de entender la verdad. Lo tenía todo controlado. ¿Volver a definir mis términos teológicos, o arriesgarme a perder amistades o lastimar a mi familia? De ningún modo. Era como una pesadilla de la que estaba segura iba a despertar pronto.

Pero ahora, Señor, puedo sentir tu amor por mí en plenitud. Tú no sólo me amas ahora que he llegado a la verdad. Tú me has amado en cada paso del camino, por lo que yo soy, no sólo por lo que llegaría a ser.

Te ruego que me enseñes todo desde el principio. Quiero ser dócil. He sido quebrantada. Derrama el aceite de tu gozo para hacer moldeables las rotas piezas de arcilla. Mi corazón canta de nuevo la bondad del Señor.

Las cruces que me has dado por medio de Scott y de mí misma estos últimos siete años, son grandes dones. El dolor ha dado su fruto.»

Durante un rato de oración, la semana anterior a Pascua, quedé maravillada de cómo la custodia parece un símbolo de la Iglesia católica. Como muchos protestantes, pensaba que María, los santos y los sacramentos eran obstáculos en el camino entre los creyentes y Dios, y que debían ser esquivados para llegar a Él. Parecían complicar innecesariamente la vida con Dios, como las adherencias sobre los tesoros sumergidos, que deben ser descartadas para lograr lo que es de verdad importante.

Pero ahora veía que era justo al contrario. El catolicismo no es una religión ausente, sino más bien orientada a la presencia. Eran los católicos los que tenían a Jesús físicamente presente en las iglesias, y se veían a sí mismos como tabernáculos vivientes después de recibir la Eucaristía. Y como Jesús es la Eucaristía, tenerle a Él como centro permite que toda la riqueza doctrinal de la Iglesia emane de Él, como los bellos rayos

dorados se desparraman desde la hostia en la custodia.

Mi Vigilia Pascual tendría su mezcla de gozos y pesares, como ocurrió con la de Scott. Mis padres habían decidido asistir a la misa; ya que yo estaba tomando una decisión importante que cambiaría toda mi vida, consideraron que debían estar presentes. Me alegró que vinieran, pues esto me permitiría compartir el dolor que yo les estaba causando, aunque experimentara a la vez la alegría de ser recibida en la Iglesia católica.

Vinieron llenos de amor para estar con nosotros. Salimos a cenar la noche anterior, y tuve una maravillosa oportunidad de explicarles desde el fondo de mi corazón por qué me hacía católica. Quería que ellos supieran que era una decisión largamente meditada, y lograda tras mucha oración y estudio. De hecho –les dije– si Scott muriera el lunes después de Pascua, yo ni siquiera pensaría en volver a salir con un protestante, puesto que mi fe se había fraguado a un tan alto precio.

Quería decirles también que yo no era la causa principal de su dolor, pues el Señor estaba detrás de todo. Para mí hubiera sido muy fácil echarle la culpa a Scott por mi desgarró, o a la Iglesia católica por inmiscuirse en mi vida, en vez de ver la mano del Señor obrando. Pero ahora podía ver que Dios en su misericordia había intervenido en mi vida porque me ama muchísimo.

En la mañana de la Vigilia Pascual, mi querida amiga Barb trajo tres cirios pascuales de parte de un grupo en el cual nuestra familia se había integrado. Este grupo, *Catholic Families and Friends*, estaba preparando una gran fiesta esa noche para celebrarlo con nosotros. Querían que la casa estuviese todo el día llena de fragancias de gozo. A continuación, mis padrinos, el Dr. Al Szews y su señora, llegaron desde Milwaukee con regalos especiales. Como preparación para la ceremonia, mis padres oraron conmigo en casa, y mis padrinos rezaron luego en la iglesia.

Después de mi confesión, oré para preparar mi corazón para la misa de la Vigilia. Luego garabateé una nota para Scott: «Mi querido Scott, estoy *tan* agradecida por ti y por tu esfuerzo en lograr este paso para nosotros. Te amo. K.» No sabía cómo expresar la enorme gratitud que sentía por la fidelidad de Scott hacia Dios.

En el banco siguiente al mío se sentó Scott, que lloraba de alegría al verme llegar a la plenitud de la fe católica y recibir con él al Señor en la Eucaristía; también se sentaron ahí mis padres, que lloraban de tristeza por verme convertida al catolicismo, que ellos nunca hubieran escogido para mí. Pensé que apenas podría soportar ni el gozo ni la pena en el momento de dar la paz.

Después de la misa, empezó la fiesta. Mis padres se escabulleron tras estar con nosotros unos minutos. La alegría de todos por mi conversión era indescriptible. El Domingo de Pascua, después de la misa de gloria por la mañana, nuestra familia se dirigió a Milwaukee, donde en casa de los Wolfe (los padrinos de Scott), y acompañados por nuestros queridos amigos, celebramos el ser ahora una familia católica. ¡Qué inmensa alegría! En mi caminar espiritual había comenzado el verano.

9. La vida de una familia católica

Scott:

Cuando los protestantes evangélicos se convierten al catolicismo, frecuentemente entran en una especie de «trauma cultural religioso». Han dejado atrás congregaciones en las que se canta a pleno pulmón, con una predicación práctica basada en la Biblia, un tono conservador pro-familia en el púlpito, y un vivo sentido de comunidad; con varias reuniones de oración, compañerismo y estudio bíblico entre las que pueden escoger cada semana. En contraste, la parroquia católica media generalmente anda más bien parca en estos aspectos. Aunque los nuevos conversos normalmente sienten que ellos «han vuelto a casa» al hacerse católicos, no siempre se «sienten en casa» en sus nuevas familias parroquiales. Kimberly y yo pudimos experimentarlo.

No obstante, lugares como la *Franciscan University* de Steubenville demuestran que esto no tiene por qué ser necesariamente así. Lo que más nos ha impresionado durante nuestra estancia en Steubenville es precisamente la forma en que se combina lo evangélico y lo católico. Me refiero al modo en que la fe católica une lo que otras religiones tienden a separar: devoción personal y ritual litúrgico; apostolado evangélico y acción social; fervor espiritual y rigor intelectual; libertad académica y ortodoxia dinámica; culto entusiasta y reverente contemplación; predicación vigorosa y devoción sacramental; Escritura y Tradición; cuerpo y alma; lo individual y lo comunitario.

Desde la conversión de Kimberly, podemos compartir todo esto en familia. Nos esforzamos por asistir diariamente a misa como familia en la universidad. Con la Eucaristía como centro de nuestras vidas, somos capaces de mostrarle a nuestros hijos cómo la Biblia y la liturgia van unidas, como el menú con la comida. Nuestros niños ven a docenas de sacerdotes y cientos de estudiantes que viven el Evangelio de un modo práctico.

Dar clase a tales estudiantes ha resultado una de las experiencias más gratificantes de mi vida. Tienen pasión por estudiar la Escritura, por aprender teología y por hacer cientos de preguntas difíciles. (Afectuosamente yo llamo a mis estudiantes «mis santos chupacerebros»). Cuando la clase ha terminado, buscan cómo aplicar lo que han aprendido, en sus trabajos y en sus relaciones personales. Estoy convencido de que Dios está preparando muchos de los futuros responsables de la Iglesia católica en esta universidad.

Además de mi trabajo en la universidad, el Señor nos ha proporcionado a Kimberly y a mí numerosas oportunidades de dar testimonio. Con cientos de mis charlas grabadas en cassettes y cintas de vídeo, el mensaje llega mucho más allá de nuestro limitado espacio

de viaje. Estas grabaciones están ahora circulando por muchos países. Nos han llamado o escrito desde Canadá, México, Inglaterra, Escocia, Holanda, Polonia, Lituania, Bélgica, Austria, Australia, Nueva Zelanda, Ghana, Japón, Indonesia, Filipinas y otros muchos lugares. ¡Y pensar que temíamos no poder volver a hacer apostolado juntos...!

Todo esto ha sido posible gracias a nuestra asociación con Terry Barber y Saint Joseph Communications. En el lapso de un año «La grabación» de la charla que di a sólo treinta y cinco personas en 1989, había sido adquirida por más de treinta y cinco mil personas. Los números han ascendido a cientos de miles en los últimos años. Además de la cinta de mi conversión, Terry ha distribuido más de doscientas grabaciones de mis discursos, que abordan una gran variedad de temas y explican diversos aspectos de la doctrina católica.

Mi padre tenía razón, después de todo (y él se encarga de que yo no lo olvide). Se aseguró bien de que yo supiera cuán orgulloso se sentía de su hijo menor, el teólogo no joyero.

Después de una larga enfermedad, falleció en diciembre de 1991. Fue una de las más duras y a la vez más bellas experiencias de mi vida. Durante muchos años él había sido un agnóstico; pero a través de sus sufrimientos, recobró su fe personal en Cristo. En las últimas semanas de su vida, logramos compartir momentos muy significativos, rezando, leyendo la Escritura y hablando acerca de su vida y del Señor. Nunca olvidaré el privilegio que tuve de sostener su mano y cerrar sus ojos cuando su Padre Celestial lo llamó; ni dejaré tampoco nunca de agradecerle a Dios el haberme dado un padre terrenal que me hizo tan fácil amar a mi Padre del cielo.

Una semana después, mi suegro, el Dr. Jerry Kirk, me llamó para invitarme a acompañarlo a Roma el mes siguiente, a una reunión con el Papa Juan Pablo II. ¡Lo que hace la gracia de Dios!

Como fundador de R.A.A.P. (*Religious Alliance Against Pornography*, Alianza religiosa contra la pornografía), Jerry había sido invitado por miembros de la jerarquía católica para dirigir una sesión de tres días en el Vaticano con un grupo de unos doce líderes religiosos de Norteamérica. El Cardenal Bernardin había organizado la reunión con el fin de coordinar estrategias con representantes del Vaticano para combatir la pornografía en todo el mundo. Al final de nuestras deliberaciones, tendríamos una audiencia privada con el Santo Padre para presentarle nuestras conclusiones y comentarlas con él en forma más detallada.

Así que fui a Roma por primera vez. Entre sesión y sesión pude visitar San Pedro y algunos otros lugares sagrados, no como turista, sino como peregrino. Fue algo tremendo.

Al final de los tres días, un jueves por la tarde, nos llevaron por un laberinto de pasillos y nos acompañaron hasta una sala de reuniones. Mientras estábamos allí sentados esperando que el Papa llegara, oré intensamente. Una vez que él entró en la sala, los trámites parecieron completarse en un instante. Cuando terminamos, Jerry tuvo el privilegio de presentarnos a cada uno al Papa. Al llegar mi turno, oí a mi suegro decirle a mi padre espiritual: «Santidad, permítame presentarle a Scott Hahn, profesor de

la *Franciscan University* de Steubenville.»

Estreché su mano, y eso fue todo; el Papa pasó a saludar al siguiente de la fila. Yo me quedé allí, todo feliz y dándole gracias a Dios por el privilegio de haberme encontrado con mi padre espiritual en Cristo, aunque sólo hubiera sido por unos segundos. Al menos pude estrechar la mano del Vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, una emoción no pequeña para este antiguo anticatólico.

Una hora más tarde, los líderes volvieron a concentrarse en la sala del Vaticano donde nos habíamos reunido durante toda la semana. Mientras yo entraba, oí una explosión de risas que venía de donde se hallaba mi suegra, que estaba frente a una mesa observando una fotografía. Me acerqué para indagar. Al llegar junto a ella, pude ver una foto de su esposo presentando a su yerno al Papa. «¿Puedes creerlo? Después de todos estos años, por fin tu suegro logró presentarte a *ti* al Papa.» Mientras reía aún más fuerte, me abrazaba cariñosamente. ¡Qué suegra tan tremenda!

A los pocos minutos, un teléfono repicó en una oficina al fondo del pasillo. Un hombre de edad vino a la sala de reuniones preguntando. «¿Está aquí el Profesor Hahn?»

Yo levanté mi mano para identificarme.

«Es una llamada para usted.»

Mientras caminaba por el pasillo, me preguntaba quién podría ser. Cogí el teléfono, y escuché una voz con marcado acento: «¿Podría usted estar mañana, a las 7 de la mañana, en la capilla privada de Su Santidad, el Papa Juan Pablo II, para asistir a la Santa Misa?»

Primero pensé que era una broma. Pero luego recordé un encuentro al principio de la semana con el Profesor Rocco Buttiglione, quien se ofreció a usar su influencia ante el secretario privado del Papa, para lograr que yo pudiera asistir a la misa matutina del Papa.

«Sí, claro que puedo estar allí.» Pero estaba tan nervioso que olvidé preguntar los detalles.

Afortunadamente el Cardenal Cassidy, uno de los representantes del Vaticano en la sala de reunión, me explicó el procedimiento. Debía llegar a determinada puerta a las 6:30 de la mañana, donde un guardia suizo me acompañaría.

A la mañana siguiente, después de un fútil intento para dormir, me levanté y tomé un taxi hacia la Plaza de San Pedro. Llegué con más de una hora de antelación. Caminando alrededor de la plaza, recé el rosario y me preparé para lo que yo sabía que era privilegio de toda una vida.

Conforme a lo dicho, a la hora prevista alguien vino a buscarme. Me llevó por escaleras y corredores, hasta que me encontré en medio de varios obispos y sacerdotes que se estaban revistiendo para concelebrar con el Papa.

Permanecí allí nervioso, hasta que de pronto el secretario personal del Papa asomó la cabeza por la puerta, mirando alrededor de la sala. Por fin habló:

–¿Dónde está el teólogo de la universidad de Steubenville?

Apenas si pude hilar sus palabras debido a su fuerte acento. Pero al fin entendí que estaba preguntando por mí. Levanté mi mano con timidez, y dije:

–Aquí estoy.

Me miró e inclinó la cabeza.

–Pues bien, se lo diré.

No tenía ni idea de qué se trataba, pero me sentí observado por todos los prelados extranjeros que miraban hacia mí y se preguntaban: «¿Quién es este hombre, y qué cargo tiene?»

Momentos después se me condujo por el pasillo hacia una pequeña capilla privada. En cuanto entré noté que el Papa Juan Pablo II estaba ya allí en su reclinatorio, orando ante el tabernáculo. Arrodillándome a pocos pies de distancia, pedí al Señor la gracia especial de unir mi corazón con el de mi padre espiritual al renovar la alianza por la celebración del sacrificio de Cristo en la misa.

Cuánta reverencia y amor mostraba el Papa en cada parte de la liturgia eucarística. No recuerdo haber sentido nunca antes tan vívidamente la realidad de la presencia de Cristo.

Al terminar la misa, nos condujeron al vestíbulo de la capilla, mientras el Santo Padre permanecía en su reclinatorio en acción de gracias. Yo fui el último en salir, y no pude resistir la tentación. Me detuve, me arrodillé a unos cuantos pasos detrás de él y recé, allí a solas con el Papa, durante casi medio minuto, hasta que oí pasos acercándose apresuradamente hacia la capilla. Como sospeché, habían contado y notado la falta de uno. Me puse de pie, exactamente cuando el secretario personal del Papa entraba en la capilla. Me guió con amabilidad pero con firmeza hacia la sala donde el Papa se reuniría con nosotros en unos pocos minutos.

Mientras esperábamos, oré y preví lo que iba a hacer. En eso entró el Papa. Lo que más me impresionó fue cuánto más despierto y enérgico se le veía ahora, inmediatamente después de la misa, comparado con el aire de cansancio que había notado en su rostro el día anterior, durante la audiencia privada de la tarde.

Parecía intensamente interesado en cada uno de los que iba saludando. Trataba a cada uno como si fuese la única persona en la sala. Le miraba directamente a los ojos y escuchaba atentamente antes de hablar. Ahora era mi turno.

Avanzó para saludarme, y al extenderle mis dos brazos, nos abrazamos. Le entregué entonces un juego, bellamente envuelto, de mis grabaciones tituladas «Respuestas a las objeciones más comunes», junto con un sobre que contenía una carta personal y dos cheques como muestra de amor y respeto de parte de las familias Barber y Hahn.

Me miró a los ojos y me dijo:

–Dios te bendiga. ¿Eres tú el profesor de teología de la universidad de Steubenville?

–Sí, Santo Padre, yo soy.

–Por favor, transmite mis saludos y bendiciones a la comunidad de Steubenville.

–Santo Padre, mi padre natural acaba de morir el mes pasado, y ahora mi Padre celestial me bendice con el privilegio de encontrarme con usted, mi padre espiritual.

Y nos abrazamos por segunda vez.

Se me quedó mirando intensamente y dijo:

–Siento saber que tu padre ha fallecido. Dios le bendiga. Rezaré por él.

Mi corazón saltó al recordar inmediatamente aquella línea de la Escritura: «Todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo.»

Luego, le expliqué brevemente, en apenas un minuto, todo mi peregrinaje espiritual de pastor presbiteriano anticatólico que se había convertido al catolicismo apenas seis años atrás.

Él escuchó atentamente antes de darme otro apretón de mano, una bendición y un rosario. Al salir de la presencia de Juan Pablo II —el ungido por mi Padre celestial y mi hermano mayor que pastorea la familia de la Alianza de Dios en la tierra—, tuve una fuerte sensación de que Dios me estaba diciendo: «Scott, lo mejor está aún por venir.»

Kimberly:

Seis semanas después de ser recibida en la Iglesia católica, nuestro hijo mayor, Michael, hizo su Primera Comunión. Yo era católica desde hacía muy poco, y sentí que mi corazón iba a estallar de alegría. No puedo imaginarme cómo se sentirán esos padres que, habiendo nacido católicos, han soñado con tener un hijo y llevarlo a la mesa del Señor para su Primera Comunión. (Nosotros hemos tenido ya la oportunidad de llevar también a Gabriel, y con impaciencia esperamos la llegada de ese día especial para Hannah).

En cada ocasión, las preocupaciones de mi corazón han sido éstas: Primero, espero que la fiesta del Cordero Pascual del cielo sea más importante que el agasajo terreno que sigue. Y segundo, que la atención esté más centrada en la presencia de Jesús en la Eucaristía que en los regalos que los niños puedan recibir.

Un día, durante la consagración de la misa, Scott se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿Puedes imaginarte cómo están cantando los ángeles?

Su pregunta me indujo a pensar en realidades que yo no había tenido en cuenta antes. Ciertamente los ángeles están presentes durante la liturgia, pero ellos no reciben al Señor. Deben observar, maravillados y trastornados por el increíble amor que nuestro Padre celestial muestra por nosotros enviando a Jesús a la tierra para asumir la humilde naturaleza humana, para entregar luego esa vida en sacrificio por nosotros, y finalmente, para alimentarnos con la ofrenda de su Cuerpo y Sangre resucitado y glorioso. ¡Qué magnífico misterio!

Ayunar durante la hora previa ha sido también una buena experiencia, ya que es una pequeña mortificación (de las cuales no hay muchas en mi vida), que me indica mi necesidad de tener hambre de almas.

Nuestro traslado a Steubenville ha sido una gran bendición. Hemos hecho muchos amigos en la universidad y en la comunidad. Tenemos más de cuarenta familias en nuestro grupo «Corazón de María» para el apoyo a la educación en casa. Y los estudiantes de la universidad han sido un gran refuerzo para nuestros niños en cuanto al modo de vivir el compromiso con el Señor.

¿Cómo ha cambiado nuestra vida? ¡Mi corazón está lleno de la bondad del Señor y del gozo de mi salvación, que durante cinco años quería tener y no podía!... Creo que podría resumir todo en tres frases: unidad restaurada, apostolado renovado y familia

revigorizada.

Nuestra unidad ha sido restaurada. Tenemos de nuevo fuertes convicciones en común, incluso más profundas ahora, después de todo lo que nos ha tocado pasar. Me encanta escuchar las enseñanzas de Scott. En vez de impacientarme durante sus clases de Biblia, realmente las disfruto.

Participamos juntos en la Eucaristía, unidos a un grupo de creyentes comprometidos que aman al Señor y quieren compartir fielmente su amor por Él. Antes los niños percibían nuestra falta de unión, aunque no hablábamos mucho de nuestros desacuerdos delante de ellos. Más que un gran alivio, nuestros hijos han experimentado de verdad nuestro gozo por estar de nuevo tan profundamente unidos.

Nuestro apostolado se ha renovado enormemente. Algunos sueños han muerto, pero Dios los ha suplido con superabundancia. En nuestra casa hemos tenido muchísimas ocasiones de ofrecer hospitalidad: cada año comen con nosotros más de trescientas personas. Además, hemos alojado en casa a muchos estudiantes de la universidad, los cuales cambian de un semestre a otro, y eso supone para todos una nueva aventura, la de vivir en una familia extensa. Y nuestra amplia sala acoge cada semana a grupos de entre veinte y cincuenta personas en los cursos bíblicos que impartimos Scott y yo.

Ambos hemos empezado también a dar charlas juntos en nuestros viajes, y hemos tenido el privilegio de poder reunirnos y compartir nuestra fe con tantos maravillosos, comprometidos y maduros católicos en todo el país. La difusión de las grabaciones a través de *Saint Joseph Communications* ha hecho posible que nuestro mensaje llegue mucho más allá de donde nosotros podríamos viajar. Y el permanente apostolado del teléfono y el correo nos ha puesto a prueba hasta el límite de nuestro tiempo y energía. ¡Y pensar que todas esas formas de apostolado las creí perdidas para siempre!... El Señor tenía su tiempo para restablecerlos.

Nuestra familia se ha revigorizado gracias a los nuevos canales de gracia ahora abiertos para nosotros: la confesión regular, y la Eucaristía casi diaria. Hemos tenido el gozo de aprender sobre el calendario litúrgico, con la observancia de ayunos (Adviento, Cuaresma, y viernes,...) y con las fiestas. (Además de los cumpleaños y Navidad, celebramos el día de nuestros santos y aniversarios de bautismo.)

Al concebir a mi primer hijo ya como católica, sabía que cada mañana, al recibir la Eucaristía, mi bebé era alimentado y nutrido por el Señor en persona. Después de mis abortos espontáneos, no tenía la seguridad de poder llevar este embarazo a término, pero sí estaba segura de que cada día podía llevar esta pequeña vida ante Jesús y recibir la bendición del sacerdote. Por primera vez puse también a los santos del cielo a trabajar, pidiéndoles que intercedieran por mi hijo. ¡Qué gran gozo fue dar a luz a Jeremiah Thomas Walker el 3 de julio de 1991, y bautizarle a principios de septiembre! Resultó una inmensa alegría y un puente con mi familia de origen el que mi padre participara en el bautismo.

Hasta el día que fui recibida en la Iglesia, no habíamos ido a Misa diaria como familia; ahora, la Eucaristía es parte principal de nuestra jornada. Hemos recibido la bendición de muchos padres que pasan por Steubenville y celebran la Misa. La pregunta

más común de Hannah, maravillada al ver tantos sacerdotes, es: «¿Y ése también es mi padre?»

Apreciamos nuestra tradición evangélica, en la cual la gente canta y ora con todo entusiasmo. Por eso, uno de los elementos del culto que mi familia ha valorado más en la *Franciscan University* es la forma en que el pueblo participa. Como Scott dice: «Si la Eucaristía no te motiva a cantar, ¿qué lo hará?»

Aunque no siempre es fácil, es muy bueno que toda la familia participe en la Misa. Es un buen momento para la cercanía física y para hablar a los niños del Señor. Aunque a veces parezca que la gracia recibida ha sido ya gastada antes de que termine el canto final (porque hay que mantener la disciplina y evitar sus distracciones), siempre es mejor traerlos a la presencia de Jesús, que dejarlos fuera.

Al final de la misa solemos tener lo que hemos llamado nuestro «santo amontonamiento». Nos juntamos todos y elevamos una oración de acción de gracias. Yo estoy muy agradecida al cielo por la unidad de nuestra familia bajo la guía espiritual de Scott.

¡Qué hermoso es sentirse en casa en la Iglesia católica romana! Y qué privilegio ha sido poder reflexionar sobre nuestras vidas y dar testimonio de cómo el Señor ha guiado nuestros pasos hacia Él y hacia su Iglesia. Ciertamente, como dice el salmista: «Ha hecho memorables sus maravillas, el Señor es clemente y compasivo» (Sal 111, 4).

Que el Señor, por su abundante misericordia, nos haga a todos capaces de entregarnos cada día más a Él.

Conclusión

Una llamada a los católicos a ser cristianos bíblicos (y viceversa)

Ya hemos contado nuestra historia. Para terminar, queremos dar gracias a Dios por su gracia y su misericordia. También queremos hablar brevemente del desafío que Dios nos ha planteado en su Palabra.

A nuestros hermanos y hermanas católicos queremos animarlos y motivarlos a conocer mejor la fe católica, que ha sido confiada a nosotros como un patrimonio sagrado. Por vuestro propio bien –y el de los demás– estudiadla, para saber *qué* creéis y *por qué* lo creéis. Leed la Sagrada Escritura diariamente. Es la inspirada e infalible Palabra de Dios escrita para vosotros, como la Iglesia católica ha enseñado sistemáticamente a lo largo de este siglo, especialmente en el Concilio Vaticano II. Creed en ella. Usadla para hacer oración. Memorizadla. Sumergíos en ella, ¡como en una tina de agua templada! Aprendedla bien, para que podáis vivirla más plenamente, y compartirla con más gozo. Ese es el camino para hacer la fe «contagiosa». ¡Necesitamos más católicos contagiosos!

Además de la Biblia, tened también un ejemplar del *Catecismo de la Iglesia Católica* y leedlo todo –de principio a fin– por lo menos una vez. Es indispensable para poner en práctica las enseñanzas del Vaticano II. De hecho, es «la clave del Concilio». Y ya que estáis en ello, ¿por qué no desempolváis los *Documentos del Concilio Vaticano II*? (los tenéis, ¿verdad?). Podéis dedicar unas cuantas semanas a refrescaros con el verdadero «espíritu del Concilio» sacado directamente de sus textos. El Vaticano II hace una llamada a la renovación, pero la respuesta a esa llamada se ha retrasado. Vendrá en cuanto los católicos normales y corrientes –como vosotros y como yo– den este paso fundamental. En realidad no es tan difícil; cualquier «buen cristiano» puede hacerlo.

El mensaje más importante del Vaticano II es la llamada universal a la santidad. Básicamente esto significa que todos –no sólo los curas y las monjas– están llamados a ser santos. Esto requiere que cada uno le dé la máxima prioridad a la oración, y oración *diaria*. El hombre moderno, especialmente, en la cultura occidental, suele estar «demasiado ocupado» para tener vida interior y crecer en ella; pero como católicos, sabemos que esto es absolutamente esencial, antes que todo lo demás. Haced cada uno un «plan de vida» que incluya la oración. Puede parecer fácil, pero a veces es realmente difícil; aunque nunca tan difícil como una vida sin oración diaria.

El fundamento de la vida católica deben ser los sacramentos, especialmente la Eucaristía. No podemos hacerlo nosotros solos. Cristo lo sabe y por eso ha instituido los sacramentos, para darnos su vida y su poder divinos. Debemos estar atentos para no participar en los sacramentos de modo inconsciente o distraído. No son medios mágicos

o mecánicos para hacernos santos sin nuestra fe y esfuerzo personal. Un católico no puede estar en la Eucaristía como un coche que pasa a través de un lavado automático. Así no funciona. La gracia no es algo que *se nos hace*; es sobre todo la vida sobrenatural de la Trinidad injertada profundamente en nuestras almas para que Dios pueda hacer su hogar en cada uno de nosotros. Es la alianza que estamos llamados a vivir como hermanos y hermanas en la Familia Católica de Dios. Cristo es el alimento de nuestras almas; no nos pongamos a dieta.

Los católicos que ya cultivan la oración, el estudio y una vida basada en los sacramentos, deben también ser apóstoles más activos allí donde se encuentren: en casa, en el trabajo, en el mercado, pero especialmente con la familia y los amigos. En los años recientes la Iglesia católica ha perdido literalmente millones de miembros que se han pasado a denominaciones o congregaciones fundamentalistas y evangélicas. Esto crea nuevas y estimulantes oportunidades, no sólo de convencer a ex-católicos para que vuelvan a la Iglesia, sino también de mostrarles a los no católicos nuestra fe como realmente es: basada en la Biblia y cristocéntrica.

Hemos de reconocerlo: muchos cristianos no católicos nos ponen en vergüenza. Con su Biblia en la mano y su gran celo por las almas, hacen mucho más con menos medios, que muchos católicos que tienen la plenitud de la fe en la Iglesia, pero que están raquíticos y adormilados. ¡Es tanto lo que compartimos con los demás cristianos en cuanto a la verdad que la Biblia enseña sobre Cristo! Pero a ellos les falta nada menos que la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Por decirlo de forma sencilla: ellos estudian el menú mientras nosotros disfrutamos de la Comida! Pero con demasiada frecuencia, ni siquiera conocemos los ingredientes, y no podemos compartir la receta. ¿Acaso nos pide demasiado nuestro Señor a los católicos, al decirnos que hagamos más, mucho más, por ayudar a nuestros hermanos separados a descubrir en el Santísimo Sacramento al Señor que tanto aman? Si nosotros no lo hacemos ¿quién lo hará?

Queremos también compartir este reto con nuestros hermanos y hermanas en Cristo que no son católicos. Con amor y respeto damos testimonio de la fidelidad de nuestro Dios a su alianza, quien a lo largo de las épocas ha creado la gran familia de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Pablo se refiere a esta Iglesia como «el hogar de Dios», que es columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3,15). Esta es otra forma de decir que la familia de Dios ha sido establecida y autorizada divinamente para mantener la verdad revelada.

Dios crea su familia en una sola iglesia. Un padre es glorificado por la unidad de su familia; un hombre es desgraciado cuando tiene hijos separados. La unidad real significa identidad de vida que se experimenta en la unidad de fe y de práctica. Todo esto se aplica a la Iglesia de Dios: un Padre santo es capaz de preservar su única familia santa, y esto es lo que ha hecho con la Iglesia católica.

Es de esta Iglesia de la que Cristo habla: «Construiré *mi* Iglesia.» No es *tu* Iglesia ni es la mía; es de Cristo. Él es el constructor; nosotros sólo somos herramientas. Engrandecer la Iglesia no es despreciar al Señor. La Iglesia católica es su obra. Reconocer la grandeza de la Iglesia católica –su autoridad divina y testimonio infalible– es nada menos que

enaltecer la obra redentora de Cristo. Consecuentemente, rechazar la autoridad y desdeñar el testimonio de la Iglesia –aun cuando se haga con un malentendido celo por el exclusivo honor de Cristo– es desafiarle a Él y a la plenitud de su gracia y verdad. Con muchas dificultades, Saulo aprendió esta lección.

La Iglesia católica es llamada también el Cuerpo Místico de Cristo; el Espíritu Santo es su alma. Un cuerpo sin alma es un cadáver; un alma sin cuerpo es un fantasma. La Iglesia de Cristo no es ni una cosa ni otra; pero a duras penas se la podrá llamar cuerpo si carece de unidad visible. De no ser así, Pablo no la habría llamado Cuerpo de Cristo, sino simplemente su Alma. Pero el alma está hecha para dar vida al cuerpo, no para flotar alrededor sin él. Cuando el alma cumple su cometido, todas las partes y miembros del cuerpo están vivos y saludables. Dentro de la Iglesia católica, estas partes y miembros son llamados «santos». Los santos irradian la vida del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo. Este es entonces el propósito del Espíritu Santo, mantener el Cuerpo visible de Cristo vivo en la verdad y la santidad. Así lo ha estado haciendo durante dos mil años: y eso que ha hecho se llama Iglesia católica. No es, pues, casual que en el Credo de los Apóstoles estos elementos estén tan estrechamente conectados: «Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos...»

En el centro de esta visión católica está la Trinidad. Dios es una familia eterna de tres Personas Divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Alianza es lo que nos capacita para participar en su propia vida divina. Para nosotros eso significa nada menos que la participación de nuestra familia –como hijos de Dios– en la comunión interpersonal de la Trinidad. Esto es lo que los católicos llaman gracia, gracia *santificante*. Este elevado concepto de la gracia es la base de cada una de las creencias católicas. Ya se trate de María, el Papa, los obispos, los santos o los sacramentos, todo es hecho posible por gracia de Dios viva y activa. Dios lleva nuestra naturaleza caída más allá de sí misma por gracia divina. (La palabra clave aquí es «más allá de» –«y no en contra de»– ya que la gracia no destruye la naturaleza, sino que construye sobre ella: para *sanarla*, para *perfeccionarla*, y para *elevarla* de modo que pueda compartir la vida de Dios). Llamar a la Iglesia católica la «familia de Dios», entonces, no es una metáfora; es una aserción metafísica. Es de hecho el misterio de nuestra fe.

Es verdad que Jesucristo quiere tener una relación personal con cada uno de nosotros como nuestro Salvador y Señor. Pero Él quiere mucho más que eso: nos quiere en alianza con Él. Yo puedo tener una relación personal con el vecino de mi calle, pero eso no significa que él quiera que me mude a su casa y comparta su hogar. También César Augusto se proclamó a sí mismo señor y salvador de todos sus súbditos romanos; pero él no murió en una cruz para que ellos pudieran ser sus hermanos y hermanas.

Jesucristo nos quiere en la Nueva Alianza que Él ha establecido por medio de su carne y su sangre, la misma alianza que renueva en la Santa Eucaristía. Cuando su sacrificio por nosotros es renovado en el altar, nos reunimos en la mesa familiar para la sagrada comida que nos hace uno. Jesús quiere que conozcamos no sólo al Padre y al Espíritu Santo, sino también a su Bendita Madre y a todos sus santificados hermanos y hermanas. Él desea también que vivamos de acuerdo a la estructura familiar que estableció para su

Iglesia en la tierra: el Papa y todos los obispos y sacerdotes unidos a él.

Volved a casa en la Iglesia fundada por Cristo. La Cena está preparada, y el Salvador nos llama: «He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y *cenaré* con él y él conmigo (Ap 3, 20).



RIALP

Título original: *Rome Sweet Home*

© 1993 by IGNATIUS PRESS, San Francisco

© 2016 de la versión española realizada por Miguel Martín,

by EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63, 28016 Madrid

www.rialp.com

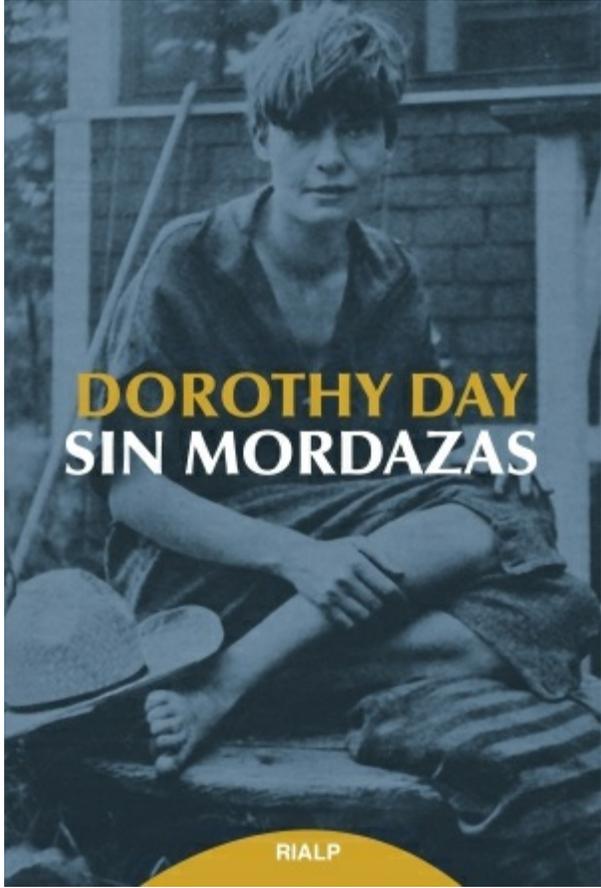
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4654-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Sin mordazas

Day, Dorothy

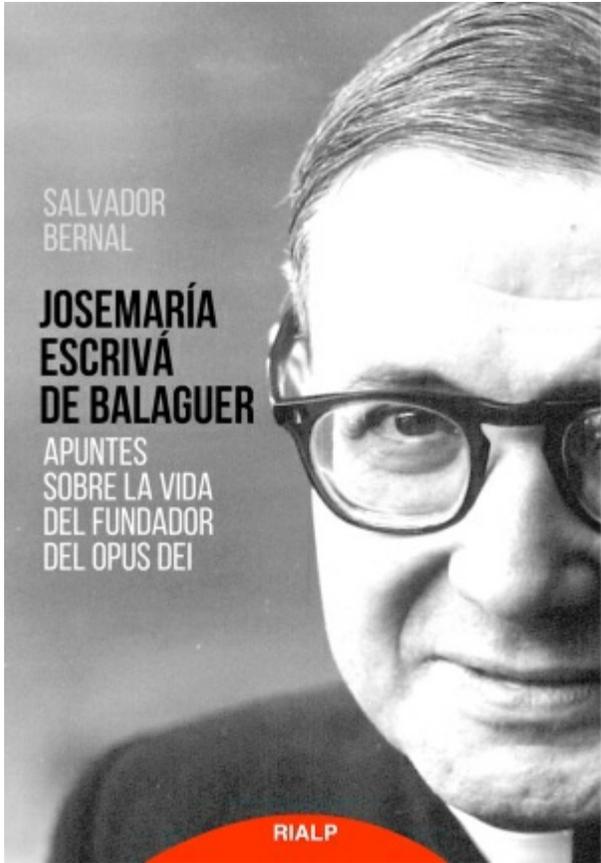
9788432148699

172 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen recopila algunos de los artículos más destacados de Dorothy Day, conocida periodista y activista norteamericana. En ellos reflexiona sobre su vida como madre soltera, su tiempo en la cárcel por desobediencia civil, sus luchas por mantener a flote su Movimiento de Trabajadores Católicos, y sus viajes en autobuses abarrotados para poder informar, desde primera línea, sobre conflictos laborales, desigualdad racial y pobreza. Sin mordazas ayuda a entender la humanidad y tesón de esta incansable defensora de la libertad, y aproxima al lector a su vibrante espiritualidad, verdadero fundamento de su fortaleza.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei

Bernal Fernández, Salvador

9788432147869

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un conjunto de impresiones, redactadas poco después de su muerte, que trata de dar a conocer a grandes rasgos las facetas más ricas de la personalidad y la doctrina de san Josemaría Escrivá.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*
Aprender a recibir



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

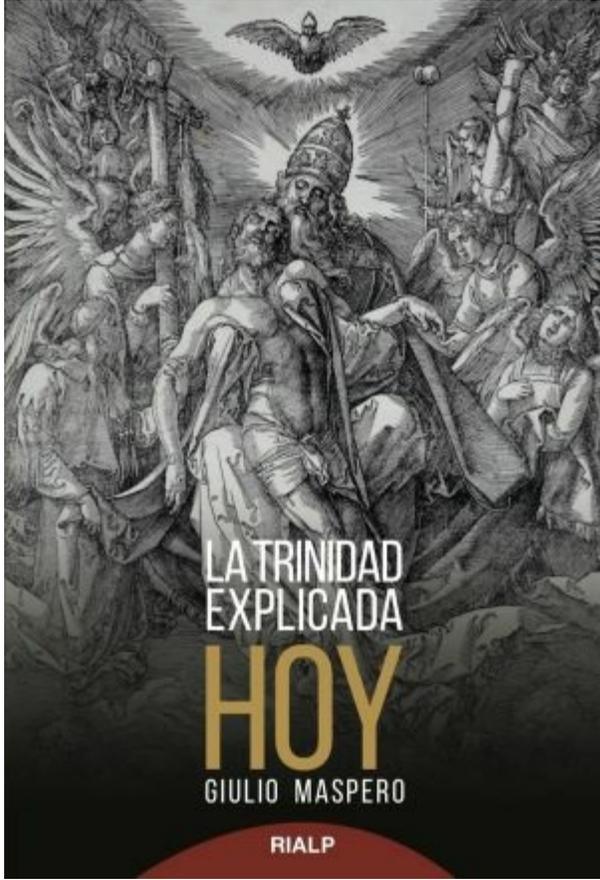
9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La Trinidad explicada hoy

Maspero, Giulio

9788432148873

118 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Conocer a Dios, asomarse a su intimidad, encamina derechamente al hombre hacia un misterio sublime, el más importante del dogma cristiano: Dios es uno y trino, tres personas en un solo Dios. El hombre, durante siglos, ha entrado de puntillas a analizar este misterio, mediante la piedad y la teología, de la mano de lo revelado por el mismo Dios. Maspero ofrece aquí un valioso recorrido por la historia del dogma trinitario, vértice de toda la doctrina cristiana, que ayuda, en definitiva, a conocer la propia dignidad del ser humano.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Si tú me dices 'ven'

Seminckx, Stéphane

9788432149276

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si tú me dices "ven", lo dejo todo. Eso dice la canción, y eso sigue repitiendo el corazón humano, cada vez que se enamora: promete dejarlo todo, para siempre, y ser fiel en la salud y en la enfermedad... "hasta que la muerte nos separe". Pero hoy, ¿sigue siendo válido este mensaje? Muchos ven el ideal de formar una familia y mantenerse fiel hasta la muerte como un sueño ingenuo. Hace ahora 50 años, Pablo VI escribió un documento profético sobre el amor conyugal, la encíclica *Humanae vitae* que, junto a lo escrito por los últimos Papas, ofrece el mejor mapa para que ese sueño se convierta en realidad. Seminckx lo analiza con detalle, de modo breve y directo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Roma, dulce hogar	2
Índice	4
Presentación	5
Prefacio	7
Introducción	8
1. De la cuna a Cristo	9
2. Del apostolado al matrimonio	16
3. Nueva concepción de la alianza	23
4. Enseñar y vivir la alianza en una familia	34
5. Scott, en busca de la Iglesia	44
6. Ir a Roma es volver a casa	60
7. Los problemas de un matrimonio mixto	67
8. Una «roma-antica» reunión	80
9. La vida de una familia católica	107
Conclusión	114
Créditos	118